



EL HALCÓN Y LA PRESA

Susan Napier



Su aspecto es el de una mujer tranquila, tímida y respetable.

Jack Hawkwood estaba muy cerca de la realidad, pero Elizabeth, bajo aquel aspecto de solterona, escondía a una misteriosa mujer con una delicada misión. Sin embargo, Elizabeth había pasado muchos años reprimiendo su sensual naturaleza… ¿Cuánto tiempo podría engañar a Jack, si se encontraban en un hotel de lujo, y entre ambos florecía una irreprimible pasión?



Susan Napier

El halcón y la presa

Bianca - 662

ePub r1.0
LDS 19.04.16

Título original: *The Hawk and the Lamb*
Susan Napier, 1994
Traducción: Enrique Delgado

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

En el momento en que el avión llegó a los diez mil metros de altura, Elizabeth Lamb ya estaba resignada a la destrucción de sus secretas fantasías. Ya estaba convencida de que era una pésima espía, y que esa vida de frívolas intrigas y emociones tontas no era para ella. El aparato aún no acababa de nivelarse y Elizabeth ya estaba ansiando que apareciera el carrito de las bebidas para tranquilizar sus destrozados nervios, con una copa de alcohol puro y potente.

Se obligó a mantener las manos quietas en su regazo y dejó que su cerebro atacara el problema desde otro punto de vista. No era una mujer incompetente… ni loca. Estaba haciendo lo que tenía que hacer. Nunca le gustaron las sorpresas; por lo tanto era lógico que la que recibió en el aeropuerto la alterara profundamente. En esas circunstancias, estaba reaccionando bastante bien.

Sonrió. Tal vez estuviera exagerando un poco. Todo el tiempo trató de comportarse de manera discreta; de atraer la atención lo menos posible, cosa que comúnmente lograba hacer sin esfuerzo… pero en esta ocasión no dio resultado. Primero fue el altercado con el empleado de la aerolínea, cuando le dijo que por haber llegado unos minutos tarde había perdido su reservación. Si se tratara de un simple viaje de placer, Elizabeth habría aceptado salir en un vuelo posterior, pero como no lo era, tuvo que hacer un escándalo para que le respetaran su reservación. Desgraciadamente, el escándalo atrajo la atención de los pasajeros de otros vuelos, incluyendo a los de primera clase, de la fila vecina.

Luego vino el incidente con los empleados de seguridad en la sala de salidas. Al pasar por el arco detector, hizo sonar la alarma. Tuvo que pasar dos veces, en las que volvió a ocurrir lo mismo. Ella

estaba completamente ruborizada, y en ese momento llegó un oficial con un detector manual y le preguntó si llevaba alguna joya bajo la ropa.

Elizabeth se llevó una mano al pecho, sintiéndose culpable.

—Un collar de oro —contestó con voz ronca—. No creo que el oro haga sonar esa cosa.

—Tal vez no sea oro puro. ¿Me permite verlo? —preguntó el oficial.

Era evidente que el hombre no la consideraba sospechosa… pero su opinión podría cambiar cuando viera lo que llevaba.

Se desabotonó la blusa cautelosamente, consciente de que los ojos de los presentes estaban fijos en ella; sobre todo, sentía sobre ella, una acerada mirada que con particular interés quería evitar. Se volvió un poco al abrir la blusa y el oficial observó lo que llevaba.

—Parece valioso —comentó.

—Lo es —contestó ella, con gran aprensión—. Es… es una joya de familia. Por eso lo traigo conmigo. No quise ponerlo en una maleta.

Para alivio de Elizabeth, el hombre no preguntó de qué familia hablaba y pasó el detector de mano cerca de su pecho. El aparato sonó inmediatamente y ella pensó que era porque su corazón se había convertido en un pedrusco debido al miedo.

—Hace usted bien, señorita. ¿Es viaje de placer o de negocios?

—De placer —contestó, diciendo la verdad a medias—. Voy a Nouméa, y de allí a la Isla de los Halcones.

Dio todos esos datos porque en la isla había un hotel muy famoso, con un centro nocturno y un casino; incluso más famoso y elegante. Eso explicaría que llevara una joya de tanto valor.

El oficial le murmuró algo al oído de su superior, y éste vino a mirarle el pecho, haciendo que casi se sintiera avergonzada por la redondez de sus senos. El superior miró con atención y en sus ojos apareció un brillo que indicaba que sabía lo que ella estaba pensando. Esto la hizo sonrojarse. Pero se habría arrebolado más si el hombre supiera la verdad; porque en ese caso la arrestaría sin contemplaciones.

—Quítese las gafas de sol, por favor —le ordenó.

Elizabeth obedeció y se abotonó rápidamente la blusa al darse cuenta de que un pasajero se asomaba para ver lo que los oficiales

contemplaban con tanto interés.

El oficial superior se aclaró la garganta y la miró directamente a los ojos.

"¡Ya me descubrió!", pensó ella. "Estos hombres están entrenados para detectar el miedo. Me estoy delatando yo misma. Me van a detener frente a toda esta gente para interrogarme y registrarme a conciencia".

—¿Le han dicho alguna vez que tiene unos ojos como los de Elizabeth Taylor? —inquirió de pronto el hombre con evidente admiración.

—Sí… No… Es decir… Sí, me llamo Elizabeth —murmuró.

La chica sabía que sus grandes ojos color de violeta sombreados por largas pestañas era lo más atractivo que tenía; y por eso precisamente trataba de ocultarlos.

Afortunadamente, otro pasajero hizo sonar la alarma del arco detector de metales y Elizabeth aprovechó el momento para alejarse con aparente calma. En realidad, tenía la piel erizada desde el cuello hasta los pies, y en todo momento creía sentir el pesado brazo de la ley posándose sobre su hombro. Tuvo que hacer acopio de fuerzas para no echarse a correr en dirección a la casa de cambios. Allí cambió los pocos dólares neozelandeses que le quedaban por los francos que se usaban en Nueva Caledonia.

Entró luego en la sala de espera, con tal mala suerte, que tropezó con una maleta abandonada y provocó que un niño de pocos años derramara el líquido que estaba bebiendo. El niño se echó a llorar y Elizabeth sintió todas las miradas clavadas en ella. Trató de consolarlo ofreciéndole unos dulces que llevaba consigo; pero la madre, molesta, los rechazó. Sintiéndose casi corruptora de menores, se sentó donde pudo; pero frente a ella se hallaba el hombre de ojos acerados, observándola fijamente.

Tomó una revista y respiró profundamente para ahuyentar el rubor. En la portada había una modelo delgadísima. No es que Elizabeth hubiese pensado en ser modelo; mas sí le habría gustado ser una belleza. Desgraciadamente, sus hermosos ojos no compensaban la falta de unos centímetros en sentido vertical y el exceso de otros en sentido horizontal.

Ahora, ya en el avión, la señal de abrochar los cinturones se apagó, entonces Elizabeth desenrolló su maltratada revista y se

preparó para las tres horas de viaje que la esperaban. La misma modelo de la portada tomaba el sol en una playa caribeña y le hizo un gesto. Ella le contestó con otro, pensando que no tardaría en hallarse en otra playa de arena blanquísima… si es que lograba resolver algunos problemitas. Seguramente no tendría a su lado a un muchacho bronceado, fuerte y musculoso, como la modelo; pero llevaba algo que la satisfacía más y que era, desde luego, mucho más saludable: una pila de libros que desde hacía meses quería leer.

Si Marge hubiera viajado con ella, como originalmente estaba planeado, probablemente acabaría teniendo los libros y al muchacho. Pero se alegraba de no tener que ser sociable si no se le antojaba. Marge no entendía que una mujer pudiera ser feliz sin tener un hombre cerca, sin embargo, Elizabeth no pensaba así y tampoco creía en que debía esperar a que llegara el hombre ideal. Siempre habían existido hombres en su vida, pero no como los de Marge, misteriosos y evasivos; sino hombres comunes y corrientes, confiables y predecibles. Disfrutaba su compañía, pero nunca cometió el error de tomarlos en serio. Su trabajo como asistente de un profesor de literatura en la Universidad de Auckland le daba la oportunidad de vivir rodeada de hombres y mujeres jóvenes e inteligentes. Lo malo era que muchos de ellos se tomaban demasiado en serio a sí mismos, y eso les provocaba sufrimiento, tanto mental como físico. Y por más que afirmaban que el sufrimiento era bueno para fortalecer el alma, Elizabeth se sentía tan indolente en ese aspecto como en muchos otros.

La azafata se acercó a ella y Elizabeth pidió instintivamente.

—Gin and tonic doble, por favor.

—Usted es la señorita Lamb, ¿verdad? —entonces se dio cuenta de que no llevaba el carrito de las bebidas—. ¿Quiere venir conmigo, por favor? —inquirió.

Elizabeth se quedó helada.

—Yo… —apenas acertó a decir.

—Traiga sus cosas por favor. ¿Tiene algo en el compartimiento de arriba?

La chica negó con la cabeza y señaló la bolsa y la cámara que tenía debajo del asiento de adelante.

—¿Qué sucede? ¿No es este mi asiento? —preguntó, con el corazón latiéndole apresuradamente.

—De cierta forma —contestó la azafata—. Venga conmigo. No olvide su chaqueta.

Elizabeth tomó sus cosas, las apretó contra el pecho y siguió a la chica, pensando que nuevamente estaba atrayendo la atención. ¿A dónde la llevaba? ¿A conocer al piloto? ¿O pensaban darle un paracaídas y lanzarla al vacío?

—No quise decir nada delante de los otros pasajeros —explicó la azafata, al salir de la clase turista—. Hay gente que se molesta cuando cree que mostramos preferencias, pero a usted la han promovido a primera clase.

Haciendo un gesto hasta cierto punto dramático señaló un asiento en la última fila.

—Siéntese aquí, por favor. Enseguida le traigo una copa de champaña y la minuta.

—Pero… aquí debe haber algún error —musitó Elizabeth, sin comprender.

—No hay error.

La azafata parecía sorprendida. Nadie en su sano juicio rechazaría viajar en primera clase habiendo pagado clase turista. Algunas personas se volvieron a mirarla y Elizabeth comprendió que si seguía protestando llamaría aún más la atención.

—Usted debe tener algún amigo en el departamento de Relaciones Públicas —añadió la muchacha—. Nos dieron la orden de pasarla a primera clase si quedaba algún asiento vacío.

"Duncan Frazer", decidió Elizabeth. "Mi tío Miles debió hablarle a su amigo. Quiere compensarme por el encarguito que me dio".

Si se sentía mal por la posición en que su tío la había colocado antes, ahora se sentía peor. Allí, en el asiento junto al que le ofreció la azafata, estaba el hombre de mirada acerada…

El hombre a quien debía seguir, espiar y fotografiar.

El hombre al que ella debía exponer como un adúltero.

Jean-Jules Hawkwood.

El hombre de ojos color plateado y corazón negro como el pecado.

Capítulo 2

BELLO como el pecado, también. Cuando lo vio en el aeropuerto, no le pareció particularmente guapo. En primer lugar, no era muy alto; y el abrigo que llevaba lo hacía parecer un poco ancho, la cola de caballo y el pendiente fueron los factores determinantes para que lo considerara vanidoso y exhibicionista. Pero ahora que lo veía con pantalones de mezclilla y una ajustada camisa de seda, se daba cuenta de su potente musculatura y, la cola de caballo acentuaba la masculinidad de su rostro y de su cuerpo; el rostro, sobre todo, revelaba una voluntad firme. Los labios delgados sugerían dureza, casi crueldad. Si no hubiera sabido que era un próspero hombre de negocios, Elizabeth lo habría considerado un hombre fuera de la ley, una persona poco recomendable. ¡Un hombre con cola de caballo! ¿Qué puede esperarse de alguien así? No era muy larga, pero aun así resultaba… amenazante; lo hacía parecer narcotraficante o pistolero.

—Señorita Lamb.

La azafata la miraba esperando que contestara.

—¿Eh…? Sí… Muchas gracias.

Su voz sonó más ronca que de costumbre e hizo que los plateados ojos del hombre brillaran, momentáneamente interesados. Se sentó rápidamente y buscó a tientas la hebilla de su cinturón de seguridad; no quería volver la vista hacia él, ni siquiera cuando empezó a dudar de que el asiento tuviera cinturón de seguridad. Por eso se sorprendió cuando una cálida mano masculina le tocó los dedos.

En vez de mirar el rostro del hombre, Elizabeth contempló la hebilla que le ofrecía con la otra mano. Afortunadamente, su cabello largo y castaño le cubrió la cara, ocultando el rubor que le

tiñó las mejillas.

—Gracias —musitó apenas y tomó la hebilla, cuidando de no tocarlo.

—De nada.

El hombre hablaba un inglés impecable, y en sus palabras Elizabeth distinguió un ligero tono sardónico.

Elizabeth se abrochó el cinturón y se enderezó, luego puso en su regazo el bolso y la cámara fotográfica. De reojo notó que su compañero de asiento tenía una copa de champaña en la mano. El hombre se llevó la copa a los labios, y la joven deseó que se tratara de un bebedor solitario que para el final del viaje hubiese olvidado que ella iba a su lado. No llevaba argolla de matrimonio, pero eso era de esperarse. Como hombre rico que era, seguramente tenía a su esposa agobiada con símbolos de su derecho de propiedad; sin embargo, se negaba a proclamar su estado civil… No era conveniente.

Incómoda con sus pensamientos, la chica se inclinó para colocar su bolso y la cámara bajo el asiento delantero. Al hacerlo, enredó la correa de la cámara con el delicado tacón de uno de sus zapatos; al tratar de desenredarla, la correa subió hasta el tobillo. Su falda angosta le impedía moverse con libertad, y las gafas de sol que llevaba le dificultaban la visión, obligándola a trabajar casi a oscuras. Cuando finalmente logró zafar la correa, se enderezó; pero con ese movimiento tiró la copa de champaña que la azafata iba a entregarle en ese momento. El líquido se derramó sobre sus senos, y convirtió su blusa de color crema en un material casi transparente.

—¡Lo siento! —gimió la azafata, consternada.

Si Elizabeth hubiese pagado el pasaje en primera clase, no habría sido tan comprensiva; pero en las circunstancias en que se hallaba, consideró más prudente pedir una disculpa.

—No se preocupe. Yo tuve la culpa.

Trató de secarse con la servilleta de papel que la azafata le tendió y maldijo la ocurrencia que tuvo de comprarse aquella extravagante ropa íntima de color índigo. Por fortuna, la champaña no cayó sobre la parte superior de la blusa, por lo que la joya que llevaba al cuello permaneció oculta.

La azafata corrió a buscar algo con que secarla. Pero antes de que la chica volviera, Elizabeth vio aparecer ante sus ojos un

pañuelo blanco perfectamente planchado con las iniciales "J.H.".

—Muchas gracias, pero creo que con esto basta —dijo la joven.

—Le aseguro que está limpio. No lo he contaminado —respondió él, con ligero acento que denotaba su origen extranjero.

—Se lo voy a ensuciar…

—La champaña no ensucia —afirmó un poco irritado—. Todo lo contrario; hay gente que se baña en champaña.

Elizabeth tuvo una visión fugaz de aquel cuerpo esbelto y amoral sumergido en una tina llena del espumoso líquido… Y no lo imaginó solo.

Se aterró por el curso que llevaba su desbocada imaginación.

—No creo que…

—Claro que no —repuso él—. Pero mientras discute, su blusa se hace más y más transparente. Creo que su sentido del pudor debe ser mayor que su desconfianza con respecto a mi lavandera.

Elizabeth levantó la cabeza y por primera vez lo miró directamente. Sus ojos de color gris plateado penetraron los de ella por una fracción de segundo, después, el hombre contempló sus senos. Ella levantó las manos de manera automática, pero antes de que llegara a cubrirse, su compañero de viaje desdobló el pañuelo y se lo colocó sobre el pecho, ocultando el encaje color índigo de su ropa íntima.

—¿No tiene otra cosa que ponerse? —inquirió él—. La azafata encontrará la forma de secar su blusa antes de que lleguemos a Nouméa.

—No —contestó, recordando que lo único que llevaba consigo era una chaqueta sin botones.

La azafata regresó en ese momento con una pequeña toalla con la que Elizabeth secó el líquido sobre su pecho. El pañuelo estaba ya mojado, tendría que prometer mandarlo a la lavandería. Sin embargo, no hubo necesidad de ello, pues la azafata declaró que lo limpiaría durante el viaje, lo mismo que su blusa. Al dirigirse al compañero de asiento de Elizabeth, lo llamó "Monsieur Hawkwood", con una familiaridad que revelaba que se trataba de un pasajero conocido. El contestó con una galantería en francés y añadió que Elizabeth debía quitarse la blusa mojada.

La chica abrió la boca para decir que era perfectamente capaz de atenderse sola, pero él no se lo permitió y le tradujo al inglés la

conversación que acababa de sostener con la azafata. Obviamente, la consideraba una tonta incapaz de hablar otro idioma. Ya iba a protestar, cuando se dio cuenta de que esa situación la favorecía. Si él no se daba cuenta de que ella hablaba francés, podría decir algo que a ella le resultase útil para sus fines.

Siguiendo las indicaciones de la azafata, Elizabeth fue al baño a enjuagar la blusa y a limpiarse el pecho. Se quitó el collar y lo lavó cuidadosamente, y una vez más admiró la habilidad del orfebre que hizo las finas piezas y los eslabones triangulares de la cadena. Los diamantes y los rubíes brillaron en sus manos, y la joven se sintió incómoda al reconocer que las piedras valían muchos miles de dólares.

Su sostén también estaba húmedo, pero esa prenda no se la iba a quitar por ningún motivo. En primer lugar, porque sus senos exuberantes necesitaban un soporte adecuado; en segundo lugar, J.J. Hawkwood la incomodaba mucho con su sola presencia y no quería llegar a sentirse físicamente vulnerable.

No obstante, el terror la invadió al ver la camisa que la azafata le ofreció. No se trataba de una camisa de algún miembro de la tripulación, como ella esperaba, sino de una prenda "que amablemente nos proporcionó Monsieur Hawkwood quien siempre lleva ropa de repuesto en su maletín de mano". Elizabeth estuvo a punto de rechazarla, pero ya le había entregado su blusa a la azafata. La camisa era blanca, de seda pura, y caía libremente sobre su cuerpo. Estaba confeccionada a la medida, según leyó en la etiqueta.

Elizabeth se arremangó la camisa y se arregló el pelo, aunque no era necesario, pero trataba de retardar el momento de salir del baño. Se quitó las gafas de sol; sus ojos parecían enormes y sombreados contra la palidez de su rostro, y su expresión era de temor. Se mordió los labios para darles un poco de color, pero lo único que consiguió fue enfatizar la pequeñez de su boca. El conjunto le pareció poco agraciado.

Abotonó la camisa hasta arriba, pero aún así le pareció que el efecto era demasiado… sexy. La camisa era muy grande para ella, por supuesto, pero en vez de ocultar sus curvas, la seda las envolvía suavemente con cada movimiento. Y pensó que aun en esos días de moda "unisex", había algo excitante en el hecho de vestir una

camisa de hombre, una especie de desafío. Pero lo último que Elizabeth quería era desafiar a J. J. Hawkwood.

Suspiró. Si Marge no hubiese enfermado, ella no estaría en ese lío.

Cuando su tío Simón se presentó intempestivamente esa mañana para llevarla al aeropuerto, Elizabeth no sospechó que él tuviese motivos ulteriores. Lo único que se le ocurrió fue que Simón había querido ahorrarles a sus ancianos hermanos, Miles y Seymour, el trayecto a través de la ciudad.

El tío Simón la dejó despedirse de ellos sin decir palabra y no soltó la bomba sino hasta que se hallaron en camino al aeropuerto.

—Marge no puede ir contigo.

—¿Qué?

La chica se volvió a él y su tío le dedicó esa sonrisa que generalmente significaba problemas.

—Si le has dado algún trabajo urgente —expresó Elizabeth, furiosa—, espero que renuncie y se reúna conmigo después. Hace más de un año que no le das vacaciones.

Marge Benson era la secretaria, recepcionista y "hazlo todo" de su tío, y Elizabeth pensaba que él no apreciaba a su amiga en todo su valor.

—No es eso —explicó Simón—. Esta mañana despertó con un tremendo resfriado. Llamó a su médico y éste le prohibió volar en menos de una semana. Sabía que el cambio de planes te iba a molestar, por eso prefirió llamarme a mí.

—¿Por qué no me avisaste más temprano? —protestó—. Si cancelo mi pasaje ahora, no me reembolsarán casi nada.

Sería mucho lo que perdería. Además del pasaje de avión, el paquete incluía su hospedaje en un hotel exclusivo y muy caro, así como transporte, comidas y diversiones.

Su próximo pensamiento fue más desagradable aun, pues de ninguna forma podía cancelar su viaje. Muchas cosas importantes dependían de su viaje a Nueva Caledonia.

—No se trata de que canceles —señaló su tío, como si escuchara los pensamientos de la chica—. Marge insiste en que te vayas; de lo contrario, se sentirá culpable de provocarte un serio trastorno. Que se haya enfermado no es razón para que tú pierdas dinero. Llevas mucho tiempo soñando con estas vacaciones, y tuviste que hacer

muchos arreglos para poder disponer de estas semanas. Además, al principio pensabas irte sola. Aquí el clima está horrible y no tiene caso pasar tus vacaciones metida en casa. Acabas de salir de una gripa, y necesitas alejarte de tu trabajo para descansar de verdad. ¿Qué mejor lugar que una isla en los mares del sur?

Elizabeth se sintió conmovida, pero entonces, Simón añadió:

—Además, yo necesito que hagas ese viaje.

No quiso decir más sino hasta llegar al aeropuerto; a pesar de la insistencia de su sobrina, se limitó a poner la expresión de hombre decidido que tan buenos resultados le daba en su profesión. Después de recorrer el mundo, ejerciendo infinidad de oficios y luego de cinco años en el ejército, el tío Simón sorprendió a toda la familia al establecer una agencia de detectives en Auckland.

Una vez en la terminal aérea, Elizabeth se negó a presentar sus documentos y llevó a su tío a la cafetería, instándolo a que le explicara.

Entonces, Elizabeth se enteró de que Marge no había aceptado viajar a la Isla de los Halcones únicamente por tomarse unas "vacaciones", sino porque el detective que llevaba dentro iba a efectuar un "trabajito". Su misión era fotografiar a una esposa infiel que vivía una aventura con su jefe quien también era casado. Y el jefe de esa mujer era Jean-Jules Hawkwood, director general de la corporación dueña de la exclusiva cadena Hoteles Hawk.

—Explícame mejor eso de fotografiarlos —preguntó Elizabeth, imaginando a Marge escondida en un armario para espiar a los amantes.

—Se trata de fotografías en las cuales aparezcan juntos, pero que demuestren que son algo más que jefe y empleada —la tranquilizó Simón—. Mi cliente sospecha que su mujer le es infiel desde hace tiempo, pero no quiere enfrentarla sino hasta estar seguro. No busca un divorcio, es más, lo que quiere es salvar su matrimonio. La mujer de mi cliente tiene un puesto importante en la administración de Hoteles Hawk, y con frecuencia tiene que viajar al hotel principal, que es el de Ile des Faucons; para asistir a seminarios y reuniones de trabajo. Pero mi cliente descubrió que en esta ocasión no va a haber ningún seminario, como ella le dijo; que los diez días que va a pasar en la isla están consideradas vacaciones pagadas y que Hawkwood va con ella.

—¿Y la esposa de Hawkwood? ¿En dónde está?

—En Francia. Vive en las propiedades de su familia con sus hijos. El pasa casi todo el año recorriendo los hoteles que tiene en diversas partes del mundo. La corporación está registrada en Nueva Caledonia, y Nouméa es su domicilio fiscal. Pero él sólo permanece allí el tiempo mínimo necesario para justificar su ciudadanía. Son datos que tengo en mi archivo.

Elizabeth contempló el sobre que su tío le entregó.

—¿Para qué me lo das? —preguntó.

Simón sonrió esperanzado.

—¡Ah, no! —repuso ella, rechazó el sobre y sacudió la cabeza vigorosamente—. No, tío. ¿Cómo voy a hacer una cosa así?

—¿Por qué no? —insistió él, ofreciéndole de nuevo el sobre—. Ya me has hecho algunos trabajos antes.

—Pero eran cosas fáciles, como revisar archivos u organizarte datos, cosas que sé que puedo hacer.

—¿No te gustaría trabajar como un detective de verdad? Te encantan las novelas de espías y los programas de misterio. Ahora tienes la oportunidad de vivir una novela. Y ¿quién sabe? A lo mejor es el inicio de una nueva carrera.

—Sé muy bien cuál es la diferencia entre la realidad y la ficción, tío —declaró Elizabeth con firmeza—. Una cosa es que me encante leer novelas de asesinatos y violencia, y otra muy distinta que tome un arma y arriesgue mi vida para combatir a los malvados. Me gustan las emociones fuertes, pero cuando el que las vive es otro.

A sus veinticinco años, Elizabeth se consideraba más madura que las muchachas de su edad; menos osada que la mayoría y más… estable. A veces envidiaba la gran variedad de actividades que tenía Marge en su empleo; las emociones e intrigas que saturaban su vida, pero en general, Elizabeth estaba muy contenta con lo que la vida le deparó.

La criaron dos tíos de edad madura, de una forma que aunque tradicional era poco usual. Sus tíos Seymour y Miles amaban los libros con pasión, y le transmitieron ese amor a la niña que el destino depositó en sus manos cuando quedó huérfana a los cuatro años de edad. Desde entonces, Elizabeth aprendió a respetar y anhelar los conocimientos. Muy pronto aprendió que todas las preguntas tenían una respuesta en los libros que abarrotaban la

librería de sus tíos; que se caracterizaba por vender libros viejos y raros. Nunca sintió el ansia de viajar que atormentó a muchos de sus compañeros, porque desde muy pequeña viajó por todo el mundo a través de la imaginación, sin abandonar la comodidad ni la seguridad de la librería o del departamento donde ella y sus tíos vivían.

Además, sus tíos la necesitaban. Eran hombres inteligentes y poseedores de grandes cualidades; pero también eran esclavos de su pasión. En los buenos tiempos, manejaron la librería más como un entretenimiento que como un negocio, pero pronto el sentido común de Elizabeth la hizo descubrir que los problemas económicos de sus tíos, provenían de que compraban libros de los que nunca querían separarse, libros que escondían de la vista de los clientes. En más de una ocasión, la chica sorprendió a Seymour arrebatando algún libro de manos de un cliente a quien no consideraba digno de poseer tal joya. Eran muy pocos los clientes a quienes les ofrecían las publicaciones verdaderamente valiosas; en consecuencia, las utilidades disminuían considerablemente.

A medida que sus tíos se hacían más viejos y excéntricos, Elizabeth se fue haciendo cargo del negocio, sin abandonar su empleo en la universidad. Llegó el momento en que ella se encargó del trabajo administrativo, y sus tíos quedaron libres para embarcarse en la búsqueda de los ejemplares que tanto disfrutaban. La chica estaba orgullosa del prestigio que la librería había alcanzado y decidió que, cuando la heredara, se dedicaría a ella por completo.

—Por favor… No te estoy pidiendo que hagas nada peligroso ni ilegal. Tu única arma será una inofensiva cámara fotográfica —señaló Simón— y puso encima del sobre una cámara profesional—. No es difícil. Todo lo que tienes que hacer es enfocar y apretar un botón. La cámara lo hace todo. Me harías un favor enorme. Y también a Marge quien se siente muy mal por no poder hacer ese trabajo. No lo hago yo, porque en una ocasión me presentaron a Hawkwood y no quiero correr el riesgo de que me reconozca. Yo pagaré todos tus gastos. Lo único que quiero es que les tomes unas cuantas fotos.

—Fotos comprometedoras —aclaró Elizabeth. Sin embargo, la oferta era tentadora. Con el dinero que ahorraría durante ese viaje,

podría tomarse otras vacaciones. Y como las presentes vacaciones se complicaban, ciertamente iba a necesitar un buen descanso en cuanto volviera.

—No necesariamente —comentó Simón—. Yo tengo que descubrir la verdad, no fabricar pruebas comprometedoras; eso es algo que nunca le pediría a nadie.

Su aire de dignidad ofendida no la engañó. Ella sabía que su tío era capaz de fingir perfecta inocencia si con ello lograba lo que se proponía.

Por otro lado, Elizabeth ya había aceptado ayudar a su tío Miles a salir de una situación mucho más desagradable, antes. ¿Cómo negarse a prestarle ayuda a otro de sus tíos? Simón no había participado mucho en su educación, pero siempre le enviaba postales de todos los lugares del mundo que visitaba.

—No estoy entrenada para meterme en todos lados, como tú —dijo al fin.

—Lo sé. Sólo estoy pidiéndote que los vigiles. Si tienen relaciones íntimas, eso se reflejará en su comportamiento delante de la gente. Tal vez en el territorio de Hawkwood no sean muy cautelosos. El es un hombre rico y poderoso que puede tener a la mujer que quiera; pero para mi cliente, su esposa significa todo. He sabido por algunas otras amantes que tuvo, que Hawkwood no piensa divorciarse nunca, porque la familia de la mujer ha invertido mucho en Hoteles Hawk y no sería conveniente una separación. Además, ella es católica y muy conservadora. Si alguien resulta herido por esta aventura, no va a ser Hawkwood.

Simón hizo una pausa. Cualquiera que conociera a Elizabeth sabría que siempre se pondría de parte del más desvalido, aunque la razón le dijera que actuaba mal.

—Ay, Simón…

El hecho de que no le dijera "tío", significaba que estaba molesta; mas a punto de pactar.

El hombre reprimió la sonrisa que comenzaba a esbozar, puso el sobre en las manos de su sobrina y le colgó la cámara al hombro.

—Gracias. Sabía que podía contar contigo. Ahora corre a presentar tus documentos, o perderás el avión.

La condujo hacia el mostrador de la aerolínea con una rapidez que indicaba que tenía miedo de que cambiara de opinión. Pero

antes de llegar se detuvo y se colocó frente a ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Elizabeth.

—Allí está Hawkwood. Detrás de ti, entre los pasajeros de primera clase que están presentando sus documentos.

Ella quiso volver la cabeza en la dirección indicada, pero su tío se lo impidió.

—¡No mires ahora! Que no nos vea juntos. Párate delante de mí, como si estuviéramos despidiéndonos.

—Si lo voy a espiar, tengo que saber quién es —replicó Elizabeth.

—Encontrarás una foto suya en el sobre. Trata de ser discreta, de no llamar la atención. Yo me iré en un momento. Entonces podrás mirarlo. Es inconfundible; se trata del hombre arrogante con abrigo café, lleva el pelo largo y un pendiente puesto.

—¿Un pendiente? —preguntó Elizabeth asombrada.

—Creo que es una antigua tradición familiar que viene desde el Renacimiento. Es una superstición que afirma que el pendiente les dará suerte. Desde luego, son gente afortunada; por eso conservan la tradición.

Elizabeth ansiaba echarle un vistazo al hombre.

—¿Y la esposa de tu cliente? —preguntó—. ¿Va con él?

—Serena Corvell viajó esta mañana. Supongo que para evitar que el marido viera a Hawkwood y empezara a hacer preguntas.

Simón le proporcionó algunos otros datos, así como algunas instrucciones.

Cuando al fin su tío se fue, Elizabeth se volvió e instantáneamente localizó al hombre del pendiente.

Era el tercero en la fila de pasajeros y miraba ceñudo a una persona que se alejaba con rapidez; seguramente un paje que había llevado a Su Majestad al aeropuerto y que lo hizo disgustarse. Le sorprendió comprobar que llevaba el pelo atado en una cola de caballo; y también el hecho de que vistiera pantalón de mezclilla y un abrigo no tan elegante como el que llevaba ella. Hasta los millonarios sentían a veces ganas de quitarse el traje, y J.J. Hawkwood no era la excepción, decidió la joven.

En cuanto terminó su breve escrutinio, procedió a presentar su documentación y ahí había dado inicio la cadena de pequeños accidentes.

Alguien llamó a la puerta del baño y Elizabeth se percató de que llevaba mucho tiempo ahí, así que se puso las gafas de sol y procuró adoptar una expresión enigmática.

Ni J.J. Hawkwood ni sus propios temores la derrotarían. Para hacer un gran bien a veces era necesario hacer un poco de mal. De ahora en adelante, la discreción sería su arma más valiosa.

Ella era Elizabeth Lamb, agente secreto.

Capítulo 3

ELIZABETH volvió a su asiento y se abrochó el cinturón de seguridad. —Muchas gracias por permitirme usar su camisa —expresó con formalidad.

—Es un placer —murmuró J. J. Hawkwood, al tiempo que estudiaba su austera expresión—. A usted le queda mejor que a mí.

Ella se sintió molesta por su tono, que a su juicio implicaba cierto grado de posesión; y la sangre le hirvió. No obstante se limitó a contestar con cortesía, y luego decidió buscar su revista con el fin de concentrarse en ella y evitar la conversación. Mas para su desdicha, comprobó que había dejado la revista en el asiento de la clase turista. Y, desde luego, no podía ni siquiera abrir el sobre que el tío Simón le había dado.

—Ya que está usted usando mi ropa, creo que debemos presentarnos —declaró el hombre con voz sedosa.

Elizabeth sintió que una ola de pánico fluía por sus venas.

—La azafata ya se encargó de eso, Monsieur Hawkwood —dijo, procurando hablar en un tono arrogante para eludir la conversación.

—Tiene usted razón, señorita Lamb —respondió él, en un tono similar. Pero el brillo de sus ojos indicaba que su poca cortesía le resultaba molesta y, lo que era más peligroso, ligeramente intrigante.

—Usted se apellida, Lamb, que significa oveja. Y yo Hawk, halcón. ¿No le parece una coincidencia muy curiosa? —esbozó una sonrisa de predador y ella se estremeció.

—Cierto —respondió cortante.

De pronto, recordó el manual de la cámara que le dio su tío y lo sacó. Con un suspiro de alivio, se dijo que ese sería un buen

pretexto para ignorarlo. Le iba a tomar mucho tiempo leer el librito; y mucho más, si además de leer se empeñaba en comprender las instrucciones.

—¿Cámara nueva?

Elizabeth apretó la mandíbula. Por alguna razón que ella ignoraba, J. J. Hawkwood estaba decidido a impedirle viajar tranquila. ¿Sería debido a su vanidad herida? ¿Seguiría insistiendo, hasta que ella le prestara la atención que todas las mujeres solían prestarle? Nunca habría imaginado que fuese un hombre tan inseguro.

—Sí… perdón, no. Me la prestaron. Un pariente.

Sus manos se paralizaron sobre la cubierta del libro, al darse cuenta de que estaba diciéndole más de lo debido y se prometió contestar lo menos posible a partir de ese momento.

El se inclinó para echarle un vistazo al manual tan cerca que ella percibió en plenitud su masculino aroma, exento de loción.

—¿Le interesa la fotografía? —preguntó J. J. Hawkwood. —Elizabeth se puso tan nerviosa que casi le dice la verdad.

—Es una afición, nada más.

—¿Qué cámara usa normalmente?

¡Santo Dios! ¿Acaso había dado con alguna de las aficiones de ese hombre? Elizabeth cerró el libro, completamente desconcertada. Pero se dijo que debía convencerlo de que ella era una mujer aburrida, indigna de su interés.

—Lo que quiero decir es que me gusta tomar cientos de fotos durante mis vacaciones; como recuerdo —agregó en el tono más monótono que pudo.

—¿A qué lugar de Nueva Caledonia va?

Elizabeth se le quedó mirando. Estaba en un callejón sin salida. Si respondía con mentiras, el hombre empezaría a sospechar.

—A la Isla de los Halcones —dijo al fin, dejando que su voz adquiriera su tono habitual.

El levantó las cejas; negras, gruesas y elocuentes.

—¿Sola?

—Sí —respondió cortante.

Fue una advertencia de que no deseaba más charla, pero él la ignoró.

—¿Qué va a buscar durante sus solitarias vacaciones? ¿Paz y

tranquilidad? ¿Un lugar para relajarse? ¿O busca algo exótico… emocionante? ¿Idilio, aventura… un amante, quizás?

Su extensa pregunta acabó con su intención de guardar silencio.

—¡Lo que yo busque no es asunto de su incumbencia! —exclamó empujada por la cólera, pero Hawkwood se echó a reír y ella palideció.

—En estas circunstancias, yo creo que sí.

—¿Cuáles circunstancias? —preguntó, pensando que la había descubierto.

—Usted va a ser mi huésped —contestó con amabilidad—. Sería muy mal anfitrión si no intentara darle a mis huéspedes lo que buscan en mi isla.

—¿Tiene usted que hacer las investigaciones personalmente? ¿No tiene empleados que se ocupen de esos detalles? —le vino a la mente la imagen de Serena Corvell.

—La atención personal a los pequeños detalles es lo que ha hecho de Ile des Faucons uno de los mejores hoteles del mundo —declaró él con una arrogancia que le cortó la respiración.

Era como si la gente que trabajaba en la corporación no existiera, y el éxito se debiera exclusivamente a la intervención del director, que sólo se presentaba allí cuando le quedaba tiempo libre… siempre y cuando pudiera combinar su tiempo libre con un adulterio.

—¿No quiere decirme qué es lo que desea en el fondo de su corazón, señorita Lamb?

—Nada que usted pueda proporcionarme —contestó, helada.

—Parece muy segura de sí misma.

—Mucho.

—Es usted muy independiente —comentó él.

Elizabeth se percató de que eso no era un elogio. El hombre se refería a que era independiente de él. Obviamente, no le gustaba la idea de que una mujer cayera fuera de su control.

—Espero, por el bien de mi hotel, que esté usted equivocada —añadió Hawkwood—. No quisiera que al dejar Ile des Faucons usted se sintiera…insatisfecha.

Lo dijo con amabilidad, pero ella estaba segura de haber notado un toque de impaciencia y cólera en su voz. ¡Bien!, se alegró Elizabeth, al fin lo había hecho perder el interés.

—Bueno, creo que sí hay algo que usted puede darme —dijo impulsivamente, ansiando consolidar su victoria.

—¿De qué se trata?

—Soledad —afirmó sonriendo con dulzura y malicia al mismo tiempo.

Reinó el silencio y Elizabeth volvió su atención al manual. El corazón le latía con violencia. No debió hacer ese último comentario, pero él tuvo la culpa; si no fuera un libertino sin principios, ella no se hallaría en esta incómoda situación. Ahora, Hawkwood se pondría de mal humor y se quedaría callado. Estaba segura de ello.

Mentalmente lo clasificó dentro de la clase de aquellos estudiantes ricos y consentidos que la halagaban con invitaciones a cenar y a bailar, creyendo que ella les revelaría las respuestas de un examen para el cual no habían tenido tiempo de estudiar.

Los hombres acostumbrados a tener lo que desean, en el momento que lo desean suelen ser malos perdedores y Elizabeth había aprendido a interpretar su indiferencia como un cumplido, el mejor de todos los piropos que pudieran decirle.

La azafata le sirvió otra copa de champaña, y Elizabeth la bebió con cautela. Sin embargo, rechazó el vino de la comida; lo único que le faltaba era sentirse mareada por el alcohol. La comida estuvo deliciosa y muy bien presentada, pero ella estaba demasiado nerviosa para disfrutarla y se limitó a probar un poco de cada cosa. Gran parte de ese nerviosismo se debía a quien estaba sentado a su lado. Hawkwood por su lado, comió con buen apetito.

El tiempo pasaba con gran lentitud. Elizabeth se concentró en el manual después de comer, y su compañero de asiento pareció entender su actitud porque se puso los audífonos y se acomodó en su lugar cuan largo era y cerró los ojos; la chica esperó hasta que su respiración se tornó regular. Sólo entonces se atrevió a estudiarlo.

El pendiente y la cola de caballo estaban ocultos debido a la posición de la cabeza; las facciones, brutalmente masculinas, se habían relajado y su aspecto dejó de resultarle amenazante. Se sintió aliviada al comprobar que era un hombre como cualquier otro, así que no iba a permitir que su apariencia tan particular la desviara de su intención. Desde luego, la encomienda de su tío no le agradaba; pues como su propio tío le dijo, Hoteles Hawk poseía un

cuerpo de seguridad.

Sus pestañas y el cabello eran increíblemente negros, gruesos y brillantes. Las pestañas formaban dos medias lunas sobre los pómulos, y la sombra de la barba era tan negra como el cabello. No tenía ni una cana. ¿Acaso se teñía el pelo? El tío Simón le dijo que Hawkwood tenía treinta y ocho años; y era poco común que un hombre de esa edad y con tantas responsabilidades, no tuviese canas. Sus facciones no eran juveniles, pero esa era la única característica que revelaba su edad.

Elizabeth contempló los finos labios, que aun durante el sueño parecían controlados, y se preguntó qué clase de mujer sería Serena Corvell para ponerse a merced de ese hombre. Tuvo un deseo inmenso de examinar el sobre; pero con la suerte que la acompañaba ese día, seguramente Hawkwood despertaría para sorprenderla in fraganti.

Con renuencia, aceptó que muchas mujeres debían encontrar atractiva la combinación de su poderoso físico y su cinismo; y más aún con todo el dinero que tenía. Pero la experiencia había convencido a Elizabeth tiempo atrás, de que una atracción física, por intensa que fuese, era inestable; y poco confiable en cuanto a la profundidad de los sentimientos y a la valía de la otra persona.

Por otra parte, se daba cuenta del tremendo atractivo sexual que irradiaba aquel hombre. Después de todo, ella era… Sin embargo, para una mujer enamorada, Hawkwood podía ser un demonio; pobre Serena Corvell.

Apartó la vista diciéndose que estaba perdiendo demasiado tiempo en algo que no le concernía. Tenías cosas más importantes que pensar, y no en una tonta mujer enamorada de un tenorio sin entrañas.

"Tenorio", era una palabra anticuada. Pero ella también era anticuada. Si no lo fuera; si no respetara sentimientos como el amor y el honor, el respeto y la lealtad, no estaría donde estaba.

Elizabeth se inclinó hacia la ventana, deseosa de ver el mar por entre las nubes. Desde su lugar veía una extensión azul, pero no sabía si era el cielo o el mar. Le pareció distinguir un arco delgado y blanco, que bien podía ser un arrecife de coral; entonces Elizabeth se inclinó sobre el hombre dormido para ver mejor. En ese momento, el avión sufrió una violenta sacudida; y la mano con que

se apoyaba en el brazo del asiento resbaló violentamente y fue a dar entre los muslos masculinos.

La chica intentó retirar la mano de inmediato, pero no pudo porque la cadena de oro que llevaba en la muñeca se había enredado con los botones de la bragueta de J. J. Hawkwood. Era de esperarse, en un hombre así, que en lugar de usar pantalones ordinarios con cremallera los usara con botones. Intentó varias veces retirar la mano; pero la cadena, aunque delgada, era resistente.

—No sé qué está haciendo, chérie; pero siga, por favor… Nada más no sea muy brusca.

Elizabeth se quedó helada y lo miró a los ojos. Estaba bien despierto y observaba con interés sus delicados esfuerzos por liberar la mano.

Se negó a ruborizarse para demostrarle que lo que estaba haciendo era algo completamente inocente. Lo miró fijo con altanería, y explicó con voz ronca y autoritaria.

—Mi pulsera está enredada.

—Eso les pasa a las mujeres que se ponen a jugar con los pantalones de los hombres.

—Quise mirar por la ventana —respondió ella con la mandíbula apretada—. Atravesamos por una bolsa de aire, y mi mano resbaló. Fue un accidente.

El contempló su mano atrapada.

—¿En verdad? —preguntó como si no le creyera.

"¡Estúpido arrogante!", pensó Elizabeth.

—¿Me va a ayudar, sí o no?

Enseguida se dio cuenta de que no debió decir eso. El rubor que valientemente contuvo subió hasta su rostro, esperando la respuesta que, estaba segura, iba a ser provocativa.

—¿Qué sugiere que hagamos? —preguntó él, mientras estudiaba su blanca y suave mano y sus uñas sin pintar.

Elizabeth tenía la muñeca adherida a los botones; pero la mano se levantaba con esfuerzo para no tocar la tela entre sus muslos.

—Lo mejor será…

Iba a pedirle que se desabotonara el pantalón; pero no le pareció correcto, y en lugar de eso dijo:

—Déle vueltas a la cadena. El broche debe estar atorado con un

botón porque no lo veo.

—Buena idea —contestó.

J. J. Hawkwood empezó a desabotonar los delgados botones de metal, mientras observaba a la chica, quien rápidamente adoptó una expresión de disgusto. Elizabeth quiso ayudar moviendo la mano, pero él la sujetó hasta inmovilizarla.

—La está enredando más. ¿Qué prisa tiene? —la regañó.

—¡Apresúrese! —repuso ella, cortante.

—Créame, chérie: en estas cosas, más vale ir despacio. Es mejor.

—¿Para quién? ¿Para usted o para mí? —inquirió con sarcasmo.

A unos milímetros de su mano estaba la parte más masculina de aquel hombre; y no tenía la mínima intención de averiguar si el ridículo incidente le provocaba alguna reacción física. No obstante era más fácil controlar su mano que su imaginación.

El suspendió su tarea, pero no le soltó la mano.

—¿Qué es lo que está sugiriendo, señorita Lamb?

Se estaba riendo de ella. Su boca era la misma línea delgada de antes, pero Elizabeth sabía que por dentro reía a carcajadas. Se sintió aliviada de llevar gafas oscuras, pues estaba a punto de estallar en lágrimas de rabia y de vergüenza.

—¡Cállese y termine de una vez! —exclamó.

En ese momento sintió la presencia de alguien en el pasillo quien habló casi al mismo tiempo que ella.

—¿Quiere que le sirva otra…? ¡Perdón! Volveré más tarde —dijo la azafata y se alejó presurosa.

—Tiene que apuntar esto en su diario —comentó Hawkwood con una amplia sonrisa—. Hizo usted ruborizar a la azafata.

—No fui yo. ¡Fue usted! —repuso Elizabeth desesperada.

El levantó las manos y mostró las palmas.

—Si puede usted hacerlo mejor, señorita Eficiencia, adelante.

Estaba tan furiosa, que estuvo a un paso de aceptar el desafío. Pero se arrepintió al ver un trozo de su indecente calzoncillo blanco y el nacimiento del no menos indecente vello negro de su vientre.

Volvió la cabeza, y un momento después, Hawkwood reanudó su tarea. Tardó un siglo, pero ella no quiso hacer el menor comentario. Para su sorpresa, él movió su mano con gentileza y ni una vez la rozó contra su pantalón, como ella esperaba. Al fin la dejó libre.

—Creo que no hay daños, pero será mejor que la revise usted

misma.

Por un momento la chica pensó que se refería a sí mismo, pero luego se percató de que hablaba de su cadena, así que se concentró en examinarla mientras él se abotonaba el pantalón.

—¿Todo en orden?

—Sí. Gracias —respondió sombría. Aquel hombre era, verdaderamente insufrible—. Espero no haberle estropeado el pantalón.

—Usted no ve la televisión, ¿verdad? Se necesita mucho más que una dama en dificultades para estropear un buen pantalón de mezclilla —murmuró.

La llamó "dama" y no "tonta". Elizabeth se suavizó un poco.

—Discúlpeme —empezó a decir—. No fui muy amable, pero…

—No le di oportunidad para serlo.

Esto la desconcertó una vez más, pues no esperaba una confesión de esa clase.

—Mi sentido del humor es incomprensible, incluso para mí —continuó él—. Y a veces soy muy directo, casi crudo. Sobre todo, cuando algo me toma por sorpresa. Debe ser una alteración causada por tanto tiempo en el ejército: actúa primero, pregunta después.

Elizabeth contestó con un murmullo. ¿De cuál ejército hablaba? No era eso lo que esperaba de un próspero hombre de negocios. ¿Acaso Nueva Caledonia tenía un ejército? Su curiosidad se estaba convirtiendo en algo personal y para evitarlo, Elizabeth reclinó su asiento y cerró los ojos.

No tenía sueño, estaba decidida a evitar cualquier contacto con ese hombre durante el resto del viaje.

Un leve zumbido despertó a Elizabeth. Aún medio dormida, trató de acomodarse; pero su mejilla y su boca percibieron el roce de un material suave y cálido.

¿Suave? ¿Cálido?

Abrió los ojos. A pocos centímetros de distancia, otros ojos la miraban fijamente. Lo que tomó por almohada era un hombro masculino. La calidez que tan agradable le pareció provenía de ese mismo cuerpo, tendido a su lado; y el zumbido, era el de su reloj. El brazo que separaba un asiento de otro estaba levantado y los dos sillones prácticamente formaban una cama doble.

Se había propuesto vigilar muy bien a J. J. Hawkwood, pero no

a tan corta distancia.

Se sentó con propiedad y se apartó el cabello de la cara con mano temblorosa.

—Perdóneme. Debió empujarme… —expresó con voz ronca.

Podría asegurar que sólo había cerrado los ojos un par de segundos. Pero al mirar su reloj, comprobó que había dormido casi una hora. La tensión y las preocupaciones de las últimas semanas la vencieron en el momento menos adecuado.

—No quise despertarla. Creí que necesitaba usted un buen descanso y no me equivoqué, porque la siesta le ha hecho recuperar el color.

El hombre levantó una mano y le tocó una mejilla suavemente, como si tuviera derecho a acariciarla, como si en verdad le preocupara la salud de una desconocida. Elizabeth se puso rígida, y él retiró la mano.

—Soy… soy de piel muy clara —tartamudeó la chica.

—Es un tono muy poco común. También el de su cabello. Al principio pensé que era negro, pero es un color caoba oscuro muy especial.

Hawkwood puso los brazos detrás de la cabeza. Su actitud reflejaba abandono, en contraste directo a la vergüenza que Elizabeth sentía.

Ella lo miró sin saber qué pensar. El le sonrió, pero no con burla sino con calidez.

—Usted es muy perezosa para levantarse, ¿verdad? Tiene los ojos grandes y dormilones, como los de un niño. No sabe cómo siento que mi reloj la haya despertado. De cualquier forma, faltan unos minutos para aterrizar. Ahora que lleguemos podrá descansar en una cama, como debe ser.

¿Lleguemos? ¿Descansar? ¿Cama? Una pequeña alarma sonó dentro de su cerebro.

¡Sus ojos! Al captar el significado de aquel otro comentario, se llevó la mano al rostro y descubrió que las gafas se le habían caído durante el sueño.

¿O se las habría quitado? Dejó de buscar y miró a su compañero de viaje. Hawkwood volvió su asiento a la posición normal y sacó las gafas del bolsillo de su camisa.

—Estaba usted tan inquieta, que temí que las rompiera —explicó

y se las entregó.

Elizabeth dudó en volver a ponérselas, pero decidió que era lo más sensato. Se sentía más segura con las gafas puestas.

—Gracias —contestó al tiempo que trataba de poner el brazo del asiento en su lugar.

—Permítame, mademoiselle.

Con un simple movimiento, Hawkwood colocó la barrera de seguridad entre ellos. Luego la observó mientras ella intentaba localizar el botón que accionaba el respaldo de su asiento para enderezarlo.

"El apellido le queda que ni pintado", pensó la chica. "Parece un halcón".

—Hoy no es su día de suerte, ¿verdad? —comentó él cuando al fin Elizabeth logró su objetivo.

Ella se limitó a fruncir el ceño.

—Estamos descendiendo —continuó—. ¿Quiere que cambiemos de asiento para que vea el aterrizaje?

—Aquí estoy bien —respondió nerviosa al ver que el ala de la aeronave se estremecía. Luego las nubes se abrieron para dejar a la vista un terreno montañoso.

—No se asuste.

—¡No estoy asustada! —pero sin poder evitarlo, se aferró al brazo del asiento.

—¿Es la primera vez que vuela?

—Sí —tuvo que admitir, por mal que le sentara.

—¿Primera vez que sale de Nueva Zelanda?

—También —eso le sentó todavía peor—. Pero no tengo miedo.

Lo dijo más para convencerse a sí misma que a él.

—Pero está nerviosa. Sé muy bien a lo que se refiere. Aun los viajeros más experimentados sentimos lo mismo al despegar y al aterrizar.

Elizabeth ya no lo escuchaba, pues tenía los ojos clavados en la ventana. El avión volaba muy bajo, y lo único que se veía eran montañas y valles, pero ni la menor señal de suelo firme. Un poco más allá, el mar se encontraba con una playa pantanosa cuyo final no lograba apreciar. Pensó que Nueva Caledonia sería un arrecife grande y plano, no ese paisaje volcánico y cubierto por arbustos que parecía la punta de un gran continente. Aparecieron algunas

viviendas aisladas, pero no veía el aeropuerto por ninguna parte. Y seguían descendiendo.

—Espero que el piloto no se haya perdido —musitó y pasó saliva para destaparse los oídos—. Sé que el aeropuerto está en Nouméa, pero no veo ninguna ciudad por aquí.

—Tontouta es un aeropuerto pequeño, pero hay muchas señales que conducen a él.

Extrañamente, el tono burlón de sus palabras la tranquilizó más que si las hubiese dicho en serio. Y sintió que una mano tibia se posaba sobre la suya, haciendo desaparecer gran parte de su tensión.

—No puede ver la ciudad, porque se halla a cuarenta y cinco minutos del aeropuerto, por carretera. Su agencia de viajes debió darle esa información.

A la chica le molestó el tono de crítica con que lo dijo. Si ese hombre supiera todo lo que había detrás de su viaje, comprendería su falta de entusiasmo por enterarse de esos detalles.

—Me dieron un folleto —contestó con frialdad—. Pero no he podido leerlo.

En ese momento apareció dentro de su rango de visión algo semejante a un calcetín ondeando al viento, así como un tramo de la pista de aterrizaje. Los apresurados latidos de su corazón se calmaron un poco; sin embargo, cerró los ojos al sentir que el aparato hacía contacto con tierra. Entonces, él le oprimió suavemente la mano y deslizó sus dedos por entre los de ella, haciéndola olvidar la desagradable sensación en el estómago. Elizabeth decidió que la mano de J. J. Hawkwood era demasiado áspera para pertenecer a un hombre que llevaba una vida de comodidades.

—Gracias a Dios —exclamó cuando el avión se detuvo. Entonces recordó que era una mujer fuerte e independiente, y declaró—: Hacer una cosa por primera vez siempre me inquieta —retiró la mano; el roce de la de él fue casi como el de una lija.

—Siendo así —comentó—… No entiendo por qué decidió hacer sola este viaje.

—No era mi intención venir sola —respondió de inmediato—. Pero la… la persona que iba a venir conmigo canceló su viaje en el último momento.

—¡Qué barbaridad! ¿Se enfermó su amiga? —preguntó Hawkwood en un tono que rezumaba una inocencia verdaderamente ofensiva.

—¿Qué le hace creer que se trata de una amiga? —inquirió molesta.

—No me diga que ha viajado con hombres —preguntó y sus ojos brillaron.

—¡Muchas veces! —mintió.

—¿Con hombres solos o en grupo? —insistió él con interés.

—De las dos formas.

—En ese caso, permítame felicitarla por lo bien conservada que está. Su cutis de terciopelo y su mirada de inocencia no se han estropeado con esa vida disipada que lleva. Yo habría asegurado que usted era una dama respetable… una bibliotecaria o maestra de escuela que vive con su gato y sus libros y que lo más que hacía era invitar a algunas personas a tomar el té.

En otras palabras, pensó Elizabeth, una solterona asexuada.

Le molestó la exactitud de su descripción; porque a excepción del gato, todo lo demás era cierto. De nada sirvieron sus esfuerzos por ocultar su personalidad, por hacerse de un disfraz ante él. Pero se dijo que en ese momento se hallaba fuera de su realidad; que habitaba un mundo de cabeza, donde la solterona se había convertido en una mujer misteriosa, una mujer llena de secretos. La última carcajada sería de ella… aunque nunca tuviera la oportunidad de reírse en su cara.

Discutir con él sólo la llevaría a comprometerse aún más, así que Elizabeth se levantó y abandonó el avión procurando ignorar la risita burlona que escuchó a su espalda.

La escalera que adosaron a la aeronave para que bajaran los pasajeros, la condujo a su primer contacto con el clima extranjero. Era mediodía y en lugar del cielo azul como el que se describía en el folleto que le dieron; el cielo era casi tan gris como el de Auckland. Pero no se sentía frío; por el contrario, el aire era cálido y la brisa le trajo aromas que no pudo identificar.

Pasó los trámites de inmigración rápidamente y tomó su maleta. Fue entonces cuando recordó que la azafata le prometió devolverle su blusa al término del viaje. Se volvió para buscarla; pero a quien vio fue a J. J. Hawkwood hablando con uno de los empleados

aduaneros.

Eso la decidió a no perder tiempo. No quería pasar la aduana sola, sino entre un buen número de pasajeros; tenía miedo de delatarse en cuanto un oficial aduanero le dijera algo, aunque fuese una cordial bienvenida.

La azafata conocía su destino y sabía quién era J. J. Hawkwood, por lo que Elizabeth decidió esperar hasta encontrarse en Ile des Faucons para recuperar su blusa y devolver la camisa. El hotel proporcionaba el transporte a Nouméa y después, llevaba a los huéspedes en lancha a su destino. Por eso, a pesar de querer evitar otra confrontación con Hawkwood, Elizabeth concluyó que debía buscarlo para que no pensara que era una ladrona.

Podría ser cómplice involuntario del otro robo, pero definitivamente no era una ladrona.

Desgraciadamente, J. J. Hawkwood no se dirigió a los autobuses del hotel, sino al estacionamiento. Por un momento, la chica quedó desconcertada; pero luego se dio cuenta de que un alto ejecutivo no iba a trasladarse en autobús, por bueno que éste fuera. Seguramente alguien lo llevaría al hotel… un chofer quizás.

¿Y si quien lo esperaba era Serena Corvell? Tal vez pasarían unos días en otro lugar que no fuera la Isla de los Halcones… Probablemente tenían un nido de amor en alguna otra parte.

Elizabeth perdió unos preciosos segundos pensando qué hacer. Al fin decidió seguirlo en un taxi. Y si no averiguaba nada, podría regresar a casa diciendo que había hecho cuanto pudo.

Nadie tenía por qué saber que ella, en el fondo, deseaba que aquel "cuanto pudo" no fuese suficiente.

Capítulo 4

PERDIÓ la lancha, señorita Lamb? Elizabeth cerró los ojos por un instante. Reconocería esa voz pastosa en cualquier sitio, sobre todo por el tono levemente burlón.

Se volvió lentamente y se apartó del joven que estaba en el bote amarrado al muelle.

J. J. Hawkwood, a pesar del tono de su voz, no estaba sonriendo. Vestía los mismos pantalones de mezclilla; pero ahora llevaba puesta una camiseta que resaltaba el bronceado de su rostro y la musculatura de sus brazos.

El sudor le bañó la espalda a la chica. De pronto el cielo ya había adquirido un tono azul intenso y la temperatura había ascendido.

—Sí —tuvo que admitir, a pesar de que se sentía como una idiota—. Estaba buscando algún modo de llegar a la isla.

Se dio cuenta de que él llevaba zapatos de tela con suela de hule y comprendió por qué no lo oyó acercarse. Con tal de que no la hubiera oído regatear con el joven del bote, en francés…

Hawkwood frunció el ceño y señaló la maleta que tenía a los pies.

—¿Los empleados del autobús no subieron su equipaje en la lancha?

Su tono de voz le advirtió que alguien estaba en peligro de perder el empleo si ella no daba una explicación convincente.

—No vine en autobús. Vine en taxi.

El levantó las cejas.

—¿No sabía que el transporte estaba incluido en el precio del hotel?

—Sí, claro, pero es que… quería conocer Nouméa antes de irme

a la isla…

La verdad era que durante todo el trayecto no se fijó en nada de lo que la rodeaba. Su atención estuvo fija en aquel Pantera rojo que el taxista no tuvo dificultad en identificar, dada la importancia del dueño y el diseño del auto. En vez de mostrarse suspicaz sobre las razones que la impulsaban a seguir al conocido J. J. Hawkwood, el hombre se mostró divertido.

Pronto, el taxista supuso que se trataba de una mujer celosa que seguía a su amado; y hasta se atrevió a sugerir que tomaran un atajo para llevarla al probable destino de Monsieur Hawkwood en Port Plaisance. Ella se rehusó; y cuando dejaron atrás la Baie de L'Órphelinate se detuvo frente a un centro comercial pequeño, pero muy exclusivo. Allí, Elizabeth se apeó luego de preguntarle al chofer de dónde salía el transporte regular a la Isla de los Halcones.

El Pantera desapareció entre unos edificios color salmón y el chofer señaló el piso más alto de uno de ellos y dijo que era el "Nido del Halcón".

Se entretuvo bebiendo un café, y así vio llegar al autobús del aeropuerto, que sí obedeció los límites de velocidad que el Pantera y el taxi flagrantemente violaron; los pasajeros se dirigieron a una lancha que mostraba el logotipo del hotel. Ella estaba preparada para entrar en acción en cuanto viera aparecer a J. J. Hawkwood; pero cuando no lo vio se obligó a permanecer en su puesto, aunque eso le diera la sensación de ser abandonada por los demás.

Para ocupar el tiempo, se puso a examinar el sobre que su tío Simón le dio. Encontró que la fotografía de Hawkwood era pésima, pues la luz hacía resaltar sombras y líneas que ella no advirtió en el avión. Su rostro parecía un poco más lleno y menos estético; y en la oreja derecha llevaba una simple arracada de oro en lugar del pendiente llamativo. En cambio, la foto de Serena Corvell era muy buena. Se trataba de una rubia bella y aparentemente fría.

Elizabeth supuso que la lancha del hotel realizaría varios viajes durante el día; pero cuando se hartó de contemplar el balcón vacío del "Nido", fue al muelle y averiguó que el viaje a la Isla de los Halcones era más largo de lo que supuso, pues la lancha no volvería sino hasta después de las tres de la tarde. Le molestó sobremanera la idea de esperar una hora más, y se puso a buscar a alguien que la llevara a la isla, por un precio razonable.

Encontró a tres personas dispuestas a llevarla; pero el precio "razonable" que pedían era muy superior a sus posibilidades. Elizabeth era una excelente mujer de negocios y aunque su tío prometió pagar todos sus gastos, no quería incurrir en extravagancias. Además, ¿quién sabe cuántas pistas falsas tendría que seguir aún para espiar al evasivo halcón?

Ya estaba resignada a esperar, cuando su presa apareció sorpresivamente.

—El conductor del autobús tiene instrucciones de seguir la ruta turística —expresó Hawkwood secamente.

—Sí, pero… Me gusta ser independiente —le recordó Elizabeth.

—Pero ahora está lamentando esa independencia, ¿verdad? —adivinó—. Porque dudo que este joven le habrá explicado que, puesto que la isla es propiedad privada, nadie puede anclar en ella sin permiso… permiso que él, indudablemente, no tiene.

—Lo sé —mintió y miró con reproche al hombre en el bote.

Entonces la chica se explicó por qué le dieron esos precios exorbitantes.

—Sólo estaba preguntando. Ya había decidido curiosear por las tiendas hasta que volviera la lancha del hotel.

—No hay necesidad, señorita Lamb. Mi lancha saldrá hacia la isla en unos minutos. Usted vendrá con nosotros.

Vendrá. Era una orden. Elizabeth se sintió herida en su amor propio.

—Muchas gracias, pero quiero hacer algunas compras.

—Es la hora de la siesta. Todo está cerrado —afirmó él, tomando su maleta más grande con facilidad.

Por alguna razón, esa demostración de fuerza la obligó a querer imponer su voluntad sobre la de Hawkwood.

—Déjela.

—¿Perdón? —inquirió él, con tal tono que la enfureció.

—Digo que deje mi maleta. Yo puedo con ella —alargó la mano y tomó su maleta.

—No lo dudo. Es usted una mocetona. Pero como caballero que soy, le ruego me conceda el honor de llevar su maleta a bordo.

¡Mocetona!

Elizabeth experimentó una mezcla de rabia y deseos de reír al escuchar el provocativo insulto, pues se sintió una musculosa

amazona de dos metros de altura, llena de ira ante la arrogancia masculina.

—Ah, ¿quiere llevarla a bordo? —preguntó—. Yo pensé que me iba a pedir rescate por devolvérmela. ¿De casualidad, su lancha tiene una bandera negra con una calavera?

—¿Acaso parezco pirata? —preguntó él sonriendo, seguramente halagado por la comparación.

—No —mintió—. Pero se comporta como si lo fuera.

—Muchas mujeres me han dicho que ese es mi principal encanto —musitó.

—Debería darle vergüenza.

—¿Usted cree?

La sonrisa se tornó dura, menos provocativa, y Elizabeth comprendió que le había llegado muy adentro.

—Los piratas son violentos, implacables y amorales. No sé cuáles pueden ser sus otros encantos.

Un brillo peligroso iluminó los ojos de Hawkwood y ella retrocedió inconscientemente unos pasos.

—¿Por qué tanta hostilidad, señorita Lamb? Me está usted atacando desde que nos conocimos. ¿Por qué?

Lo dijo con gran tranquilidad, y por eso mismo resultó amenazante.

—Lo… lo siento. No debí decir eso —respondió con torpeza.

Era cierto. En ese momento la chica se dio cuenta de que no debía juzgarlo, conociendo sólo una versión de los hechos.

Se quitó las gafas y se le quedó mirando para que supiera que hablaba con sinceridad. Nunca había herido a nadie deliberadamente… hasta que ese hombre se cruzó en su camino.

—Pero lo dijo. ¿Por qué? —Hawkwood la miró intensamente.

De nuevo quería imponer su voluntad. Como si eso fuera lo único que le importara.

—Ya le ofrecí una disculpa…

—No es suficiente.

Elizabeth se sintió intimidada. Pero no era tonta.

—Tendrá que bastarle con eso.

—Escuche, no me gustan los misterios —declaró él, sin apartar la vista de su rostro.

—¡Ya somos dos! —respondió exasperada—. Y por eso, prefiero

esperar a que regrese la lancha del hotel.

—Es usted muy empecinada.

Esa era una acusación con la cual ella estaba muy de acuerdo.

—Sí.

—Independiente y empecinada.

—Sí —levantó la barbilla.

—¿Por qué? ¿Tiene problemas para relacionarse con los hombres?

La chica se ruborizó ante el inesperado ataque.

—No, no tengo problemas para relacionarme con los hombres —contestó.

—Entonces, se trata de mí.

—Yo…

—Jack, estás exagerando la caballerosidad —la interrumpió una voz femenina.

Elizabeth sintió agradecimiento hacia la persona que intervino… hasta que se percató de quién se trataba.

—La señorita no quiere que la lleves. Le gusta tomar sus propias decisiones —continuó la mujer.

Hasta ese momento, Elizabeth se dio cuenta de que alguien acompañaba a Hawkwood. Una mujer alta, delgada, rubia y hermosa… Serena Corvell.

La indignación que le embargaba desapareció al ver que tenía a los dos sospechosos ante sí; juntos. Pero, ¿por qué lo llamaba Jack? Supuso que se trataba de una especie de sobrenombre.

La cámara que llevaba al hombro le pesó como si fuera de plomo.

—De acuerdo, señorita Lamb —asintió Hawkwood—. Permítame que le lleve la maleta al hotel. Así no tendrá que trasladarla de una tienda a otra.

—Creo… creo que mejor acepto su oferta y me voy con usted —declaró Elizabeth.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Serena, mirándola con desdén por tantas vacilaciones.

—Si es que no ha retirado su oferta —añadió Elizabeth.

Por alguna razón, J. J. Hawkwood decidió mostrarse perverso.

—No quiero presionarla —dijo, mirando con atención su pálido rostro.

Elizabeth se echó a reír. Todo aquel viaje era un conjunto de presiones ejercidas contra ella.

—Al contrario. Me gustaría ir —respondió con rapidez, sin notar el miedo que revelaba su voz.

—Las tiendas están cerradas, pero no los cafés ni los restaurantes. Si quiere, puedo recomendarle…

—¡No! —exclamó casi con desesperación.

Y es que él la miraba de una forma que…

—Estoy un poco cansada —prosiguió y se aclaró la garganta—. Y preferiría beber algo en el hotel, si a usted no le molesta.

Por un momento pensó que Hawkwood seguiría ofreciéndole alternativas hasta obligarla a rogarle que la llevara. Pero, inesperadamente, Serena acudió en su ayuda:

—Asunto arreglado —concluyó—. ¿Ya podemos irnos? Me gustaría llegar a la isla antes que se haga de noche.

Hawkwood contestó a su sarcasmo con alguna cortesía, y luego se dispuso a presentarlas:

—Serena Corvell. La señorita…

—Elizabeth —tuvo que decir su nombre de pila.

—La señorita Elizabeth Lamb —sus labios de distendieron en una sonrisita que confirmaba su victoria—. Viajamos juntos desde Nueva Zelanda —agregó como si lo hubieran hecho con un propósito común—. Por favor, llámeme Jack. "Monsieur Hawkwood", es demasiado formal. Apuesto a que a usted la llaman Beth.

Elizabeth deseó negarlo. En sus labios, el diminutivo sonaba tonto, infantil… una palabra aburrida. Estuvo a punto de decirle que la llamaban Liz, que le parecía más dinámico, pero se contuvo. En ese momento, Serena pasó a su lado, ignorándola, y se dirigió hacia el final del muelle con paso indolente.

Hawkwood se inclinó ligeramente y le indicó a Elizabeth que pasara primero.

Sentirlo caminar detrás de ella le resultó muy molesto. Descubrió que de pronto había olvidado la forma de caminar con naturalidad y se tropezó, como una niña que se pone tacones altos por primera vez.

Hawkwood, se le acercó de inmediato y le murmuró al oído:

—No puedo permitir que lleve esos tacones en el bote. Tendrá

que caminar descalza. Después del trabajo que me costó persuadirla, no quiero que se me caiga por la borda.

Su cercanía le provocó a Elizabeth escalofríos a lo largo de toda la espalda. Y pensó que si Hawkwood conociera sus intenciones, él mismo la arrojaría al agua.

—Traigo zapatos bajos —contestó con hosquedad y casi vuelve a tropezar al ver hacia dónde los conducía Serena Corvell.

Le Falcon. Elizabeth tuvo que admitir que el bote era exactamente igual a su dueño: hermoso e individualista. Ella esperaba un juguete de niño rico; una barca blanca y espectacular, provista de toda la tecnología marina conocida por el hombre. En lugar de eso, se encontró con un bote de madera, cuyos pasamanos recién pulidos no lograban ocultar su edad. Tenía hasta un mascarón de proa; no una ninfa con los pechos desnudos, sino un halcón con las alas abiertas y el pico buscando una nueva presa. En pocas palabras, el bote de un pirata.

No se dio cuenta de que se había detenido sino hasta que sintió un ligero golpe en la parte posterior de la rodilla.

—Es una belleza, ¿verdad?

La chica no supo si se refería al bote o a Serena Corvell quien los miraba desde la cubierta con el ceño fruncido, así que prefirió no contestar y se concentró en quitarse los zapatos para bajar por la desgastada rampa. Una vez a bordo, se sintió atrapada.

—Por aquí. Vamos a poner sus cosas abajo —señaló Hawkwood.

Lo siguió por una estrecha escalera hasta un camarote bastante grande.

—Creo que le conviene cambiarse también de ropa. Cuando sopla el viento, el pudor de una mujer puede verse seriamente comprometido.

Elizabeth lo miró con rencor, aunque seguiría su consejo.

—Voy a mandar a lavar su camisa en el hotel antes de devolvérsela.

—En ese caso, no se la quité. Una vez que salgamos del amparo de la Grand Terre, recibirá mucha brisa salada. No tiene caso ensuciar otra blusa antes de llegar al hotel.

Ella abrió la boca para afirmar que no tenía la menor intención de seguir usando su camisa, pero él continuó:

—A menos que tenga alguna razón personal para no aceptar mi

sugerencia.

Desgraciadamente, tenía una razón demasiado personal: el hecho de saber que aquella camisa, que ahora acariciaba su piel, había estado en contacto con el duro pecho masculino; la perturbaba… Sabía que los amantes suelen usar la ropa del otro… Este pensamiento la disgustó. Pero, después de todo, él tenía razón. Además, no se le ocurrió nada que pudiera explicar su rechazo.

—No, no la hay —murmuró. Y al ver que él no pretendía irse aún cambió de tema—: ¿Cuántos hombres hay en su tripulación?

El se le quedó mirando con suspicacia.

—Por lo que veo, está usted llena de prejuicios con respecto a mí, Eliza… Beth —dijo suavemente—. No necesito a nadie. Soy muy capaz de manejar este bote solo. Aunque no estaría mal tener una persona que sepa arriar una vela. ¿Sabe usted navegar?

Ella negó con la cabeza, decidida a ignorar la forma en que pronunció su nombre, que le pareció provocativa. Lo que acababa de decir explicaba las manos rudas, tan diferentes de las que esperaba en un alto ejecutivo.

Al ver que no contestaba, Hawkwood entornó los párpados.

—Voy a tener que buscar otra manera de cobrarle el pasaje —dijo.

¡Pirata arrogante! Sin duda, esperaba que todas las mujeres se arrojaran a sus pies, nada más porque era rico y guapo; y poderoso, y… atractivo…

—Si quiere, puedo lavar la cubierta —respondió con frialdad.

En realidad, deseaba lavarle la boca con agua y jabón, porque estaba flirteando con ella mientras su amante lo esperaba en cubierta.

—Debe haber alguna posición más cómoda para usted que estar de rodillas —murmuró.

La rabia le iba a brotar a la chica por los ojos, pero él continuó, imperturbable:

—La cocina, por ejemplo. ¿Le molestaría prepararnos algo de comer mientras zarpamos? Aún con el viento a favor, el viaje dura casi dos horas, y antes de llegar a la isla vamos a sentir hambre.

Hawkwood se fue, antes de que ella pudiera encontrar la respuesta adecuada y la dejó con la certidumbre de que era capaz de ponerla en situaciones difíciles, tanto físicas como verbales.

La despensa de la cocina le dio otra lección sobre sus prejuicios, pues en vez de manjares de lujo se encontró con comida práctica y sencilla: queso, pan y cerveza, principalmente.

Aún no terminaba de hacer unos emparedados, cuando empezó a sentir el movimiento del bote; y por la ventana vio que se alejaban lentamente del puerto.

Tuvo que hacer esfuerzos para mantener el equilibrio al subir por la estrecha escalera, llevando una bandeja con emparedados y cervezas, además de la cámara que llevaba colgada al hombro, para aprovechar todos los momentos de aquel viaje. Logró llegar a cubierta sin dejar caer nada. Había dejado las gafas de sol en el camarote, y los colores del mar y del cielo le parecieron maravillosos por su intensidad y brillo. Confiando en la estabilidad de sus piernas, pasó a cubierta sin prestar atención a la mirada aprobatoria que Jack le dirigió al pantalón que se había puesto en lugar de la falda.

Serena Corvell estaba sentada junto al timón, mirando a Jack y sin levantar ni uno solo de sus bien manicurados dedos. Ella también llevaba zapatos bajos, pero eran de carísima piel de víbora; los pantalones color crema acentuaban su esbeltez, entonces Elizabeth dio gracias al cielo de que la camisa de Jack le permitiera ocultar sus generosas formas de aquellos ojos críticos.

La mujer examinó con disgusto la bandeja que la chica le ofreció, reacción que nada tenía que ver con el contenido.

—Debe haber algo que no sea cerveza. Ve a ver si encuentras una botella de vino. Blanco. Y asegúrate de que esté frío.

Elizabeth sintió que la sangre le hervía, pero Jack intervino:

—Beth no es una sirvienta. Es una huésped, lo mismo que tú. Si quieres algo, baja a buscarlo.

Los ojos de Serena echaron chispas, pero ella no se movió y se quedó mirando los gruesos emparedados.

—¿Tampoco encontraste cuchillos? —dijo—. Yo no puedo comer esto.

"Podrás", pensó Elizabeth, "cuando te lo meta a la fuerza".

Pero no dijo una palabra, retiró la bandeja y la ofreció a Jack.

—Gracias —sonrió él y luego de darle una mordida al emparedado, añadió—: Hmmm… Usted sí sabe cómo llegarle al corazón a un marino. Puede viajar conmigo cuantas veces quiera y

pagar su pasaje con trabajo.

La chica también tomó un emparedado.

—Muchas gracias —contestó—. Pero de eso, tengo de sobra en casa.

—¿Es muy grande su familia?

—No. Dos tíos viejos. Ellos me criaron, pero nunca fueron muy buenos en la cocina; así que cuando tuve edad suficiente me hice cargo de ella.

—¿Así que trabaja y cuida de sus tíos?

Elizabeth se percató de que estaba charlando como si no tuviera nada que ocultar. Un buen detective debía extraerle información a él, no al contrario.

Por eso contestó con monosílabo, luego le preguntó sobre el arrecife que rodea a Nueva Caledonia y le ofreció otro emparedado. El se dejó llevar, y le contestó que ese arrecife era el segundo más grande del mundo y que podría verlo claramente desde su isla.

—Ese arrecife es una de las razones de la fama del hotel, porque se presta admirablemente para el buceo. ¿Sabe usted bucear?

—No, pero me gusta nadar.

—Puede intentarlo, ahora que está aquí.

—Tal vez.

—Mi madre solía contestar así.

De perfil, apenas pudo ver su sonrisa.

—¿Cómo?

—Tal vez. Cuando no quería negarme algo abiertamente, me decía: "tal vez". Pensaba que dándome largas haría que olvidara lo que deseaba hacer.

—¿Y lo olvidaba?

—Nunca —proclamó con satisfacción.

—No es bueno que los niños se salgan siempre con la suya —declaró Elizabeth, sin poder contenerse.

—No dije que siempre me saliera con la mía; sino que nunca olvidaba lo que deseaba —sonrió con cinismo—. Hasta la fecha, sigo siendo igual.

—No me sorprende —musitó Elizabeth.

En ese momento, ella comprendió cómo había llevado su compañía al puesto que ocupaba. Jack poseía decisión y un deseo de triunfar que cada vez le resultaban más evidentes. Y no

importaba que se tratara de una discusión, de un negocio o de una mujer.

Era un hombre posesivo, desde luego. ¿Qué pasaría si llegaba a enterarse de que ella pretendía arrebatarle una de sus posesiones… a su amante?

Para alivio suyo, estos pensamientos no llegaron a convertirse en temores. Su fingida indiferencia no hizo más que dejarle el campo libre a aquella mujer a la que en ningún momento consideró una rival. Serena le pidió a Jack que la dejara llevar el timón y se puso a charlar con él en voz tan baja, que Elizabeth comprendió que su presencia era innecesaria.

La chica se fue hasta el otro extremo del bote para tomar fotografías de la isla de la que se alejaban velozmente; de sus playas doradas y del mar de un azul intenso bajo un cielo despejado. Pero en cuanto se sintió segura, apuntó el objetivo de la cámara hacia la pareja que estaba al timón.

Serena llevaba un pañuelo de seda a la cabeza y su rostro quedó por completo descubierto cuando se inclinó para oír algo que Jack le decía. Los dos rostros se tocaron, entonces Elizabeth apretó el disparador. Presa de una excitación nerviosa, la chica tomó varias fotografías más.

Hubo un instante en el cual Serena rió, y Jack le tomó una mano. A Elizabeth le pareció un gesto muy significativo y volvió a oprimir el disparador. Pero Jack volvió el rostro hacia ella, echando a perder lo que prometía ser una foto magnífica… y Elizabeth giró con rapidez para tomar una foto casi al azar.

La chica se maldijo por haberse traicionado de esa forma. Habría sido mejor tomar la foto de los culpables sin tratar de disimular.

Un momento después, el hombre dejó a Serena al timón y ofreció tomarle a Elizabeth una foto "para su álbum de recuerdos".

—No, gracias —contestó ella—. Prefiero tomar fotos que salir en ellas. No… no soy muy fotogénica.

—Te comprendo muy bien —comentó Serena con malicia—. La cámara es cruel con las mujeres que están "llenitas". Déjala en paz, Jack. Estás avergonzando a la pobre.

No sólo la llamaba gorda, sino que la trataba con lástima. Elizabeth se dijo que ella nunca podría ser una amenaza para una mujer tan elegante como Serena; sin embargo, estaba tan furiosa

que trató de retener a Jack a su lado.

—En una isla hay también una propiedad privada, ¿verdad? —El vaciló un poco antes de contestar.

—La propiedad St. Clair, sí. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Está muy lejos del hotel? —continuó, tratando de parecer indiferente y evitando su mirada.

—Todo en la isla está cerca del hotel.

¿Estaba evitando la respuesta? ¿O era que la imaginación de la chica estaba demasiado excitada?

—Alguien me dijo que la casa merece ser visitada; que es como un castillo francés traído piedra por piedra —sus tíos no se cansaron de elogiar la villa en la que el viejo Monsieur Saint Clair vivía, después de hablar de la colección de libros que los llevó a hacerle una visita unos meses antes.

—Es muy hermosa.

Elizabeth decidió que la falla de entusiasmo con que lo dijo era, en realidad, falta de interés.

—En ese caso, iré a verla.

—Me temo que eso será imposible.

—¿Por qué?

—Porque es propiedad privada, no una atracción turística. A Monsieur Saint Clair no le gustan los curiosos.

Elizabeth estuvo a punto de decirle que no era una curiosa; pero se reprimió y se dedicó a observar el vuelo de las aves sobre el bote. Tenía que ser muy discreta… por lo menos hasta tener la oportunidad de hablar con Monsieur Saint Clair en persona.

Se llevó una mano al pecho para tocar el collar, y volvió a experimentar la sorpresa que recibió al conocer las consecuencias del viaje de sus tíos a la mansión Saint Clair. Ella ya sabía que su tío Seymour se estaba volviendo un excéntrico; pero jamás imaginó que llegaría a algo tan serio. Cuando el tío Miles le mostró el collar, le dijo que Seymour no lo había robado personalmente; que sólo se había quedado con él, a sabiendas de que no era suyo, sino de Monsieur Alain Saint Clair.

Poco después de su visita a la mansión, sus tíos recibieron dos paquetes de libros que habían comprado. Al abrirlos, se encontraron con que entre ellos había tres incunables valiosísimos, aparentemente incluidos por error; y también un libro falso, en

cuyo interior hallaron el collar que ahora Elizabeth llevaba al cuello; una joya extraordinariamente hermosa y de gran valor que tenía grabado en el broche el emblema de la familia Saint Clair.

En lugar de decir lo ocurrido, el tío Seymour guardó el collar en su escritorio y no fue sino hasta dos meses después que el lío Miles lo sorprendió admirando su tesoro escondido. Seymour afirmó que no había hecho nada malo; y que si aquello se supiera, no tendría por qué tener malas consecuencias sobre su negocio. Incluso dijo que estaba "cuidando" los libros y el collar hasta que el dueño los reclamara.

El tío Miles trató varias veces de ponerse en contacto con Monsieur Saint Clair por teléfono y por carta, pero nunca lo logró. Nadie contestó sus cartas, y las personas que atendieron sus llamadas se mostraron poco cooperativas. Con el tiempo, su preocupación aumentó y fue entonces cuando le pidió ayuda a Elizabeth para devolver los valiosos objetos.

—Entonces, Monsieur Saint Clair vive aún allí —comentó la chica—. Debe ser muy viejo, ¿no? ¿Está bien de salud?

—¿Por qué lo pregunta?

—Por ninguna razón en particular. He oído que vive recluido.

En realidad, tenía muchas razones para interesarse por su salud, porque si el viejo moría antes de que ella pudiera hablar con él, lo que ya de por sí era una situación delicada se volvería extremadamente peligrosa.

Por otro lado, una enfermedad sería la explicación de por qué no había reclamado sus posesiones. Si la policía no había intervenido aún, existía una buena probabilidad de sacar a su tío Seymour del asunto sin mucho problema. Si Monsieur Saint Clair no gozaba de buena salud, le sería más fácil comprender las súplicas de Elizabeth en favor de su tío..

De pronto, la chica notó que Jack Hawkwood la miraba con intensidad.

—Si por "recluido" quiere decir que es un hombre que gusta de la intimidad está usted en lo cierto. A los huéspedes del hotel se les advierte que no invadan sus propiedades. Si lo hacen y son sorprendidos, solemos pedirles que abandonen el hotel; y no volvemos a recibirlos.

—Eso me parece demasiado drástico —observó Elizabeth con

desilusión; al pensar que no podría llegar a la puerta de la mansión, y pedir que le permitieran ver a Monsieur Saint Clair, como pensaba hacerlo.

—Drástico, pero efectivo.

Fue una información descortés que le indicó que Jack Hawkwood no estaba dispuesto a seguir hablando del tema.

En realidad no dijo nada que le fuera muy útil a la chica, quien empezó a creer que el asunto de Serena Corvell se presentaba fácil; mientras que en el otro, estaba abandonada a sus débiles fuerzas.

Capítulo 5

DOS cosas sucedieron de manera simultánea cuando Elizabeth oprimió el disparador. Una pelirroja alta y bronceada, vestida con tanga, cruzó frente al objetivo de la cámara; y la tumbona en la que Elizabeth se hallaba se volteó.

La chica emitió una exclamación de disgusto y se levantó de inmediato; sacudió la toalla para que no le quedara arena y revisó la cámara para ver si no había sufrido algún daño. Luego volvió a sentarse en la tumbona procurando ignorar las risitas y los comentarios de los bañistas a su alrededor. ¡Maldito J. J. Hawkwood!

Elizabeth miró al causante del accidente; estaba tendido en la playa, tomando el sol. La pelirroja acababa de arrodillarse provocativamente al lado de él, riendo y sin prestar la menor atención a Serena quién la miraba con disgusto.

Por lo visto, la esposa infiel no estaba disfrutando aquellas vacaciones; Elizabeth tampoco, y en el fondo se alegraba de no ser la única en esas condiciones.

Aquel complejo turístico era muy diferente de cuantos conocía. Había una serie de bungalows muy lujosos en medio de la frondosa vegetación tropical. El edificio principal alojaba tres restaurantes, canchas deportivas, un casino, un centro nocturno y varios bares; además una enorme piscina competía contra las tranquilas aguas color azul turquesa de la bahía.

La chica llevaba tres días en uno de los hoteles más lujosos del mundo; y no había tenido tiempo de disfrutarlo, sus inquietudes iban en aumento. El collar estaba a salvo en la caja de seguridad del hotel, pero no había conseguido convencer a la telefonista de que la comunicará a la mansión Saint Clair.

Su vigilancia tampoco daba muy buenos resultados. Jack salió a correr muy temprano mientras Serena desayunaba en la terraza del bungalow; después de eso, y hasta las tres o cuatro de la mañana, hora en que el casino cerró, estuvieron en todas partes, pero pasaron muy poco tiempo a solas. Elizabeth empezaba a creer que ya no podría tomar más fotos "comprometedoras".

Les tomó una en ese momento, nada más por el gusto de hacerlo, pues tenía la sensación de que podía colocarse delante de sus narices y ninguno le prestaría atención.

Tal vez Serena había llegado a la misma conclusión que ella: la excesiva sociabilidad de J. J. Hawkwood con sus huéspedes era como los trucos de magia, pues a pesar de todo; era evidente que trazaba una línea para separar al hombre público del privado… y esa línea muy pocos seres la cruzaban.

De una cosa estaba segura: bajo aquella aparente pereza, Jack tenía muchas reservas de energía para quemar. Y eso la alarmaba.

Ese día, por ejemplo, Jack se cansó muy pronto de estar asoleándose en la playa y se internó por entre las palmeras, llevando a la pelirroja de la mano. Al principio, Elizabeth no creyó lo que veía; observó el rígido rostro de Serena y luego lo siguió a él con la mirada.

Tuvo que admitir que tenía un cuerpo maravilloso. El pecho estaba cubierto de vello, las piernas eran largas y delgadas; pero fuertes y flexibles. En suma, piernas de nadador y pecho de corredor… una combinación impresionante. Con aquel traje de baño azul, Jack resultaba terriblemente masculino. Mirando con más detenimiento, Elizabeth advirtió una cicatriz que iba de la cadera a la rodilla, pero el defecto no hacía más que resaltar la perfección del resto.

Minutos más tarde, la chica se agazapaba tras las raíces de un enorme banano y espiaba una pequeña playa… tan pequeña que apenas merecía el nombre de playa. Al ver lo que allí ocurría pensó que se había excedido en sus funciones al seguir a Hawkwood y su amiga. No obstante, levantó la cámara y la apoyó en las raíces. "No pierdas tiempo", se dijo mientras enfocaba. Todo lo que necesitaba era un beso, después, los dejaría entregados a su sórdida diversión. Le interesaba tener una foto de Jack traicionando a la mujer con la que traicionaba a su esposa; si no para otra cosa, le serviría para

hacer reaccionar a Serena Corvell.

Lo único que vio al oprimir el disparador fue a una mujer semi desnuda en la playa. Pero eso no era lo que necesitaba. ¿En dónde estaba la otra figura?

Lo encontró demasiado pronto, corriendo hacia el árbol tras el cual Elizabeth se ocultaba; la expresión de su rostro era de una dureza increíble. La pelirroja en cambio, se echó a reír, luego dio la media vuelta y apresuró el paso en dirección al hotel. Elizabeth se levantó y echó a correr también. No estaba segura de que él la hubiera descubierto, pero tampoco pensaba detenerse a averiguarlo.

El suelo arenoso de la playa no permitía que hubiese mucha vegetación, así que su única esperanza consistía en poner distancia entre su perseguidor y ella, porque ya estaba convencida de que la estaba persiguiendo. Tal vez no supiera que era ella, pero estaba decidido a alcanzarla. Desorientada por el pánico y tropezando sin cesar, Elizabeth esperó un milagro. Aunque para ese momento, seguramente él ya sabía de quién se trataba.

La chica exhaló un grito al sentir que Jack tiraba de su bata de playa y un momento después perdió el equilibrio. Cuando cayo al suelo dejó caer la cámara. Luego lo oyó caer a él, aunque el impulso que llevaba lo proyectó a unos metros de distancia. Elizabeth trató con desesperación de levantarse, pero una mano de acero se aferró a su tobillo y se lo impidió. Volvió a caer sobre la suave arena, pataleando y gritando, pero no le sirvió de nada. El la aplastó contra el suelo y se colocó encima de ella hasta que su rostro quedó a muy corta distancia del de Elizabeth quién percibió su cálido aliento.

—Vaya, vaya, vaya —dijo el hombre—. Se trata de la palomita solitaria. Esto que usted hace se llama voyeurismo. No me diga que es su pasatiempo favorito… —en su voz no había sorpresa, pero sí un tono triunfal y triste al mismo tiempo.

—No sé de qué está hablando —respondió ella, luchando por librarse de su peso y tratando de aparentar inocencia—. ¡Apártese! ¿Cómo se atreve…?

Su bata de muselina era transparente y muy delgada, por lo que podía decirse que estaba casi desnuda… igual que él. Elizabeth percibía con claridad los movimientos de todos sus músculos; cálidos y excitados por la persecución. El poderoso pecho masculino

le oprimía los senos y la respiración de ambos se confundía en una sola.

De pronto, Elizabeth percibió el silencio que los rodeaba, el suave murmullo del mar, la arena que se incrustaba en sus piernas… y la forma en que Jack amoldaba su cadera a la de ella.

—¡Apártese!

Fue una súplica, más que una orden. El, por supuesto, no se movió sino que se quedó inmóvil, disfrutando la situación en que la había colocado.

En un esfuerzo desesperado, Elizabeth tomó la cola de caballo de Jack y tiró de ella violentamente. A cualquier otro, ese ataque le habría llenado los ojos de lágrimas; pero Jack permaneció imperturbable y luego sonrió. Entonces ella le quitó la liga que le sujetaba el cabello. El pelo se extendió sobre los hombros de Jack y la punta de un mechón cayó justamente en los labios de Elizabeth.

La chica se quedó helada cuando él movió una mano para apartar el mechón de su boca y deslizarle la punta húmeda por una mejilla; luego, Jack se acomodó el pelo detrás de la oreja.

—¿Le gusta mi sabor, Beth?

Ella estaba tan avergonzada que apenas lo oyó.

—Quítese… ¡Por favor!

Casi se ahogó con la última palabra, mas para su sorpresa él rodó hacia un lado. Cuando Elizabeth trató de levantarse, Jack la sujetó por la cintura.

—Suélteme.

—¿Para seguir espiando a otra pareja?

—No lo estaba espiando.

—¿No? Nos siguió desde la playa principal.

Elizabeth dejó de forcejear y trató de mostrarse serena.

—¿Por qué dice eso?

—Porque no es usted muy hábil para ocultarse.

—¿Por qué había de ocultarme? Fui a dar un paseo. ¿Por qué había de seguirlos a usted y a su… amiguita?

A pesar de que trataba de aparentar indiferencia, en su última palabra apareció todo el desprecio que sentía por lo ocurrido.

—Lo mismo que yo me pregunto. Porqué, además de seguirnos, nos toma fotografías.

Elizabeth no pudo evitar lanzarle una mirada a su cámara.

Desgraciadamente, estaba fuera de su alcance.

—Estaba tomando fotografías de la playa.

—Claro. Y Bunny yo nos metimos en el paisaje, ¿verdad?

—¿Bunny? —repitió Elizabeth.

—Bunny… conejita. Así le decimos.

—Un sobrenombre muy apropiado —dijo la chica con mordacidad.

—Por supuesto: es tierna, suave y se antoja abrazarla todo el tiempo —respondió, irónico—. Pero su comentario no revela admiración, sino celos.

—¿Celos? ¿Por qué había de estar celosa? —inquirió con desdén.

—Tal vez la envidie por su falta de inhibiciones —encogió los hombros.

—Yo no me inhibo —mintió la chica—. Pero no me gusta exhibir mi cuerpo ante los hombres que pasan frente a mí.

—Nadie la está acusando de eso, chérie. Está tan pálida y delicada como el día en que llegó; además se quita esa batita cuando se mete al agua, y eso no sucede muy a menudo.

Un escalofrío la recorrió al pensar que había estado tan ocupada observándolo que no se dio cuenta de que él la observaba a ella.

—No tiene caso quemarme por quemarme. Además, vine a descansar, no a ganar una competencia de natación.

—Entonces, ¿por qué no descansa? —preguntó mirándola fijo—. Está usted muy tensa.

—Cada quien descansa como puede —respondió Elizabeth con voz débil.

—Su forma de descansar es muy curiosa. Siempre está yendo de un lado a otro, tomando fotografías, levantándose temprano y permaneciendo en el casino hasta la madrugada…

—Me gusta tener algo que hacer.

Era irónico, pero su continua actividad no era más que un reflejo de la actividad de Jack.

—Especialmente, algo que hacer acerca de mí.

—Mire, señor Hawkwood…

—No, Beth ya es demasiado tarde para ese trato entre nosotros.

—Jack, entonces. Si me sueltas te explicaré…

—Me lo vas a explicar de todos modos.

Sin dejar de mirarla a los ojos, Jack alargó una mano y tomó la

cámara.

—¿Ya revelaste tus fotos? Puedo conseguirte un buen descuento.

—No, las revelaré cuando vuelva a casa —pasó saliva—. Es más divertido.

—Ya lo sé —dijo él, entornando los párpados para ocultar el cambio de expresión en sus ojos—. Pero si la foto que nos tomaste a Bunny y a mí es buena, nos gustaría tener una copia.

—No creo que tu amiga haya salido, porque yo estaba enfocando otra cosa, unos yates que había al fondo —improvisó.

—Ah.

Su forma de contestar empezaba a alterarle los nervios a Elizabeth.

—¿Puedo levantarme ahora? —pidió la chica.

Jack la soltó y rozó con los labios las marcas que sus dedos le dejaron en la cintura. De inmediato ella se levantó.

—¿Puedes ayudarme ahora? —pidió Jack.

—¿A ti?

Elizabeth se frotó la parte donde él la rozó con los labios.

—Ya no soy tan ágil como cuando joven —repuso él, sonriendo sardónicamente.

—Cuarenta años no son muchos —dijo ella, fingiendo no ver la mano que él le tendía y exagerando un poco su edad para golpear su vanidad masculina.

—Considerando que tengo treinta y cinco, eso podría considerarse un insulto —la miró con frialdad.

Elizabeth se sintió molesta por la inseguridad que revelaba su mentira.

—Debe ser la piel bronceada la que te hace parecer mayor —expresó.

—¿Me vas a ayudar, sí o no?

—Tal vez treinta y cinco años sean demasiados para perseguir mujeres.

—Para eso nunca se es demasiado viejo.

Jack se apoyó en una mano e hizo un gesto de dolor al mover la pierna izquierda… la de la cicatriz. Elizabeth se alarmó.

—¿Estás lastimado? —preguntó y se arrodilló a su lado.

—No más que de costumbre —una fina capa de sudor apareció en su frente al mover nuevamente la pierna izquierda, revelando la

intensidad del dolor que lo invadía.

—Es que tu pierna…

Se interrumpió y alargó la mano en dirección a la cicatriz… pero no llegó a tocarla. Era una línea tortuosa que se abría paso por entre el vello del muslo; una cicatriz antigua, pero la herida que la produjo ejercía aún efectos secundarios.

—¿Qué te sucedió? ¿Te operaron de algo?

El se endureció, obligándola a retroceder tanto mental como físicamente.

—No te ablandes ahora, chérie —le advirtió con brusquedad—. Podría aprovecharme de tu debilidad. Hasta ahora, llevas un récord perfecto: siempre acabas por hacerme enfurecer.

—¿Te lastimaste al caer? Tal vez sea mejor esperar antes de levantarte.

—No me vengas con "tal vez" —gruñó Jack, recordándole que detestaba esas palabras.

—Yo no soy tu madre —protestó Elizabeth.

Jack la recorrió con la mirada, desde los labios hasta el modesto cuello de su bata de playa, después contempló la parte superior de su traje de baño.

—Lástima —comentó con un remedo de sonrisa—. Tienes una super abundancia de características maternales. Mi madre era mucho más modesta en ese sentido, y tuvo que darme la botella muy pronto. Si tú me hubieras amamantado, seguramente yo habría sido el nene más gordo y el más feliz del vecindario; y también el más lujurioso.

Elizabeth tuvo ganas de darle una bofetada, pero su instinto le dijo que aquel comentario obsceno tenía por objeto ahogar la simpatía que pudiera sentir por él y evitar más preguntas curiosas.

—No desquites tu niñez desvalida en mí —contestó, apartándose de él—. Contéstame claramente: ¿quieres que te ayude, o prefieres seguir ahogándote en tu orgullo herido?

Jack se incorporó poco a poco hasta hincarse.

—Zorra —la llamó. Su rostro era una máscara impasible.

—Pídemelo por favor, o me quedaré aquí, viendo cómo te retuerces a mis pies. Eso será muy interesante.

Era una dosis de su propia medicina. "Por lo menos", pensó Elizabeth, "así tendrá algo en que pensar y se olvidará del dolor".

—¿Prefieres que vaya a buscar a Bunny? Le encantará ver al gran macho sudando y quejándose, débil como un conejito…

—¡Jamás le he suplicado a una mujer, y no voy a empezar ahora! Te estaba pidiendo una mano, pero ya no la quiero, ¡maldita sea!

—Las palabrotas son señal de una mente limitada.

La chica se inclinó, le pasó un brazo por la cintura y lo sostuvo por un instante. Así Jack pudo levantarse apoyando la pierna sana. La única señal de dolor que dio fue una profunda inspiración que se convirtió en una suave interjección.

—Gracias.

Elizabeth no se ofendió por el tono en que le agradeció y lo soltó.

—Nada de esto habría sucedido si no fueras un paranoico. Me hubieras llamado, en lugar de perseguirme como un poseído.

—Ah, ¿por eso te echaste a correr como gato escaldado? Y yo que pensé que era la culpa la que te impulsaba… —su sarcasmo era tan intenso como su incredulidad—. Lo que me lastimó no fue la carrera, sino un puntapié que me diste.

La chica apretó las manos para no traicionar el mal efecto que sus palabras ejercieron en ella.

—Me estaba defendiendo. Tú me atacaste y…

—¿Qué pensaste que iba a hacer? ¿Violarte?

Su incredulidad estaba bien fundada; pero lo único que logró fue alertar a Elizabeth.

—No lo sé. No… no me puse a pensar.

—¿Ah, no? Por lo visto, aquí la paranoica eres tú. La vida de una asistente de un profesor universitario debe ser más emocionante de lo que imaginé.

—¿Cómo sabes en qué trabajo? —preguntó sintiendo un nudo en el estómago.

—Tu pasaporte está en la administración del hotel.

—¿Y tú lo examinaste?

Su curiosidad había ido más lejos de lo previsible y la chica se sintió amenazada.

—Son gajes del oficio —replicó con cinismo—. Leo todos los pasaportes, para ver si encuentro a una mujer que merezca la pena violar.

—No pensé que fueras a violarme —repuso Elizabeth apretando los dientes.

—¡Vaya! Al fin progresan nuestras relaciones.

Mientras hablaban, Jack flexionó lentamente la pierna y le daba masaje.

—¿Te sientes mejor? ¿Podrás caminar hasta el hotel?

—Por lo menos, no creo necesitar silla de ruedas —dijo Jack y comenzó a no cojear notoriamente.

—Alguna vez habrás tenido que usarla —comentó ella.

—Una sola vez —dijo él muy disgustado—. Y nunca más.

—No te lastimé mucho, ¿verdad?

—Soy muy resistente al dolor —declaró sonriendo de manera enigmática.

Ella supuso que debió lastimarlo profundamente.

—Perdóname. No quise…

—No te preocupes —la interrumpió—. Tuviste la suerte de golpearme en el sitio más sensible. Eso es todo.

—¿Puedo hacer algo por ti?

El la observó y advirtió la compasión que la embargaba.

—Podrías curarme con un beso. Pero ya sé que no lo harás, porque cualquier deformidad física vista de cerca resulta repugnante.

Su cínica resignación y el negro humor de sus palabras le parecieron un desafío. Ella no era muy dada a dejarse arrastrar por un impulso; sabía que las reacciones emocionales eran peligrosas. Su única aventura amorosa tuvo que terminar porque ella se dejó llevar por la pasión, así que como adulta, conocía el valor del razonamiento antes de actuar o de reaccionar; por eso, su comportamiento en aquel momento resultó incomprensible.

Elizabeth se arrodilló y puso las manos sobre el muslo de Jack; luego presionó la cicatriz con los labios. Su cabello, alborotado por la brisa, acarició el duro abdomen masculino. La piel del muslo estaba cálida; y sin darse cuenta, la chica separó los labios para percibir el sabor salado de la carne.

Jack, asombrado, tardó unos segundos en reaccionar. De pronto, los músculos de su pierna se tensaron y, él hundió una mano en el cabello de Elizabeth, obligándola a apartarse.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó desconcertado.

La chica estaba tan asombrada como él. El rubor le tiñó las mejillas, y sus ojos se fundieron en los de él.

—Yo…

Buscó desesperadamente una razón que explicara su extraño comportamiento. Se preguntó si alguna mujer que él amó lo habría rechazado al ver aquella cicatriz. ¿Era aquél el origen de su cinismo? ¿Se trataba, acaso, de su esposa? Eso podría explicar que vivieran separados; y su compulsiva necesidad de compañía femenina.

El la obligó a ponerse en pie con una facilidad que desmentía su anterior debilidad, y la miró con atención.

—Estaba bromeando —susurró al fin, observando sus labios que lo habían hecho salir de su indiferencia.

—Yo también —mintió y sintió un estremecimiento.

Trató de controlar su temblor, al mismo tiempo que deseó no haber cedido a la compasión que la invadió al pensar que Jack estaba sufriendo.

—¿Ah, sí? —inquirió en un tono que indicaba que el asombro había desaparecido—. Pues ten, para que te rías.

Su boca estaba caliente y tenía un sabor fuerte; a Elizabeth le resultó agresiva y poco amable. El la besó como si ya conociera su boca íntimamente; tocó todos sus rincones, como si estuviera reconociendo los placeres infinitos que atesoraban. Hundió la mano en su alborotada cabellera y se dedicó a explorar la boca con más amplitud; cada movimiento de su lengua explotaba en el cerebro de la chica dejándola mareada y atontada. Un sonido apagado indicó que la cámara había caído al suelo. Entonces, Jack tomó la mano de Elizabeth y la puso en su propia cintura.

Elizabeth, tomada por sorpresa, respondió con una intensidad inexplicable. Todo sucedió tan rápido, que en su mente ni siquiera apareció la idea de resistirse. El placer la invadió y se dejó arrastrar por aquella increíble sensación. Sin saber por qué, estaba segura de que Jack no intentaría pasar a una seducción completa. Después de todo, ni siquiera se agradaban…

El roce de una piel desnuda contra otra se convirtió en un masaje lento, excitante y erótico, luego empezó a percibir los sonidos de Jack que al principio eran inconscientes, pero que luego se convirtieron en interjecciones más explícitas, que la inducían a

abandonar toda inhibición.

Cuando Jack le soltó la mano, Elizabeth hundió los dedos en la espalda del hombre, temerosa de dejar escapar la única fuerza estable que había en su universo. Con la otra mano tanteó, nerviosa, el brazo hasta llegar al poderoso pecho; allí percibió el roce de una tetilla endurecida, rodeada por la suavidad de su vello. Y allí dejó la mano, explorando el contraste de texturas. Luego se apretó contra él, frotando de manera instintiva sus pezones contra la cálida piel masculina; el placer que sintió le subió hasta el cerebro, e impulsó a su boca a mostrarse tan agresiva como la de Jack.

En lo profundo del pecho del hombre resonó una especie de quejido que la hizo estremecer. Entonces Jack mordisqueó suavemente los hinchados labios, y comenzó a mover perentoriamente las caderas; Elizabeth percibió con toda crudeza hasta dónde llegaba su excitación. Su seguridad se desvaneció como por encanto, y llegó a pensar que él no poseía tanto control de sí mismo como pensara. Tal vez su reacción había ido mucho más allá de lo que él esperaba de un simple beso. Se estaba portando como una muchacha de diecinueve años incapaz de controlar sus impulsos sexuales.

Debió exhalar un quejido, porque él apartó la boca de mala gana y dijo en francés algo que la hizo ruborizarse; luego, deslizó las manos por el trasero de la chica, lo asió con fuerza y la obligó a pararse de puntas para ajustarla a la dureza entre sus muslos. Así la tuvo durante un largo y martirizante momento.

—No era mi intención que esto sucediera…

Estas palabras confirmaron la humillación de la chica. Como Ryan, en otra ocasión, Jack esperaba de ella una respuesta más mundana, no una reacción tan torpe.

En realidad, Ryan se parecía mucho a Jack. El también era guapo, inteligente y con experiencia. Al principio, también encontró excitante la voluptuosidad de sus pasiones; pero después le pareció desconcertante, molesta. Para ella fue muy doloroso, pues se trataba de su primer amante. Ryan era profesor de Historia del Arte, y a Elizabeth le pareció el epítome del hombre del Renacimiento.

Pronto, Ryan descubrió que su relación estaba basada en el sexo, no en el amor. El empezó a sentirse molesto por su comportamiento, y le dijo que ella confundía la sensación física

intensa con el verdadero amor; y que no podían tener una relación muy larga, porque Elizabeth era una de esas personas que se dejaba arrastrar por sus pasiones, mientras que él prefería mantenerlas siempre bajo control. Sus reacciones físicas y emocionales eran tan excesivas, que en ocasiones lo ahogaban. Incluso, alguna vez llegó a decirle que la encontraba sexualmente atemorizante.

Ya para entonces Elizabeth estaba un poco preocupada por la facilidad con que aceptaba el sexo como parte vital de su vida diaria, y aquellas palabras la hicieron temer que en el fondo fuera una ninfomaníaca. Es cierto que siempre tenía deseos de hacer el amor con Ryan, pero también es cierto que pensó que el deseo era mutuo. Había estado tan ocupada satisfaciendo sus egoístas necesidades, que no se dio cuenta de que era ella quien tomaba todas las iniciativas en aquella relación.

Llegó el día en que Elizabeth comprendió que su vida estaba centrada en el aspecto sexual de su naturaleza. Se olvidó de los amigos, y los estudios pasaron a un segundo plano. Creía estar locamente enamorada de Ryan; sin embargo, nunca se imaginaba casada con él o teniendo hijos… No, todas sus fantasías eras sobre sus encuentros en el lecho.

Gracias a Dios, Ryan le hizo ver las facetas peligrosas de su personalidad cuando aún era lo suficientemente joven como para cambiar. Sin aquella advertencia, tal vez hubiese pasado el resto de su vida yendo de una cama a otra, buscando una satisfacción que nunca encontraría, preguntándose por qué sus amantes terminaban por abandonarla. Y no encontró mejor solución a su problema que ignorarlo; las relaciones de amistad con los hombres era más duraderas si no se las llenaba de presiones de tipo sexual.

—No hagas esa cara de horror. Tu virtud sigue intacta.

Las secas palabras de Jack la hicieron volver al presente. Un poco más, y habría tirado a Jack al suelo para aprovecharse de él.

Otro terrible pensamiento la asaltó: no sólo había perdido la cabeza, sino que estaba induciendo a un hombre a cometer adulterio. Jack era un hombre casado. Eso debió ser suficiente para hacerla rechazar su contacto; pero no le concedió la menor importancia. Esa era una muestra más de que Ryan tenía razón.

De mala gana, se separó de aquellos brazos en los que también se encontraba, y volvió el rostro hacia otro lado.

—¿Quieres que te pida una disculpa? —inquirió Jack.

—No es necesario —contestó—. Esta es la clase de comportamiento grosero que debí esperar de ti.

—No hay nada grosero en un beso —señaló sorprendido. —En determinadas circunstancias sí.

—¿Y cuáles son esas circunstancias?

Jack parecía divertirse con la situación. Sus labios estaban ligeramente enrojecidos por el sensual encuentro, y de sólo verlos Elizabeth se sintió excitada.

—Cuando uno no es libre para besar.

Jack se pasó una mano por el cabello. Largo y negro, el pelo le enmarcó la cabeza, rozando apenas los hombros.

—Si te refieres a Bunny, ella es un medio, no un fin. Es una empleada del hotel; y le pago en francos, no en besos.

—Me refiero a cuando uno de los dos está casado.

—¿Eres casada? —parpadeó intrigado—. Nunca te he visto la argolla.

—Yo no. ¡Tú! —exclamó la chica.

—¿Quién te ha dicho que soy casado?

—Quizá tu esposa y tus hijos —señaló, con dulzura y sarcasmo.

—¿Cuál esposa?

—La que tienes en Francia. La que vive en las propiedades de tu familia con tus hijos.

De pronto, los ojos de él brillaron burlones.

—¡ Ah, esa esposa…! Beth, ¿por quién me tomas?

—Te tomo por lo que eres.

—A ver, dime lo terrible que soy.

Furiosa, Elizabeth se inclinó con la intención de recoger su cámara e irse. Pero él fue más rápido.

—Dímelo —repitió, mostrándole la cámara y sin permitirle alcanzarla—. Dime quién soy.

—Eres Jean-Jules Hawkwood, dueño de este hotel y de dos docenas más en otras partes del mundo —expresó desafiante.

—Entonces, ¿por qué me llaman Jack? —preguntó él, pronunciando el nombre con gran claridad.

—No lo sé… Será un sobrenombre…

—O será mi nombre verdadero —dijo él suavemente.

—Ya te dije que…

—Pues yo te digo ahora que mi nombre es Jacques, que se pronuncia casi igual que el Jack inglés. Yo no soy el dueño del hotel, sólo el gerente. El dueño es mi hermano Jean-Jules Hawkwood. Yo me llamo Jean-Jacques Hawkwood.

El murmullo del mar se convirtió de pronto en un rugido ensordecedor para Elizabeth.

—¿Quieres decir que no eres…? —se sintió atontada—. Pe… pero yo te vi… La señora Corvell está aquí, contigo…

Jack la miraba con atención. Un momento después, sus ojos grises se ensombrecieron con suspicacia.

—Serena vino como invitada de mi hermano. En eso tienes razón —explicó—. Pero Jules tuvo que partir para Nueva York de improviso; yo estaba en Nueva Zelanda, y vine a encontrarme aquí con Serena para darle la noticia y acompañarla hasta que el llegue… si es que llega.

Dejó de balancear la cámara con el dedo y contempló a Elizabeth con interés amenazante.

—Mi hermano y yo llegamos al aeropuerto juntos, pues su avión salió media hora más tarde que el nuestro. Dicen que nos parecemos mucho. Tal vez alguien nos confundió, y te dijo que yo era él.

Elizabeth estaba tan nerviosa que casi cayó en la trampa. Pero la supo eludir.

—Yo pensé… —dijo, indecisa—. Debí equivocarme.

—Un error muy significante —murmuró él—. ¿Debo suponer que vas a perder el interés que mostrabas por mí, al saber que no soy Jules, el rico, el influyente… el casado?

La chica sabía muy bien cuándo estaba vencida. Pero eso no le impidió decir:

—No me interesan tu, ni tu hermano.

Por lo menos, estaba libre del encargo que le dio su tío Simón. Se sintió tan aliviada, que quiso decir la última palabra.

—Lo único que me interesa es que tu ridícula actitud hará que llegue tarde a comer. Y como seguramente mi cámara está descompuesta después del trato que le has dado, espero que el hotel me la reponga. ¡Es lo que menos puedes hacer, como gerente que eres!

Capítulo 6

—YO no puedo quedarme aquí! El botones dejó de sonreír, y puso la maleta de Elizabeth en el suelo.

—Es la única habitación que hay. El hotel está lleno.

—¿Y las habitaciones de los empleados?

Su sugerencia lo ofendió:

—No podemos alojarla con los empleados —dijo.

La residencia personal del gerente era una casa por completo distinta.

—¿Ni aún si el huésped lo pide?

—No está permitido —contestó el muchacho, alzando los hombros—. La reputación del hotel…

—¿Y que me dice de mi reputación? —lo interrumpió furiosa.

—Está habitación es muy espaciosa. Y muy cómoda.

De eso no había duda. El bungalow era enorme y muy lujoso. No era eso lo que la molestaba, sino la personalidad de su vecino.

Se volvió a mirar al botones, pero éste desvió la vista. Sin embargo, ella llegó a percibir en sus ojos un destello de burla. Los ojos de Elizabeth en cambio, despidieron llamas color de violeta. Por lo visto, su reputación había sufrido considerablemente entre los empleados del hotel.

—¿En dónde está? —preguntó al fin y respiró profundo.

—¿Quién?

El muchacho sabía muy bien a quién se refería.

—Monsieur Hawkwood.

Por su mente pasó la promesa que se hizo el día anterior, de evitarlo a toda costa.

—Oh… —volvió a evadir su mirada—. No sé. Yo sólo soy un empleado.

—No importa —afirmó—. Yo sabré encontrarlo.

—Por favor, chérie, no te muestres tan ansiosa de verme delante de los empleados…

Elizabeth se volvió rápidamente y encontró a su verdugo apoyado perezosamente contra la puerta que comunicaba las dos suites. Estaba vestido de blanco, con la camisa abierta al cuello. Al verlo así, ella se sintió acalorada y mal vestida. Esa mañana la despertaron fuertes martillazos en el techo de su habitación. No pudo ducharse, porque habían cortado el agua del bungalow en que se alojaba. Un momento después entró Henri y recogió todas sus cosas, sin darle tiempo de peinarse ni de maquillarse.

—Eres… —empezó a decir, levantando la barbilla.

—Muy buen trabajo, Henri —interrumpió—. Yo me encargo de la señorita Lamb a partir de este momento.

Elizabeth apenas pudo contenerse; y en cuanto el botones salió de la habitación, le reclamó a Jack:

—¿Para qué me has traído aquí?

—Es lo menos que podía hacer, en tan desafortunadas circunstancias —contestó con amabilidad.

—¿Cuáles circunstancias?

—La gotera que hay en tu bungalow —respondió él—. Y la falta de alojamiento.

—No sé cómo pudieron descubrir goteras en mi habitación, si no ha llovido desde que llegué.

—Ayer cayó una llovizna muy ligera —la corrigió Jack con irritante cortesía—. Y como gerente de este hotel, tengo la obligación de asegurarme de que todo funcione a la perfección.

Elizabeth se dio cuenta de que le iba a repetir lo mismo en cuanta ocasión se presentara.

—¿Pero por qué tenía que abandonar mi habitación?

—Porque no ibas a estar a gusto sin agua ni luz, ni con todo el ruido que hacen los trabajadores. Al investigar el origen de la gotera descubrimos que tu bungalow requiere de reparaciones estructurales muy serias para ponerlo a la altura de las demás habitaciones del hotel.

—¡Tonterías!

Ambos sabían que la gotera no era un simple pretexto para sacar a Elizabeth de su habitación… y de la isla.

—¿Cuánto tardarán en hacer esas reparaciones "estructurales"? —preguntó.

—No menos de diez días.

Justo el tiempo que aún le quedaba de vacaciones. Definitivamente, Jack quería echarla de la isla.

—¿Y los que están en la otra suite? ¿También a ellos los vas a alojar aquí?

—Su reservación es anterior a la tuya, por lo que tuve que darles la única habitación que me quedaba disponible. ¿No te gusta esta suite? Mi habitación está por completo independiente. La única puerta de comunicación es está. No te vamos a cobrar la diferencia en precio. Es más para que veas la sinceridad con que estoy obrando, como gerente que soy, estoy dispuesto a reembolsarte el costo entero del alojamiento.

En otras palabras, le estaba ofreciendo un soborno para que se fuera. Elizabeth se vio en medio de dos fuerzas en pugna: una, aceptar la oferta y retirarse, cuando aún le quedaba un poco de integridad; la otra, arrojarle su dinero en la cara.

—En realidad, te estoy otorgando un privilegio, Beth. Esta suite sólo la ocupan miembros de la familia y amigos íntimos —la miró fijo.

Un pensamiento muy desagradable acudió a su mente.

—¿Quieres decir, que voy a compartir esta habitación "privilegiada" con la señora Corvell? —Elizabeth sabía que Serena estaba ocupando la suite, y supuso que a ella tampoco le gustaría tener que compartirla.

—Serena no está en Ile de faucons.

—Ah —fue toda su respuesta.

—Esta mañana regresó a Nueva Zelanda —continuó Jack—. Mi hermano no vendrá a la isla en estos días.

Elizabeth quedó sorprendida por su propia falta de interés en el asunto. En realidad, se sintió agradecida por no tener que seguir interviniendo en la vida de ese triángulo amoroso… ¿o era un cuadrángulo?

—Ahora podrás descansar y disfrutar de las comodidades y los servicios que ofrece el hotel —agregó Jack, con intención.

—Si quisiera abandonar Nueva Caledonia, también querrías pagarme por eso, ¿verdad? —repuso la chica.

—Ah, no. Para ti no va a ser tan fácil —contestó él.

—¿A qué te refieres? —preguntó consternada.

Estaba segura de que su propósito era hacerla sentir incómoda para que aprovechara la primera oportunidad y se fuera.

—Para irte, necesitas un pasaporte.

—Yo tengo… —No. No lo tenía. Lo había entregado a la administración del hotel. Jack lo tenía.

El observó su reacción y dijo:

—Siento informarle, señorita Lamb, que por un… descuido de la administración, su pasaporte ha sido extraviado. Lo encontrarán pronto, desde luego. Sobre todo, si usted… coopera.

—Si yo… ¿coopero?

La forma en que él pronunció la palabra fue por demás amenazante. Y Jack sonrió con satisfacción al percibir su confusión.

—Sabes lo que "cooperación" significa, ¿no es cierto? Tu me das lo que yo quiero, yo te doy lo que necesitas. En este caso, tu pasaporte.

—¡Me estás chantajeando! —exclamó ella, con voz aguda.

—Lo dices como si nunca hubieses escuchado algo semejante, chérie. Pero no sólo lo has escuchado, sino que lo sabes practicar.

—¡Jamás he chantajeando a nadie en mi vida!

—¡Muy bien! ¡Excelente! —exclamó Jack, aplaudiendo lentamente—. Qué sorpresa. Qué inocencia, qué rubor…

Elizabeth estaba sonrojada, mas no de furia, sino de inocencia.

—Lo que quieres decir es que no me devolverás mi pasaporte, aunque yo prometa irme, ¿verdad?

—Y qué inteligencia —volvió a aplaudir Jack.

—¡Basta! —gritó la chica, tratando de inmovilizar sus manos.

El levantó las manos en gesto de rendición y riendo. Al recordar lo ocurrido el día anterior, Elizabeth comprendió la razón de su cambio de habitación.

—Si crees que me vas a obligar a que me meta en tu cama con amenazas…

La expresión que apareció en el rostro de Jack la hizo percatarse de que una vez más, se había equivocado al juzgarlo.

—Qué barbaridad —dijo él burlón—. Elizabeth tienes una imaginación muy sucia. Así como una opinión malísima de mi hombría. ¿Crees que alguna vez he tenido que pagarle a una mujer

para que se acueste conmigo?

—Yo… No… Claro que no —dijo arrepentida.

Pero eso no le sirvió de nada. El ya se había lanzado a fondo.

—¿Soy tan poco atractivo que ninguna querría estar conmigo por mí mismo?

—No digas tonterías —repuso ella, conciliadora.

—¿No será que piensas que soy un pervertido sexual, un sádico al que le gusta ver sufrir a las mujeres? —se le acercó lentamente, como un boxeador que ronda a su oponente con la intención de aniquilarlo con un golpe certero.

Sin embargo, ella estaba segura de que Jack era incapaz de hacerle daño. La lógica le decía que debía irse de allí y pedir auxilio; pero una voz interior advirtió que no era necesario.

—En ese caso, te has equivocado de mujer. No me asustas, ni me voy a hacer la víctima para satisfacer tus oscuros deseos.

Los ojos de Jack brillaron con un extraño color amarillento, como el del sol que trata de atravesar las nubes de tormenta.

—¿Conque no te doy miedo?

Elizabeth no pudo levantar más la cabeza, porque se habría caído hacia atrás. Pero algo tenía que hacer para contrarrestar la reacción física que él el producía.

—Ni un poquito —dijo desafiante.

—Pues tú, ma chère, me tienes aterrorizado.

Estas palabras sí la atemorizaron. Elizabeth era capaz de combatir contra un hombre arrogante; pero un hombre vulnerable la dejaba sin defensas. ¿Por qué Jack le tenía miedo? Jack era rico, el poderoso…

—¿Por qué me haces esto? —preguntó, intentando cubrir su desconcierto con la agresión.

Fue como si él percibiera su debilidad secreta.

—Eso es justo lo que quiero saber. ¿Por qué has hecho todo esto? ¿Querías que Jules se enterara de que lo estabas espiando? ¿A dónde querías llegar? ¿Pensabas vender las fotos en el mercado abierto, o habías planeado una forma de extorsión más personal?

De una mesita tomó una serie de fotografías, en las cuales aparecían Serena y él en diferentes poses y lugares.

—Revelaste mis fotos —dijo ella, más consternada que molesta,

—Quería asegurarme de que tu cámara no estuviera

descompuesta.

Con un raído movimiento de manos, cerró el abanico de fotos y le mostró otra.

—Como puedes ver, funciona muy bien.

Era una fotografía de Elizabeth alejándose de la cámara, con la bata de playa flotando al viento. Debió tomarla el día anterior, cuando ella lo dejó en la playa. Sin poder evitarlo, la chica comparó la anchura de sus caderas con el esbelto talle de Serena.

—El zoom también funciona.

Le mostró otra foto que le tomó cuando ella pasaba junto a un árbol, de perfil. Tenía la bata adherida a las piernas; y no sólo mostraba lo ancho de las caderas, sino también la frondosidad de los senos. Para mayor vergüenza, le pareció que se advertía el contorno de los pezones, duros aún por el contacto con el pecho de Jack.

No podía negar que había estado fotografiándolo. Pero no estaba dispuesta a decir por qué.

—No puedes obligarme a permanecer aquí —trataba de aparentar seguridad.

El miró la fotografía.

—¿No puedo?

Esas dos palabras fueron suficientes para infundir el pánico.

—Me voy a quejar…

—¿Con quién? ¿Con el gerente? —pasó un pulgar por la foto, y ella sintió un escalofrío que la recorrió de la cabeza a los pies. El levantó la vista y percibió su reacción.

—¿O a la policía? —inquirió suavemente—. Sí, creo que lo mejor será que avises a la policía, ¿verdad, chérie?

Ahora fue Elizabeth quien bajó la vista, pero lo hizo para poder pensar. De seguro la policía lo apoyaría en todo. Una vez que viera a Alain Saint Clair, no le importaba lo que pudiera ocurrirle a ella, pero antes de que eso ocurriese, tendría que ver la forma de mantenerlo a la raya.

—No será necesario —dijo al fin.

—¿Por qué no?

Cómo le gustaba preguntar "por qué"

—Por que he decidido aceptar tu generosa oferta.

—¿Cuál de todas? —el brillo de sus ojos le advirtió que tuviera

cuidado con lo que pensaba decir.

—Ocupar esta suite mientras la mía está en reparación.

—Al fin entras en razón. Ven, te voy a mostrar todo.

—Yo lo veré todo. Gracias.

Con toda intención, la chica fue hasta la puerta de comunicación, esperando que él saliera. ¿Está puerta tiene llave?

—Desgraciadamente, no —expresó con evidente placer—. ¿Por qué? ¿Eres sonámbula?

—Por fortuna, no. Pero soy experta en judo —mintió.

—¿Por qué no lo empleaste ayer? —preguntó Jack con sequedad.

—Porque no quería lastimarte.

—De todas formas lo hiciste.

Ella miró su pierna instintivamente, y se sintió obligada a preguntar:

—¿Todavía te duele?

—No. Me dejaste tieso un rato, pero eso fue todo.

Elizabeth enrojeció violentamente y lo miró a los ojos. El la contempló intrigado y luego se echó a reír.

—Perdóname. No lo dije en doble sentido. Aunque para ser sincero, tal vez fuera mi inconsciente el que habló. Se supone que yo soy el malicioso; pero a tu lado, ma belle, soy un niño de pecho.

Elizabeth cerró la puerta con toda la fuerza que pudo imprimirle. ¡Miren que llamarla ma belle! Por más que tratara de halagarla con falsos cumplidos, no podía ocultar el hecho de que la tenía de cierto modo prisionera. Claro que ella tampoco quería irse aún.

Y en cuanto al "niño de pecho"… Un niño no la habría besado en la forma que lo hizo el día anterior, ni mucho menos la habría acariciado así. Jack, por el contrario, era un hombre que sabía muy bien cómo tratar a una mujer. Tal vez se lo dijo por la reacción tan sensual que tuvo. Tal vez era él quien necesitaba protección en ese terreno. Tal vez…

Elizabeth empezó a odiar esas palabras casi con la misma fuerza con que Jack las odiaba.

Lo primero que hizo después de ducharse fue llamar a su tío Simón y explicarle que J. J. Hawkwood había cambiado de planes y que no se reuniría con Serena Corvell. Le pareció que no tenía caso

decirle que había sido descubierta en su labor de espionaje.

—Bueno, ya se presentará otra ocasión —dijo Simón, filosóficamente.

—¿Otra? —repitió Elizabeth.

—Claro, no es culpa tuya que las cosas salieran mal. Ahora descansa, y disfruta del resto de tus vacaciones.

¡Como si pudiera!

—Mantén las orejas y los oídos bien abiertos, a ver si pescas algo que nos sea útil. Hazte amiga del hermano, a ver si le puedes sacar algo.

—¡Yo no soy Mata Hari! Además, prefiero hacerme amiga de una serpiente.

—¿Qué dices?

Elizabeth se apresuró a colgar, antes de que las dotes detectivescas de su tío empezaran a sacar deducciones.

Se secó el cabello y volvió a llamar a la mansión Saint Clair, con el mismo resultado negativo que las veces anteriores. Entonces, sacó el mapa que le dieron en la administración del hotel y lo examinó. La mansión no estaba marcada, como concesión a la intimidad del viejo, seguramente. Pero algunas preguntas al personal del hotel le habían dado resultado, y así pudo saber que la casa se localizaba en la parte noroeste de la isla.

No se molestó en deshacer su equipaje. Pensó que no merecía la pena, pues pensaba estar muy poco tiempo en esa habitación.

Se puso una blusa ligera de color de rosa, shorts y zapatos apropiados para caminar; sacó el collar de la caja fuerte del hotel, y se lanzó a la aventura.

Al principio siguió la carretera que iba a lo largo de la costa.

Habría caminado unos kilómetros cuando se detuvo a consultar el mapa. Siguiendo sus indicaciones, encontró una senda que llevaba hacia el interior de la isla y que también conducía a las laderas orientales de la zona volcánica. Pero a ella no le interesaba el paisaje. Echó un vistazo atrás, y sólo vio a una persona caminando a lo lejos.

La chica se colgó la bolsa de playa en el hombro y. tomó el sendero. Su paso era vivo, y pronto se sintió llena de energía y de amor a la aventura.

El sendero ascendía bruscamente, de modo que cuando llegó a

una encrucijada iba respirando con dificultad. En vez de seguir la dirección marcada "Cima", tomó la senda de la derecha, que estaba llena de plantas.

Al cabo de veinte minutos, no había adelantado mucho. Con frecuencia tenía que inclinarse para esquivar las ramas, o apartarlas con la mano. Se detuvo, preocupada; sacó una botella de agua mineral y bebió un largo trago. Estaba sudando, por lo que se quitó la mascada de color de rosa que se había puesto como cinturón, para atársela alrededor de la cabeza y evitar que el sudor resbalara a los ojos. Permaneció inmóvil durante un minuto, disfrutando la quietud. Ni siquiera se oía el gorjeo de los pájaros; tan sólo el suave murmullo de la brisa en las altas hojas de las palmeras. La exuberante vegetación del suelo volcánico contrastaba con los cuidados prados de la planicie donde estaba el hotel.

Estaba guardando la botella de agua cuando escuchó el rumor de algo que se movía a sus espaldas; dio la media vuelta con rapidez, con el corazón latiéndole acelerado. Sabía que en la isla no había animales salvajes, pero de todas maneras sintió miedo.

De pronto un hombre apareció corriendo y casi se tropezó con ella. Era el mismo que vio en la carretera.

—¿Te volviste a perder, Beth?

Sintió ganas de gritar al ver de quién se trataba.

Jack Hawkwood vestía shorts y camiseta; tenía el cuerpo húmedo por el sudor y respiraba casi con normalidad. No cojeaba y estaba, evidentemente, en su mejor condición física.

—Yo no… —empezó a decir.

—Si quieres ver el paisaje, tomaste el camino equivocado. En la encrucijada hay un poste muy visible que dice "Cima".

—Ah —apenas podía hablar, pero le dijo que se debía al esfuerzo que acababa de efectuar, no a la sorpresa de encontrar a Jack allí. Reaccionó enseguida y preguntó—: Si a la cima se va por el otro sendero, ¿qué haces tú aquí?

—Es aburrido seguir siempre el mismo camino.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó la chica.

—¿Por qué había de seguirte? —contestó con cinismo.

—Para molestarme —repuso furiosa.

—¿Acaso acostumbro molestarte?

—¿Por qué me contestas con otra pregunta?

—Perdón. Es una vieja costumbre. Una técnica de interrogatorio.

—¿De interrogatorio? —la palabra la hizo estremecerse. —Sí. Durante un tiempo, pertenecí a un servicio de inteligencia del ejército.

—¿Fuiste espía? —experimentó otro escalofrío.

—Los espías no llevan uniforme —contestó, sonriendo al advertir su inquietud—. Fui oficial de carrera en el ejército francés.

Elizabeth olvidó lo que estaba haciendo en ese lugar.

—¿Qué pasó? ¿Te licenciaron por incapacidad física? —preguntó, aunque eso le parecía imposible, considerando la muestra de resistencia que acababa de darle, corriendo tras ella colina arriba.

—No. Preferí ser cabeza de un negocio en el eslabón de una cadena, en la cual tenía que responder ante gente que ni me gustaba ni lograba respetar. Y mientras más tiempo estás en el ejército y más alto llegas en el escalafón; mayor es el riesgo de ser "promovido" a un trabajo de escritorio. Yo odio los escritorios. Por eso no seguí una carrera universitaria, como era el deseo de mi familia. Así que dejé el ejército y me establecí por mi cuenta.

—¿Por tu cuenta? Eres gerente del hotel de tu hermano.

—Fui asesor de seguridad —contestó, sonriendo—. Daba protección antiterrorista a compañías y hombres de negocios en el Oriente Medio.

Se interrumpió para observar su reacción. La chica trataba de parecer poco interesada, pero en realidad la curiosidad estaba matándola.

—Así fue como conseguí esto —prosiguió, tocándose la cicatriz —. Fue una… complicación que surgió durante un trabajo que realicé en Líbano.

—Una complicación —repitió ella lentamente, tratando de no formular más preguntas. Pero sus ojos color violeta mostraba el interés que ella trataba de ocultar.

—Una mujer que no era lo que parecía.

La resistencia de Elizabeth cayó hecha añicos.

—¿Y qué parecía ser?

Los labios de Jack se convirtieron en una línea recta.

—Una mujer enamorada —dijo.

—¿De ti? —por lo visto, la cicatriz no era sólo física.

—¿Te parece imposible que alguien se enamore de mí?

——No… Yo… ¡No! —se sintió molesta por la implicación sensual que advirtió en sus palabras.

—¿Estabas tú enamorado de ella? —se atrevió a preguntar.

—En ese momento, mucho.

No quedaba la menos traza de burla o diversión en él. El Jack Hawkwood que descubría el hombre serio que no conocía, le resultó más inquietante que el tenorio que la amenazaba y la excitaba por igual.

—Por lo menos, estaba enamorado de la mujer que decía ser —añadió él—. Zenobia aparentaba trabajar para un grupo financiero internacional con el cual yo tenía tratos, pero en realidad era espía de una organización terrorista; un grupo desconocido que quería ocupar los encabezados de los periódicos. Sólo que yo lo supe cuando ya fue demasiado tarde… Resulté ser un gran oficial de inteligencia.

Jack se burlaba de sí mismo.

—Los informes que ella les dio a sus jefes les permitieron emboscar mi coche y matar a dos de mis clientes. A mi también, por poco me matan.

—¿Y… ella?

—Zenobia era tan sólo un pequeño engranaje en una máquina de fanatismo, y podían prescindir de ella. Iba en el coche con nosotros…

La tristeza que había en sus palabras indicaba que la mujer no había escapado sin castigo.

—¿Murió…?

—Instantáneamente.

—Lo siento.

—¿Por qué? ¿Por haber sido un tonto? ¿Por no haber hecho bien mi trabajo?

—Tú no causaste esas muertes.

—De manera indirecta soy el responsable. No es que le diera la información a Zenobia… —vaciló un momento, y siguió hablando, con brusquedad deliberada—. No soy de los que hablan mucho en la cama. Además, siempre pensé que Zenobia estaría a salvo si ignoraba mis actividades. Pero, por lo visto, ella se enteró de lo que le interesaba. A consecuencia de aquello, perdí mi reputación. Un

asesor de seguridad que pierde clientes, también pierde credibilidad profesional.

—¿Por eso entraste al negocio de la familia? —se preguntó si se refugiaba en Ile de faucons para lamer sus heridas; para huir de su humillante fracaso. Y, cuando se recobrara, ¿volvería a arriesgar su vida en aquella guerra privada contra el terrorismo?

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó.

Esperaba que dijera "un año", tal vez menos.

—Cinco años.

—¿Cinco años? —repitió asombrada.

—¿Qué pensabas? ¿Que estaba aquí curándome de mis heridas? No, Beth. Estoy haciendo lo que me gusta. Jamás envidié la herencia que mi hermano iba a recibir, como mi hermano mayor que es. Pero este lugar es algo especial… Aquí pasamos la mayor parte de nuestra infancia. En lo que a mí se refiere, éste es mi hogar. También he descubierto, para mi sorpresa que soy muy buen gerente de hotel… aquí, donde hay actividad; no en el trabajo de escritorio, que es el fuerte de mi hermano. Aquí soy yo y la isla es mi dominio… Tengo carta blanca para hacer lo que quiera. Tal vez sea la forma en que Mes me compensa por ser el hermano menor.

—¿Y no extrañas tu antigua vida? —preguntó Elizabeth.

El tío Simón le había contado de hombres adictos a la acción igual que a una droga, hombres que necesitaban un alto contenido de adrenalina en la sangre o coquetear con la muerte para sentirse a gusto… Mercenarios en tiempos de paz para satisfacer su necesidad de acción.

—Soy realista —contestó—. Ya no soy joven. Estoy en buenas condiciones generales, pero esta pierna ya no funciona tan bien como antes. Eso me obligaría a aceptar el trabajo de escritorio al cual me negué en el ejército. Por eso dejé el negocio en manos de mi socio, y me vine aquí a convalecer y a pensar en mi vida. Un día, me encontré poniéndome excusas para permanecer aquí. Ese día comprendí que esta era mi nueva vida. Ahora, todas las emociones que necesito las encuentro en el casino. Y lo único que pierdo allí es dinero.

Lo cual por lo visto, le sobraba.

A pesar de todo, Elizabeth no creía que Jack estuviera tan convencido de su nueva vida como proclamaba. Aún quedaba en él

un resto de inquietud que buscaba en dónde o en quién desahogarse. Y ese quién, era ella por el momento. Era un combate muy disparejo.

—Mi experiencia como oficial de inteligencia me ha resultado valiosísima para manejar el hotel —continuó diciendo él—. Suelo identificar a la gente conflictiva antes de que empiece a causar problemas. Además, he aprendido a no cometer los mismos errores de antes, y jamás volveré a confiar en nadie por inocente que parezca.

Ella estaba pensando en lo que él acababa de revelar, y no se dio cuenta de que aquellas palabras iban dirigidas específicamente a ella.

—Todos tenemos que confiar en algo o en alguien. Eso es innato en el ser humano —musitó—. Que una persona te haya traicionado no quiere decir que todo el mundo sea igual.

—¿Significa eso que puedo confiar en ti, Beth?

Ella parpadeó varias veces; luego apartó al vista de los penetrantes ojos plateados y se ruborizó.

—Ya me parecía que no —declaró, cruzando los brazos—. Y como ninguno confía en el otro, creo que sería ventajoso para ambos procurar un acercamiento —tuvo una ligerísima vacilación antes de pronunciar la última palabra. Eso alertó a la chica, ella abrió la boca para acusarlo de escuchar sus llamadas telefónicas; pero se dio cuenta de que eso la expondría a un nuevo interrogatorio; y temió que si averiguaba la profesión de su tío Simón, eso lo haría deducir el resto.

Jack alzó las cejas y al verla cerrar la boca.

—¿Ibas a decir algo?

—No. Iba a bostezar. Esta conversación empieza a aburrirme.

—Pues a mí me parece muy interesante; todas tus conversaciones me resultan fascinantes, Beth.

Ahora estaba segura de que había escuchado sus llamadas telefónicas. Tal vez hasta las había grabado. Con su ingenuidad, nunca pensó en tal posibilidad; tuvo mucha razón en llamarlo serpiente.

—Estoy ansioso por llegar a conocerte mejor —declaró Jack con su acento francés—. Será más fácil ahora, que estamos viviendo juntos.

—¡No estamos viviendo juntos! —exclamó Elizabeth con voz ronca.

—Claro —dijo él—. Eso implicaría una intimidad que aún no tenemos.

—Y que nunca tendremos —señaló con énfasis.

—¿Estas segura?

Jack alargó la mano y le tocó los labios con un dedo. Los labios de Elizabeth se separaron; como si un animal los hubiese picado. Y Jack rió, la risa la envolvió y le acarició la piel. Al mismo tiempo, él tomó su cabeza con la mano y deslizó los dedos entre su pelo hasta apoderarse de la nuca.

—Pobre ovejita. Tus pensamientos están tan desordenados como tu cabello. Eso es lo malo de mentir, chérie; te confundes, mezclas los sueños con la realidad; y llega el momento en que ya no sabes ni en dónde estás.

Elizabeth sabía muy bien dónde estaba, y por qué no debía estar allí. Las garras de un halcón no deberían resultarle apetecibles a su víctima.

La mano libre de Jack se unió a la primera, la chica trató de ahogar la sensualidad que el masaje en el cuero cabelludo le produjo; pero los duros dedos varoniles la presionaron más y más hasta que sus bocas se acercaron…

La voluptuosidad pasó del cuero cabelludo al resto del cuerpo, debilitando su resistencia. Elizabeth se prometió morderlo si acaso se atrevía a besarla. Pero él no le dio la oportunidad de cumplir su amenaza, porque Jack evadió sus labios y fue a posarse debajo de la mandíbula. Su lengua húmeda y recia la acarició y Elizabeth emitió un quejido y lo abrazó por la cintura; luego, la chica volvió la cabeza, para que él acariciara en la misma forma el otro lado del cuello.

Sólo después que probó el sabor de su piel; buscó sus labios, musitando palabras de satisfacción. Entonces ella llevó a cabo su promesa, hundiendo los dientes en la curva satinada del labio inferior. El sabor masculino explotó en su cerebro, y Elizabeth no se dio cuenta hasta donde había llegado sino hasta que percibió un sabor salado. Se apartó y miró horrorizada la perla roja que emergía del labio de Jack.

El la sorbió rápidamente y dijo:

—Mi primera sangre es para ti, chérie.

Los fríos ojos grises brillaron intensamente, enviándole un mensaje de aprobación. Pero ella no lo captó horrorizada por lo que había hecho; lo que aún no comprendía era que su actitud no era de defensa, sino de ansiedad.

—Lo… lo siento —dijo mortificada.

El la soltó y se mantuvo alerta todo el tiempo, observándola.

—Yo no. Me gustó que me mordieras —declaró en un tono que resultó tan incitante como su lengua a la piel.

Ella lo observó, esperando la orden de marchar colina abajo en vergonzosa retirada; en vez de eso, Jack indicó:

—No sé a qué viniste a mi isla, Beth, pero puedes estar segura de que lo voy a averiguar. Si me lo dijeras aquí y ahora, nos evitarías a ambos muchas dificultades. En este momento me siento generoso; pero debes saber que aún tengo muchos contactos dentro de las organizaciones antiterroristas, y que acabaré por averiguarlo todo. Escoge, chérie: estás conmigo o estás contra mí.

Capítulo 7

ELIZABETH miró la enorme pila de fichas que el croupier puso frente a ella. Los otros jugadores la observaban, esperando que colocara su próxima apuesta para imitarla y participar de la suerte que esa noche la acompañaba en todas las mesas del casino del hotel.

Ella no sabía nada de juegos de azar, y escogió la ruleta porque le pareció ser un juego que no necesitaba de conocimientos de habilidad especial; un juego que le permitía seguir observando de lejos a Jack. Esa noche estaba muy distraída, siguiendo un curso de acción contrapuesto a todos sus principios.

—Mesdames et monsieurs, hagan sus apuestas.

Elizabeth pensó que si perdía todo, la gente dejaría de mirarla. No quería público para lo que había de venir. Después de todo, no jugaba con su dinero, sino con los cinco mil francos de cortesía que el hotel le daba a cada huésped.

—Apuesto todo al número uno —le dijo al hombre que estaba al extremo de la mesa, y bebió un sorbo de su martini.

Un coro de susurros acogió sus palabras.

—¿Todas las fichas al número uno? —preguntó el croupier, impasible.

—Todo al número uno —repitió y mordisqueó la aceituna de su cocktail.

—Tiene usted mucho valor —dijo un hombre fornido y sudoroso que estaba a su izquierda. Era un americano que primero observó sus apuestas condescendientemente; y después, con envidia—, me gustaría conocer su sistema —añadió.

"A mí también", pensó Elizabeth.

Dio otro sobro a su martini y barrió el casino con la vista. Así

pudo ver al croupier hablando en voz baja, con un hombre de chaqueta blanca.

¿En dónde demonios estaba? De ordinario, Jack recorría las mesas del casino a esa hora, pero esa noche no se le veía en ninguna parte.

—¿Otro martini, mademoiselle?

Un camarero apareció a su lado con la bebida en una bandeja. La chica tomó la copa y puso un puñado de fichas en su lugar. El muchacho se retiró haciéndole reverencias.

Por fin lo encontró. Estaba en la entrada del casino, escuchando ceñudo lo que le decía uno de sus empleados.

La tensión que sentía aumentó, tras varios días de intentar infructuosamente evadir la vigilancia de sus secuaces, ahora pasaba a la ofensiva. Las palmas le sudaban nada más de pensar en lo que iba a hacer cuando lo tuviera a su merced. Trató de hacer acopio de ira; la necesitaba para lo que se había propuesto. Jack merecía un castigo por todo lo que le había hecho la semana anterior.

En primer lugar, la hizo sentir que estaba a merced del dictador de Ile de Faucons. La mandó vigilar a tal grado que fuera donde fuera se encontró con un empleado obsequioso. Contra lo que esperaba, la puerta que comunicaba sus habitaciones permaneció cerrada todo el tiempo; mas a pesar de eso, Jack se las ingenió para estar presente en todo momento. La invasión de su intimidad era tal, que Jack empezó a aparecer en sus sueños y él adivinaba lo que ella iba a hacer.

Desesperada, se unió a grupos de turistas que iban a cabalgar, a celebrar días de campo o a navegar alrededor de la isla; Jack, entonces, empezó a salir con ellos también y neutralizó la protección que el grupo le brindaba. Así, todo el mundo trataba de quedar bien con el gerente haciendo el papel de cupido. Y lo peor era que, de no saber que él lo hacía todo para molestarla y humillarla, aquel hombre le habría parecido irresistible.

Era contador, mundano, divertido, inteligente y… y muy sexy. Con una mirada y una sonrisa lograba desencadenar en ella un deseo que la abrumaba. Elizabeth se sentía muy capaz de repeler cualquier ataque que se hiciera a su inteligencia, pero de sus sentidos no estaba tan segura.

Cuando estaba nerviosa, Elizabeth se mostraba por lo general

tranquila. Pero estando Jack cerca, aquello era imposible. El se dedicaba a provocarla hasta que respondía, furiosa; y sus respuestas la hacían desear decir la última palabra. Pocas veces lo siguió.

Aquella mañana, Elizabeth creyó haber engañado al maestro de todas las trampas. La tarde anterior compró un tour a Nueva Caledonia, y procuró que él se enterara. Esperó a que Jack saliera a correr, como todos los días, y abordó el yate que hacía el viaje durante todo el día a Phare Amedée. Persuadió al tripulante de a bordo que le permitiera entrar en la embarcación, en lugar de esperar fuera a que diera la hora de partida. Cuando la nave zarpó, esperó veinte minutos antes de salir a cubierta a respirar el dulce aire de la libertad. Disponía de ocho horas para descansar y olvidarse del asunto de la mansión Saint Clair, después tendría que enfrentar a Jack de nuevo.

Descubrió a lo lejos, una columna de luz; allá donde el mar y el cielo se unían. Ella llevaba un sombrero de paja, aún así tuvo que hacerse sombra con la mano para poder mirar en aquella dirección.

Era la torre del faro que brillaba al sol, erguida en su pequeño arrecife de coral.

Al llegar a la isleta, Elizabeth vio que apenas había una playa irregular de blanca arena, unos cuantos edificios, algunos árboles y matorrales, además del faro. Su grupo era el único que llegaría ese día, y Elizabeth gozó el placer de ser una turista ordinaria.

En diez minutos rodearon la islita. Luego, la chica decidió meterse al mar, mientras los demás curioseaban o subían al faro.

En las prisas por salir esa mañana, olvidó su bata de playa, así que tuvo que atravesar la playa aferrada a su toalla. Por fortuna, sólo había niños y ancianos en ese momento; por lo que no se sintió incómoda al abandonar la toalla y zambullirse en el agua. Estuvo allí unos minutos, y cuando salió, los turistas ya se disponían a ocupar la playa.

Muchos hombres la miraron, y señalaron la voluptuosidad de su silueta, pero ella prefirió ignorarlos; no iba a permitir que unos cuantos idiotas le echaran a perder su día de libertad. Se dijo que era una tontería no tomar el sol ni nadar; solo porque no era tan esbelta como la mayoría de las mujeres que se hospedaban en el hotel.

Se tendió un rato al sol para secarse, luego, se puso una camiseta

larga y se dirigió hacia el faro.

Una vez adentro, miró hacia arriba, a la escalera que ascendía en espiral. Sintió un poco de miedo, pero ya había pagado cincuenta francos por subir, y no los iba a desperdiciar.

Se mantuvo todo el tiempo junto a la pared, aferrándose al barandal con tanta fuerza que los nudillos le quedaron blancos. Tuvo que tomar varios descansos antes de emerger a la plataforma que rodeaba la parte superior del faro.

Se alegró de haber subido al último. Era como estar sola en la cima del mundo, dueña de todo cuanto alcanzaba su vista, centro de un círculo de mar y cielo. Pero cuando miró hacia la playa, la altura la hizo marearse; se apoyó en la pared y cerró los ojos respirando profundamente.

Su emoción se convirtió en una sensación opresiva al mirar del cielo al mar y luego al muelle… donde un bote atracaba en ese momento. Un bote que le era demasiado familiar… Luego vio al pirata vestido de blanco, saltando ágilmente del muelle a la playa, respondiendo con un ademán a los gritos de bienvenida por parte de los turistas y empleados.

Elizabeth observaba hipnotizada. El miró hacia arriba, como si supiera dónde encontrarla. No creyó posible que la reconociera a esa distancia; pero cuando lo vio dirigirse hacia el faro decidió que no debía, que no podía, encontrarla allí arriba. Si iba a tener que combatir con él, prefería hacerlo en tierra firme.

Apenas bajó unos escalones, se dio cuenta de que estaba en dificultades. Subir había sido extenuante y difícil, pero bajar le resultó aterrorizante. Ante ella no había más que una serie de escalones retorcidos que se desplomaban velozmente. El barandal ya no la sostenía y quedó paralizada, sintiendo que rodaría escalera abajo sin poder evitarlo. Las rodillas se le aflojaron y las piernas empezaron a temblarle.

—Elizabeth.

La voz trepó por el centro de la torre, reverberando en las paredes.

—¿Vas a bajar o tendré que subir por ti?

La proposición le pareció tan buena que las lágrimas asomaron a sus ojos. Intentó decir algo, pero de su garganta salió algo parecido al croar de una rana; por fin logró gritar:

—Ven por mí.

Más que una súplica, sonó como un desafío. Al instante, a sus oídos llegaron una serie de palabrotas en francés que le parecieron deliciosas. Luego, escuchó el ruido de sus pasos sobre los escalones metálicos; pasos rápidos, firmes, furiosos, acompañados por una letanía de amenazas que esperó poder ver cumplidas algún día. Mantuvo los ojos cerrados hasta que los pasos cesaron y tuvo la visión del cuerpo masculino surcando el aire hasta estrellarse contra el piso, en la lejanía.

—¿Jack? ¿Jean-Jacques?

El estaba unos escalones más abajo, respirando con fuerza, con el rostro cubierto por una leve capa de sudor.

—Aquí estoy, Elizabeth.

Ella permaneció inmóvil y pasó saliva al ver la expresión de sus ojos.

—Estoy aquí, pero no estoy contento —dijo con voz tranquila, pero al mismo tiempo, amenazante. Luego le tendió una mano—. Baja. Ya hiciste la tontería de desafiarme para que viniera a buscarte. Ahora, ven tú a buscarme.

Si pudiera bajar… pero sus pies parecían estar pegados al escalón.

—Yo…

—No discutas, chérie —la interrumpió, peligrosamente suave—. No tengo ganas de discutir, y da gracias de que no decidí bajarte por la ruta más corta.

Elizabeth se estremeció de modo tan violento que estuvo a punto de caer; se aferró al barandal con las dos manos y palideció. La furia desapareció de los ojos plateados para dar lugar a la alarma.

—Beth.

Ella lo miró sin ver. Jack subió de un salto los tres escalones que los separaban y ella gritó al ver su falta de precaución. Soltó el barandal al mismo tiempo; luego se aferró a él, obligándolo a sujetarla con una mano y buscar con la otra apoyo.

—¿Pretendes matarte, y matarme, chérie?

Elizabeth hundió la cabeza en su pecho, el sombrero se le cayó y él trató inútilmente de alcanzarlo.

—No te muevas —suplicó la chica.

—¿Cómo voy a moverme, si no me dejas? Cálmate, no te voy a

soltar.

—Sí, tú me quieres soltar…

—Claro que no —contestó él, frotando la mejilla contra su cabello—.

¿Por qué subiste, si sufres de vértigo?

—¡No es cierto! —repuso, pensando que la acusaba de ser una tonta—. Las alturas nunca me han dado miedo.

—Será porque nunca habías subido tal alto por una escalera tan endeble.

Las lágrimas de la chica le mojaron la camisa.

—Subiste corriendo —dijo—. Pudiste resbalar… Tu pierna…

No quería separar el rostro de su pecho, donde encontraba la seguridad que tanto necesitaba.

—Estás muerta de miedo, y todavía te preocupas por mí —dijo él suavemente—. Yo conozco mis limitaciones, Beth.

Al decir esto, se movió un poco.

—¡No! —exclamó ella.

—Sí —contestó él con firmeza—. No puedo bajarte en vilo. En un suelo liso, sí podría, pero mi pierna no resistirá el esfuerzo de bajar por tantos escalones con tu peso. Tendrás que bajar caminando.

—¡No puedo!

—Sí puedes. Eres inteligente, joven, saludable e independiente. Son cualidades excelentes para una persona que quiera bajar por una escalera.

—Me voy a caer.

Le molestaba mostrarse débil, pero el miedo no admite razones. El la obligó a levantar la cabeza y miró sus mejillas húmedas por las lágrimas.

—No te caerás, porque yo estaré a tu lado, sosteniéndote.

—No cabemos los dos en la escalera.

—Juntas, no. Yo iré un escalón adelante.

—¿Vas a bajar de espaldas? —preguntó ella, horrorizada—. No lo permitiré.

—¿Quieres bajar sola, entonces?

—¡No!

—Y bien…

—Por favor, no me obligues a hacer esto —suplicó.

—Te vas a obligar tú. Anda, vamos. Antes de que suba alguien.

El amor propio se enfrentó al miedo. Pensar que estaba dando una exhibición de cobardía casi la puso en movimiento… Casi…

—Jack…

El la besó. Fue un beso de conocedor que la llevó del miedo a la confusión; y ahí, al deseo de responder a la caricia.

—Confía en mí —le dijo.

La volvió a besar sin darle tiempo a reaccionar y la sostuvo con fuerza para controlar tanto su respuesta como la de ella.

—No dejaré que nada te suceda.

Más que promesa, fue una declaración. Luego volvió a inclinar la cabeza, ahogando sus dudas con una sensualidad que recorrió el cuerpo de Elizabeth de arriba abajo.

Con cada beso disminuía la opresión que Elizabeth sentía en el estómago. Era la demostración del dominio del hombre, pero también era una demostración de fuerza y seguridad que ella agradecía.

Cuando al fin soltó sus labios, ella respiró hondo.

—Estoy lista—dijo.

—Yo también —respondió burlón—. Pero tendríamos que ser acróbatas para hacerlo aquí. Espera a que estés encima de mí en la cama, entonces sabrás lo que es el vértigo.

—Eres un animal arrogante —repuso sonrojada.

Entonces, el bajó por un escalón y le tomó las manos con una sola para sujetarse del barandal con la otra.

—Muchas gracias.

Le sostuvo la mirada con un poder hipnótico y la hizo bajar por un escalón. Y para no permitirle pensar en lo que estaba haciendo, añadió:

—¿Nunca has participado en un concurso de camisetas mojadas? De seguro ganarías el primer lugar por las… ventajas naturales que posees.

La barbilla de Jack estaba a la altura de sus senos, por lo que no había forma de ignorar a lo que se refería. Ella empezó a enfurecerse y a buscar una contestación adecuada… entonces bajó por dos escalones más.

—¿Por qué no te cortas el pelo? Dicen que la estética del hotel hace maravillas con las melenas femeninas como la tuya.

El no se molestó por el ataque a su masculinidad, tal vez porque ambos sabían que era absurdo.

—Creí que te gustaba acariciar mi pelo. El otro día que estabas jadeando en mis brazos, bien que te sujetaste a él.

Las manos de Elizabeth se tensaron al llegar al primer descanso de la escalera, y sus ojos despidieron chispas color violeta.

—No estaba jadeando.

—Suspirando, entonces.

Siguieron discutiendo durante todo el descanso. Ella, furiosa a pesar de que sabía que era un método para hacerla pensar en otra cosa. La estratagema dio buen resultado; pero no iba a darle las gracias por la forma en que la trataba.

Al llegar abajo se sintió aliviada en varios aspectos. En algún momento del descenso, se dio cuenta de que él tuvo la oportunidad perfecta de someterla a un interrogatorio, y que, sin embargo, no lo hizo. ¿Por qué si sospechaba de ella, no aprovechó su miedo para extraerle la verdad?

Cuando alzó la vista, Jack comprendió lo que estaba pensando.

—No tienes muy buena opinión de mí, ¿verdad, chérie? No soy tan carente de valores para pensar que el fin justifica los medios. Recuerda que yo era de los buenos en el perverso mundo en que me desenvolví.

Elizabeth pensó en su amada muerta, quien no tuvo escrúpulos; y en el precio que él pagó por ello… y se sintió mal por dudar de él.

—No… no sé cómo darte las gracias —dijo con torpeza. Aún estaba débil y asustada, y agradeció que la tomara del brazo al salir a la playa—. No sé lo que habría hecho si no hubieras llegado…

—Para que veas lo peligroso que es querer escapar de mí —se burló y le puso el sombrero que acababa de recoger—. Y para que aprendas a aceptar ayuda de quien te la ofrece, en lugar de querer hacerlo todo tú sola. No me des las gracias. Ya buscaré alguna manera con la que puedas expresarme tu gratitud.

La chica esperó que empezara a bombardearla con sus acostumbradas preguntas. Pero una vez más, él la desconcertó al llevarla al lugar donde había dejado sus cosas; luego puso una sombrilla y le llevó una bebida de frutas. Después empezó a narrarle la historia del faro.

—¿Qué tiene esto? —preguntó Elizabeth mirando con

desconfianza la copa.

—Un narcótico —respondió alegremente—. Quiero hacerte perder el sentido, meterte en mi yate y llevarte a alta mar para violarte a gusto.

Ella le dio un sorbo a la bebida, se aterró al darse cuenta de que su proposición le parecía muy tentadora, y empezó a toser.

—¿Qué fue eso? ¿Un acto de fe, o ansiedad tuya?

Se arrodilló a su lado y le golpeó la espalda con fuerza innecesaria. Luego, ignorando su reacción, buscó en una bolsa de lona; un frasco de loción bronceadora.

—Quítate la camiseta y acuéstate —le dijo.

Elizabeth se preguntó si la bebida se le había subido tan pronto o si ella no había escuchado bien. ,

—¿Perdón?

—Te vas a quemar, aún bajo la sombrilla. Eres muy blanca.

—No voy a quitarme la camiseta.

—Bueno. Entonces, luego, cuando vayamos a nadar.

—Nadé antes.

Como hipnotizada, lo observó dejar su cerveza en el suelo para luego quitarse la ropa hasta quedar en traje de baño.

—¿Has buceado junto al arrecife?

—No.

Jack abrió el frasco de bloqueador solar, vertió un poco en una mano y se lo aplicó en el pecho y en el vientre.

—Ven conmigo.

Al observar sus manos deslizándose sobre su cuerpo, sus palabras adquirieron una connotación indecente, pero Elizabeth se apresuró a desechar la idea.

—Nunca he buceado.

—Y no te gusta hacer las cosas por primera vez. Sí, recuerdo que me lo dijiste —respondió él, sin darse cuenta del interés con que lo miraba.

Ella esperaba, con la boca seca, que le pidiera que le aplicara el bloqueador en la espalda. Y tendría que hacerlo, si no quería parecer ridículamente puritana. Pero no se lo pidió. El mismo se aplicó el bloqueador, para lo cual tuvo que ejecutar algunas contorsiones que hicieron resaltar su impresiónate musculatura. La chica de pronto, no pudo evitar mirar su cicatriz.

—¿Quieres que me la cubra? —preguntó Jack.

Los ojos de ella volaron a los de Jack. Y ahí vio que él también estaba pensando en su reacción de hacía unos días ante su "deformidad".

—No, no —respondió.

—¿Te gusta mi cuerpo? —preguntó Jack, desperezándose.

—¿Por qué no había de gustarme? respondió ella.

Jack le dirigió una sonrisa sofocante.

—Te gustan los elogios lánguidos, ¿verdad, Beth? Tu cuerpo es magnífico. No sé por qué lo escondes, como si te avergonzaras de él.

—No me avergüenzo de mi cuerpo.

—¿Eres tímida?

Jack la hacía sentirse tonta e inmadura.

—Tampoco. Simplemente, no me gusta que me miren por que soy…

—¿Hermosa?

—Grande.

—¿Grande? —repitió él, como si no comprendiera la palabra.

—Demasiado grande —explicó furiosa por haberse visto obligada a admitirlo.

En lugar de burlarse o de decir alguna de sus frases hirientes, él la miró con preocupación.

—En efecto, eres demasiado grande… para una niña en plena pubertad. ¿Por qué niegas tu femineidad metiéndote en una camisa de fuerza? Tu crees que tus curvas están… pasadas de moda. Puede que sea cierto, pero para una muchacha que quiera ser modelo. En la vida real, tus curvas son la esencia misma de la femineidad. ¿Por qué te molesta que los hombres te miren? Es la forma en que expresamos nuestra admiración hacia la mujer. Cuando te miro, siento que soy un hombre; y espero que cuando tú me miras también sientas algo.

—Nunca creí que fueras feminista —respondió encantada por su sinceridad.

—Me gustan las mujeres, pero no las etiquetas. Las etiquetas limitan. Tú las empleas para defenderte —se encogió de hombros.

—¿De qué? —preguntó desafiante.

—De los hombres, de ti misma…

—Hablas con acertijos.

—Tú eres un acertijo.

—Un acertijo que no vas a resolver tú —declaró levantando la barbilla.

—Pues ya estoy en camino. Mis fuentes de información me han proporcionado datos muy interesantes sobre ti. Nunca has estado casada ni comprometida. Trabajas con un profesor de edad madura, que no te interesa en el aspecto romántico, porque es felizmente casado. Tienes una reputación excelente en la universidad. Administras la librería de tus tíos, y no tienes aficiones… excepto la lectura; por lo tanto tu vida es solitaria, a pesar de que estás siempre rodeada de gente. ¿Qué le parece, Señora Misterio?

"Que has averiguado demasiadas cosas", pensó Elizabeth. La adrenalina corría por sus venas y para olvidarla, se quitó la camiseta para aplicarse la loción bronceadura. En algún momento pensó que se estaba exhibiendo ante él… y concluyó que era cierto, incluso sentía un gran placer al tocarse mientras él la miraba.

Luego, en vez de tomar el sol en una postura que disimulara sus curvas se estiró como hacen los gatos, y después de nadar, salió del agua con los brazos cayendo con naturalidad a los lados. Cuando llegó a donde estaban sus cosas tomó la toalla y se secó con tal lentitud que Jack exhaló un gemido; su gesto fue más expresivo que mil palabras.

Elizabeth sabía que estaba coqueteando con el desastre. Pero después del susto en el faro, del efecto del alcohol y del efecto que sobre ella ejercieron el sol, la arena y el mar; el resto del día le pareció lleno de magia. El tiempo se deslizó suavemente junto a un Jack Hawkwood que parecía tan contento como ella de haber declarado una tregua sin palabras.

Jack le enseñó a bucear y la rescató cuando se vio envuelta en un cardumen muy grande. Estuvo a su lado durante la comida y bailaron las danzas tradicionales de los lugareños.

Luego, bebieron café en la playa y Jack le compró un vestido típico de las islas. Por eso, cuando Jack le propuso regresar al hotel en el bote, Elizabeth aceptó; quería extraerle hasta la última gota de placer a aquella tregua.

Había viento y el mar estaba un poco agitado. El viaje fue muy estimulante, y la chica disfrutó al ver a Jack dominando los elementos.

El trayecto terminó demasiado pronto. De repente, al bajar del bote, Jack le comentó que al día siguiente iría a almorzar con su abuelo.

—¿Tu abuelo? —preguntó ella, sintiendo una curiosidad mezclada con esperanza que le resultó extrañamente amarga.

Se dijo que su ausencia le permitiría intentar nuevamente entrar en la mansión Saint Clair.

—¿En donde vive tu abuelo? ¿En Nueva Caledonia?

—No, aquí, en Ile des faucons. Es el padre de mi madre, y está enfermo. Tengo la obligación de cuidar de él.

—¿Vive aún tu abuela?

En alguna ocasión, Jack dijo que su madre viuda había vuelto a casarse y que vivía con su nueva familia en Suiza.

—No, murió durante la guerra. Grandpére fue herido entonces y las posesiones de la familia fueron devastadas; perdieron casi todo. Por fortuna, tenían dinero en Suiza y decidieron abandonar Europa y los recuerdos de la guerra. Por eso tuvo dinero suficiente para volver a edificar lo que la guerra destruyó.

Jack terminó de amarrar el bote y se volvió hacia ella.

—La mansión Saint Clair es una réplica del castillo que tenía cerca de Lille. Aun los muebles son iguales a aquellos.

"Jack puede llevarme a la mansión", pensó Elizabeth.

Al cabo de un momento, ese pensamiento ocupaba su mente por completo. Jack la llevaría a Alain Saint Clair.

Jack acababa de decir que tenía la obligación de cuidar de él. ¿Qué pensaría si se enteraba de que Elizabeth tenía en sus manos parte de la herencia de la familia?

Su reacción no iba a ser agradable. El ya estaba predispuesto a desconfiar de ella y con toda razón. Ella necesitaba tiempo para suavizar las cosas con su abuelo; si pudiera poner al viejo de su lado, Jack tendría que plegarse a sus deseos. Y si Jack la llevaba a la casa, estaba segura de que Saint Clair estaría más dispuesto a escucharla. Aún quedaba una oportunidad de unir todos los cabos… siempre y cuando encontrara la forma de obtener la colaboración involuntaria de Jack.

—¿Es cierto que quieres jugar contra la casa? Al escuchar estas palabras dichas casi a su oído, Elizabeth se estremeció. Enseguida se dio cuenta de quién era el hombre que estaba a su lado, apoyando

una mano en el respaldo de su silla y rozándole la espalda desnuda con los dedos. El vestido negro que se compró esa tarde en la tienda del hotel, era tan revelador como caro, y dejaba ver más de sus senos que el traje de baño que usó esa mañana.

La chica movió la cabeza para mirarlo, de forma tal que le permitió tener una vista espléndida de su escote.

—¿Cuál es el límite de la casa? —preguntó.

El hombre no hizo caso de la poco sutil invitación, y con expresión inescrutable se volvió hacia las fichas que estaban frente a ella.

—Para ti, el cielo —contestó haciéndole una señal al croupier—. Espero que la suerte esté de tu parte esta noche.

La chica se obligó a reír suavemente al percibir la leve amenaza.

—¿Por qué? Eres tú quien podría perder esta noche la camisa —con un dedo acarició provocativamente un botón de su camisa. Ella misma se sintió un poco alarmada por su propia temeridad. Con pantalón negro y chaqueta blanca, Jack parecía un hombre ultraconservador y distinguido; de no ser por la cola de caballo y el pendiente en la oreja.

—Yo no juego, y la casa está bien protegida contra los caprichos de los apostadores —murmuró. Pero una chispa en los ojos le dijo que no estaba tan tranquilo como aparentaba—. ¿Sabes cuánto estás apostando?

—No más de lo que puedo perder —contestó airosa pero molesta en el fondo por saberlo.

Más molesta estaba porque él no reaccionaba a su invitación. ¿Acaso estaba ciego? ¿Por qué cuando quería que un hombre la mirara, no lo lograba? Tomó su martini con actitud desafiante y lo bebió de un sorbo.

—¿Cuánto has bebido? —preguntó él con desaprobación.

Y pensar que él la había obligado a beber esa tarde, en la playa… ¡Hipócrita!

—Varias docenas —mintió sonriendo abiertamente.

Estaba decidida a obtener una reacción por parte de Jack. Se volvió apenas en su asiento de tal modo que el escote se abrió ligeramente.

—Tus empleados sí saben cómo tratar a una ganadora —dijo.

Todos los ojos estaban fijos en la pelotita que saltaba por los

compartimentos de la ruleta, menos los de ella. Jack se dijo que, fuera cual fuera su motivación, no era la codicia.

—Pues yo soy un experto consolando perdedoras —señaló Jack —. Lo cual es mucho más fácil. Espero tus comentarios a ese respecto.

Elizabeth miró con suspicacia la mano que le ofreció.

—¿Por qué?

—Porque me temo que tu suerte ha cambiado por completo. Acabas de perder treinta mil francos, ma chére.

Capítulo 8

CASI nueve mil dólares neozelandeses! Elizabeth miró al hombre que trataba de descorchar una botella de champaña en la pequeña, pero bien equipada cocina. No era la primera vez que Jack la invitaba a su suite, pero sí era la primera vez que ella era lo suficientemente temeraria para aceptar. En condiciones normales estaría mirándolo todo con curiosidad para adivinar cómo vivía; mas en ese momento, aquello no le importaba.

Si hubiera sabido el valor de sus fichas, no las habría apostado todas de esa forma. Con ese dinero habría podido sobornar a algún empleado del hotel para que la ayudara. Pero habiéndolo perdido todo, tuvo que volver a aplicar su primer plan, que por desgracia no estaba produciendo los resultados deseados.

—En la terraza hace un poco de aire. Mejor nos quedamos aquí dentro, con las puertas abiertas, ¿no te parece?

Elizabeth tomó la copa que Jack le ofreció y aspiró las burbujas mientras lo seguía hasta el sofá de cuero blanco; desde donde se apreciaba la bahía. El casino y la discoteca estaban abiertos todavía, pero el ruido no llegaba hasta ellos. Era como si estuviesen solos en una isla desierta, pensó Elizabeth y se sentó. Esperaba que Jack se sentara a su lado, pero él prefirió el otro extremo del sofá, se quitó la chaqueta, se desbarató el nudo de la corbata y se desabotonó la camisa dejando ver el arranque del vello que le cubría el pecho.

La lámpara se hallaba a espaldas de Jack, por lo que su rostro apenas se distinguía, dándole un aspecto taciturno. Esto la inquietó, pues cuando le ofreció una botella de champaña para consolarla por su espectacular pérdida, Jack se mostró muy amable. Luego, la chica se dio cuenta de que pensaba beber en el bar del casino, por lo que hizo una mueca y le dijo que prefería un lugar "un poco más

privado".

Una chispa brilló en los ojos de Jack.

—¿Qué quiere decir "un poco más privado"? —preguntó, tomándola por la cintura para conducirla lejos de la ruleta.

Sus muslos se rozaron durante todo el recorrido.

—Quie… quiero hablar contigo —la vacilación fue a propósito —. Es un asunto… delicado y prefiero que nadie se entere.

Jack deslizó la mano que tenía sobre la cintura de la chica hasta la base de su columna vertebral, Elizabeth tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse tranquila.

—Podemos ir a mi oficina.

No había pensado en eso. Pero debía tener una oficina, por poco tiempo que pasara en ella. El hotel funcionaba a la perfección, y eso indicaba la existencia de mucho trabajo.

—Es que…

No le agradaba la idea de conseguir su ayuda en un ambiente tan frío. Necesitaba que Jack estuviera relajado y desprevenido.

—Es un asunto muy personal… No me sentiría cómoda con un escritorio de por medio —expresó con coquetería.

—Entonces, en mi habitación —propuso él alegremente—. Ahí tengo una botella de champaña enfriándose.

Elizabeth le dio un sorbo a su champaña mientras meditaba en su dilema: ¿cómo seducir a un hombre sin dejarse seducir por él? En especial, un hombre tan atractivo y tan competente sexualmente como Jack Hawkwood. Acostumbrado a que las mujeres se arrojaran a sus brazos, no sería fácil hacerle perder la cabeza. ¿Y cómo seducirlo sin seducirlo realmente? Porque ella no tenía la intención de meterse en problemas; el que debía perder la cabeza era él, no ella.

Jack permaneció callado hasta que el silencio se volvió casi insoportable. Entonces inquirió con suavidad:

—¿Qué es ese asunto tan personal y delicado del que quieres hablarme?

—Se trata de porqué vine a Ile de Faucons.

Revolvió la champaña con un dedo y luego chupó el líquido que quedó en él. Al levantar la vista, notó que él se limpiaba el labio superior con la lengua y en ese momento, el discurso que ensayó toda la tarde se desvaneció.

—Mi tío Simón… Verás, yo… El es…

—¿Detective privado?

—Ya lo sabes —dijo aliviada, confirmando sus sospechas—. Entonces, ya sabes el resto…

—Probablemente. Y lo que no sé, lo puedo adivinar. Pero me gustaría oírlo de tus labios.

¡Cómo no iba a gustarle! Sin embargo, levantó la barbilla y le resumió todo el caso Corvell, sin decir que su participación había sido forzada. Pero no contó con su malicioso sentido del humor ni con su inteligencia.

—Si tu tío cree que eres una buena espía —comentó Jack una vez que ella terminó su relato—… no comprendo por qué su agencia no ha quebrado. Si te hubieras puesto un anuncio luminoso en el pecho no habrías llamado tanto la atención en el aeropuerto. Tienes mucho que aprender para ser agente secreto, ma chére.

—Lo siento, pero no pienso aprender más —expresó, olvidando su papel de suplicante.

—¿Perdiste el amor a la aventura, chérie?

La chica apuró su bebida sintiendo que perdía el control de la situación.

—¿O fue una estratagema de tu tío Simón para dotar de emociones y colorido tu existencia anodina y, al mismo tiempo, obtener alguna ventaja? "Una vida de trabajo sin distracciones la está convirtiendo en una solterona", debió pensar. No es vida para una muchacha de veinticinco años.

—Eres un niño muy activo —contestó ella, molesta ante la descripción que hizo de su vida.

Pero su sarcasmo no ejerció el efecto deseado.

—Soy un hombre, chérie, un hombre. Entre un hombre y un niño hay una diferencia muy importante, que me encantaría mostrarte. Aunque no creo que estuvieses aquí si no supieras a lo que me refiero.

Elizabeth no estaba segura de si se refería a su confesión de algo que él ya sabía o a su opinión sobre su hombría, y decidió jugársela. Dejó la copa sobre la mesa que estaba frente al sofá, sabiendo que la luz de la lámpara caería de lleno sobre su provocativo escote.

—He vivido lo suficiente como para distinguir a uno de otro —señaló con voz ronca. Se quitó los zapatos y flexionó las piernas

para luego apoyar la cabeza en el brazo del sofá—. Qué alivio —exhaló una especie de gemido—. Estos zapatos me aprietan terriblemente, pero eran los únicos que le iban al vestido.

Entornó los párpados sintiendo una leve emoción por la ligereza con que se estaba comportando.

—Lo compré esta tarde en la tienda del hotel —era una invitación para que le hiciera un cumplido. El no podía ignorarla; pero convirtió el cumplido en algo muy personal:

—Con razón me pareció reconocerlo. ¿O será el cuerpo lo que me resulta conocido? Nadie puede olvidar tus senos, y tu espalda es la más hermosa que haya visto… y tocado —levantó su copa para brindar por ella, y continuó, mirándola con sensualidad—: Tal vez se deba a la blancura de tu piel; realza la belleza de tus piernas… ¿pero no hace demasiado calor para llevar mallas negras?

Jack era único para interpretar mal sus acciones. Se había puesto medias negras para hacer parecer sus piernas más delgadas, no para resaltarlas; sobre todo, porque se dio cuenta de que el vestido era más corto de lo que pensó.

—No llevó mallas —declaró con malicia—. Las medias son más frescas y dan más libertad —al decir esto levantó las piernas y puso los pies sobre los muslos de Jack.

—Dame un masaje, por favor. No sabes cómo me duelen los pies.

Por un momento, el rostro del hombre quedó sin expresión. Luego, sin decir una palabra, Jack puso su copa en el suelo y le tomó un pie con las manos. En sus labios apareció una curva ligera y sensual. Suavemente, empezó a frotar la parte superior del pie hasta rodear el tobillo, y masajeó repetidas veces la planta.

—¿Por qué usas tacones, si te duelen los pies?

—Para parecer más alta —murmuró la chica, cerrando los ojos.

Nunca le habían dado masaje en los pies, y la sensación era maravillosa… tanto, que empezó a sentirse alarmada.

—Demasiado bajo, demasiado grande… ¿Hay algo de ti que te guste? —preguntó con ironía, pasando sus dedos por entre los de ella, con un ritmo . que le provocó un suspiro casi inaudible.

—El cerebro —contestó para contrarrestar las cálida sensaciones.

—Mmm… ¿Y qué dice tu cerebro en este momento, chérie?

Le estaba dando masaje en la planta del pie, de forma tal que temió no poder contestar. Por eso abrió los ojos, para separar la deliciosa sensación de su realidad y evitar que su mencionado cerebro se convirtiera en gelatina. Y se encontró con los ojos de Jack fijos en ella.

—Me… me dice que lo que estás haciendo se siente muy bien —contestó con torpeza.

El sonrió apenas, pero sus ojos no se movieron ni cambiaron de expresión.

—¿Y cómo se siente esto? —preguntó, al tiempo que apretaba al pie.

Elizabeth sintió que algo se fundía dentro de ella. Y se preguntó si sus pies serían zonas erógenas que no conocía; lo cual, dado su gran potencial libidinoso, era muy posible; en ese caso, había cometido un terrible error.

—Mu… muy bien. Ya… ya me siento mejor. Gracias. Creo que es suficiente.

Intentó tomar posesión de sus piernas; pero él se lo impidió tomando ambos tobillos con una mano para oprimirlos contra su durísimo muslo.

—Por el contrario —murmuró—. Yo diría que apenas estamos comenzando. ¿Sabes, Beth, que actuando sobre la planta de los pies se pueden provocar reacciones en diferentes partes del cuerpo?

—No —musitó, sintiéndose más indefensa que si la hubiese tomado de las manos.

Además, con aquella falda tan corta, cualquier movimiento de resistencia dejaría al descubierto algo más que sus piernas.

—Pues es cierto. Vamos a hacer la prueba. Si presionó aquí, vas a sentir algo en alguna parte de tu cuerpo.

Tenía que ser sugestión, se dijo; no podía creer que los senos le dolieran de esa forma.

—No siento nada —dijo, tratando de controlar la respiración.

—Entonces, aquí…

—¡Tampoco! —exclamó.

Pero la tensión la obligó a levantar el cuerpo rígido, para apoyarse en los brazos. Jack sabía muy bien lo que estaba haciendo; y lo demostraba claramente con aquella irritante sonrisa.

—¡Basta, Jack!

—A ver qué te parece esto.

—¡Jack!

El acarició una vez más la planta del pie y luego la deslizó por la cara interior de la pierna hasta llegar a la corva. Ella dobló las piernas para escapar del ardiente contacto; pero la falda se le subió peligrosamente, y sus pies se hundieron aún más entre las piernas de Jack.

Un intenso calor la invadió al sentir la dureza de Jack. Y los dedos de sus pies se curvaron involuntariamente, al comprobar que no era un verdugo frío y cruel; sino que estaba tan excitado como ella… tal vez más.

En ese momento, volvió a sentir confianza. Si ella estaba atrapada por la situación, también lo estaba él… probablemente, más que ella. Seducirlo iba a ser más fácil que quitarle un dulce a un niño.

Elizabeth dejó de luchar y echó la cabeza hacia atrás. Separó los labios, y su rostro adquirió una expresión que la hacía parecer vampiresa.

El quitó la mano de sus piernas, pero no apartó la vista de los ojos de la chica. Entonces, ella flexionó los tobillos y de los labios masculinos brotó una palabra silbante:

—Elizabeth…

Era su turno de sentir, de vibrar de pasión. Ella contrajo los labios, y su boca pequeña y rosada formó un erótico contrapunto con los enormes ojos color violeta.

—Dime, Jack —contestó con inocencia y volvió a mover los pies. Un rumor sordo y pesado vibró en el pecho masculino, y las manos se cerraron de manera violenta.

—¿Qué haces?

—Esperar que termines de darme masaje.

—Dijiste que era suficiente —su voz sonó ronca, pero su mirada era todo lo contrario.

A pesar de lo bronceado de su cutis, ella pudo apreciar el rostro de Jack congestionado.

—Cambiar de opinión es privilegio femenino —se relajó un poco y volvió a apoyar la cabeza en el brazo del sofá, en actitud de completo abandono. Habiendo reprimido durante muchos años su potente apetito sexual, encontraba en aquel provocativo y peligroso

juego una gran satisfacción.

—¿En verdad quieres que continué con lo que estaba haciendo?

Jack podía haber perdido el control de su cuerpo, pero su mente seguía funcionando con claridad. Elizabeth necesitaba conducirlo al estado en que ella se hallaba momentos antes.

—¿No quieres seguir? —preguntó ella, con voz más ronca.

—Lo que yo quiero es muy evidente —dijo él, mirando sus pies —. Pero no soy fetichista y para conseguir lo que deseo tengo que estar entre tus piernas… A menos que te guste mezclar el amor con la gimnasia.

—¡Jack!

Justo en el momento que adquirió la personalidad de vampiresa, él la hizo retroceder a la mojigatería.

—Me lo estabas pidiendo.

Tomó sus tobillos y los separó repentinamente. Un instante después estaba sobre ella con las caderas al nivel del dobladillo de su falda, entre sus piernas, manteniéndola inmóvil con sus poderosos brazos y riéndose en su cara.

—¿Qué te pasa, chérie? ¿Mordisqueaste un bocado demasiado grande?

—¡Si no te quitas, te voy a morder! —exclamó con una mezcla de cólera y deseo.

—Me encantaría —respondió él, entornando los párpados—. Una vez me mordiste y resultó muy erótico—. Pero esta vez, primero me vas a quitar la ropa.

Elizabeth abrió enormes los ojos, escandalizada y fascinada por el giro que estaba tomando la conversación. Durante sus relaciones con Ryan nunca hubo un intercambio de palabras semejantes, ni siquiera en los momentos de mayor abandono. Ciertamente Ryan siempre procuró controlar sus reacciones, no darles rienda suelta. Nunca elogió su cuerpo; sus cumplidos fueron siempre cerebrales, y fue un amante serio y silencioso. Nunca la confundió con cambios en su modo de ser y mantuvo una elegante línea de comportamiento a la que ella trató de plegarse.

Ryan era un intelectual; Jack, en cambio era un hombre de acción, un jugador. En definitiva, no era la clase de hombre con el que ella normalmente quisiera mantener relaciones, por atractivo que fuera. Pero la situación en que se hallaba no era normal; y

aunque no podía permitirse el lujo de intimar con él, era necesario que él pensara lo contrario. Por lo cual tenía que ceder al atractivo prohibido de unas relaciones peligrosas… por un tiempo, al menos. Además, una vocecita en el interior de su cerebro le decía que después de esas vacaciones no volvería a verlo, y que nadie sabría lo ocurrido entre ellos.

Mientras pensaba eso, su respiración se hizo más corta, y sus extremidades, más pesadas… lánguidas, débiles, pasivas… Las manos de Jack que habían estado cubriendo su pecho con nerviosismo, cayeron hacia los lados con las palmas abiertas. Y Elizabeth esperó, a ver qué era lo que él iba a hacer.

—¿Sabes cuál es la primera regla del juego, de acuerdo con Ovidio?

La chica tuvo que humedecerse los labios para poder contestar.

—No.

¿Cómo iba a preocuparse de lo que dijo un poeta romano, muerto siglos atrás, cuando ese pecho masculino estaba oprimiéndole los senos?

Jack se apoyó en un brazo, y deslizó un dedo de la otra mano por su boca húmeda.

—… Las mujeres pueden ser atrapadas siempre… —dijo con arrogancia impregnada de sexualidad.

Elizabeth estaba muy excitada, pero conservaba su amor propio.

—También los hombres —contestó.

—También nosotros. Todo se reduce a saber quién está más ansioso de atrapar al otro. ¿Quién está siendo atrapado aquí, Beth? ¿Tú o yo?

Vagamente la chica se dio cuenta de que estaba tendiéndole una trampa que debía evitar.

—No lo sé. Tal vez los dos —respondió, al tiempo que se preguntaba qué sabor tendría su boca aderezada con champaña.

—¿Así que nos consideras iguales? Eso me gusta. Significa que habrá menos recriminaciones después.

La mano de Jack pasó de la boca al cuello y luego la introdujo debajo de la nuca de Elizabeth, hasta desprender las horquillas de su elegante peinado.

—El pelo recogido no te sienta bien —le dijo, al tiempo que extendió las suaves ondas sobre la superficie del sofá—. Debes

dejarte el cabello suelto, indómito… como tu cuerpo. No había un hombre en el casino que te mirara en ese pedacito de seda negra sin desearte, pero tú sólo mirabas a uno: A mí —sus ojos grises brillaron con triunfo y ella se estremeció.

—No te pusiste ese vestido ni perdiste miles de francos nada más porque querías hablar conmigo, ¿verdad, Beth? Ese vestido lo usa la mujer que quiere lanzarse a algo, no la que quiere dar la impresión de honestidad. ¿Qué es lo que quieres de mí, esta noche?

Aún estaba demasiado lúcido para contestarle, así que la chica se movió ligeramente, frotando su cuerpo contra el de Jack.

—¿No te das cuenta? Te creí más perceptivo —señaló insinuante.

Con una mano le acarició la mandíbula dura y firme. Luego, imitando la actitud de él hundió los dedos entre su cabello, y le quitó la banda negra con que lo sujetaba.

El inclinó la cabeza hasta que sólo los separaba la distancia de un beso, sus ojos se convirtieron en rendijas brillantes.

—¿Al fin decidiste dejar de pelear, y aceptar el placer que sabes que . puedo darte?

La encantó su arrogancia. Pero, ¿cuándo iba a dejar de hacer preguntas y aceptar lo que se le daba? La impaciencia la obligó a perder el control, y con una mano atrajo la cabeza de Jack hasta eliminar la distancia que los separaba.

El sabor no era diferente, sino mejor; y explotó sobre su lengua, exacerbando su deseo. Luego le rodeó el cuello con los brazos y movió los labios sobre los de Jack buscando la participación que no llegaba. ¿Qué ocurría? ¿Acaso su ansiedad lo alejaba? El viejo sentimiento de vergüenza brotó a la superficie.

Como si se diera cuenta de su vacilación, Jack abandonó su pasividad y tomó la iniciativa. Con una mano sostuvo la mandíbula de la chica e introdujo la lengua en su boca, mordió y acarició todos los rincones con una suave violencia que la hizo olvidar todos los besos anteriores. Su cabello, libre de las manos de la chica, rodeó sus bocas unidas y los encerró en un mundo personal, oscuro y fragante.

—¡Oh! —cuando sus labios se separaron, ella se sintió privada de todo. Pero al momento percibió algo húmedo y cálido que corrió hacia su garganta. El roce del cabello fue como el contacto de una

piel sedosa en su piel sensible y la hizo suspirar de placer.

—¿Te gustó, chérie?

El depositó una serie de besos pequeños en su pecho, hasta llegar a la orilla del escote, que cubría el esplendor de los senos turgentes. Elizabeth se arqueó tratando de huir de la restricción que le imponía la pequeña falda. El recorrió el mismo camino de regreso; pero en lugar de besarla, la iba mordiendo ligeramente.

—¡Oh!

—¿Es todo lo que sabes decir? —preguntó él con voz ronca por la pasión—. Para ser una mujer tan culta, eres un amante casi analfabeta, chérie. ¿No puedes decirme lo que sientes, lo que quieres que haga?

—No creí que necesitaras instrucciones —respondió con voz entrecortada.

El besó y lamió las pequeñas marcas rojas que sus dientes le hicieron. Debajo del vestido los senos ardían y palpitaban, tensando la lujosa tela. ¿Por qué no la tocaba como debía ser, como sabía que ella quería ser acariciada? No quería hablar por temor a no poder detenerse; a dejarse llevar por la vorágine de sus sentimientos. Pronto llegaría el momento de hacerle decir a él las palabras que quería oír; pero antes, quería recibir algo. Tal vez no pudiera decírselo, pero sí podía mostrárselo.

Sus ojos pasaron del violeta al índigo cuando empezó a desabotonarle la camisa.

—Con calma, mi amor —murmuró Jack cuando ella trató de abrir la camisa antes de desabotonarla por completo—. Déjame a mí.

Se hincó en el sofá para quitarse la prenda y sujetó a Elizabeth con las rodillas, por la cintura.

—Hace un rato dijiste que iba a perder la camisa —dijo Jack, contemplando el sensual cuerpo de la chica—. Creí que era una metáfora.

—Por favor…

La cabeza la daba vueltas. El la sujetaba con tanta fuerza, que temió perder el sentido. Luego, Jack puso las manos en su vientre, y ella sintió como si fueran de fuego.

—Por favor, ¿qué? —murmuró, deslizando las manos del vientre a los muslos abiertos, bajo la falda de seda, hasta el punto donde la

media se encontraba con la piel satinada.
—¡Oh! —exclamó Elizabeth, agitándose convulsiva, olvidando los ingenuos límites que se había impuesto y concentrándose en el intenso placer que inundó sus sentidos.
—Por favor, ¿qué? —la chica sentía frío y calor al mismo tiempo.
—No —suplicó.
Pero sus manos maravillosas se separaron de su piel como dudando en dónde torturarla con placer. Ella puso las manos en los hombros de él, guiándolo sin darse cuenta.
—¿No qué? ¿Que no haga… esto?
Introdujo un dedo en el escote y la obligó a incorporarse, luego se inclinó y aspiró la fragante calidez que ascendió de los senos. Ella echó la cabeza hacia atrás, percibiendo sus palabras como un rumor de seda.
—Pídeme lo que quieras. Eliza… Beth… Dime tus deseos, tus fantasías… Todo te lo daré… Todo… Lo que me pidas.
—¿Lo que te pida?
Elizabeth tenía una respuesta preparada. Pero en ese momento el dedo de Jack aumentó la presión en su escote, y ella sintió cómo un pezón rozaba para quedar al descubierto. Vio su boca… En cualquier momento…
—Yo no… Quiero… —su mente trataba de imponerse al tumulto que era su cuerpo, pero sólo parecía capaz de expresar conceptos aislados—. Tiempo…
El aliento de Jack resultó húmedo y caliente al acariciar con la boca el pezón hinchado.
—¿Tiempo?
La tentación de renunciar a su retorno a la cordura era muy fuerte; y la necesidad de recibir sus caricias: enorme.
—Yo… Sí.
—No… No recuerdo.
Fue un error abrir los ojos. La figura de Jack llenó su campo de visión. Allí estaba, grande, poderoso, muy excitado; con una mirada de incredulidad y un deseo tan ardiente como violento. Estaba loco por ella, como Ryan nunca lo estuvo. Y se prometió no volver a comparar a los dos hombres, nunca más.
—Jack… —le tocó una mejilla, pero él volvió la cabeza con

violencia y le mordió un dedo.

—¡Ay! —exclamó, tratando de sentarse—. Me dolió.

—Déjame curarte —murmuró Jack salvajemente.

Tomó el dedo herido y se lo introdujo en la boca. Luego lo chupó con fuerza y ella se estremeció.

—¿Te sientes mejor? —le soltó la mano y le dirigió una sonrisa feroz y peligrosa. Una sonrisa que no abandonó sus labios cuando se inclinó y chupó el pezón expuesto. Bajó el escote hasta tener acceso fácil a la punta rosada; lo tomó entre los dientes y lo acarició con la lengua antes de introducirlo en la boca ardiente.

El gemido de sorpresa y de placer que emitió la chica pareció disminuir su deseo de castigarla, pues la poderosa succión se convirtió en un movimiento lento y delicioso que volvió a establecer la supremacía masculina.

Luego, Jack comenzó a besar el otro seno. Y de pronto, a ella no le interesó más que devolverle el placer que él le daba; amar y ser amada como lo imaginó en sus más secretos sueños, ser amada sin inhibiciones.

Aunque era un amor apasionado, pero no ciego. Porque en el momento en que se dispuso a deslizar la cremallera del vestido, Jack la obligó a mirarlo a los ojos y preguntó:

—¿Sí?

La breve palabra retardaba el momento supremo.

—Sí… ¡Sí!

Una tormenta los arrebató, una tormenta provocada por el frenesí del deseo. Se arrancaron la ropa y sus cuerpos se fundieron uno en otro. Las exclamaciones y los eróticos movimientos de Jack la estimulaban, hasta caer en el torbellino que los arrebató a los dos. La primera convulsión de placer, por parte de Elizabeth no lo detuvo, sino que la siguió de una cima a otra, hasta hacerla gritar en el éxtasis.

El rodó hacia un lado y la abrazó. Ella estaba temblorosa, su piel estaba resbalosa y húmeda. La respiración de Jack era violenta y entrecortada, pero cuando él habló, sus palabras no fueron de amor:

—El sexo es un arma formidable, pero sólo cuando no te dejas arrastrar por él. Y eso es lo que a ti te sucede, que te excitas con gran facilidad. Yo —dijo, al ver que ella intentaba protestar—. No estoy diciendo que seas promiscua, sino que tus reacciones son

sinceras; que eres demasiado sensual para ser fría y calculadora, demasiado honorable para saber engañar. Tus emociones y tus sentimientos te van a traicionar siempre.

Ella se estremeció, desesperada por su aseveración. Jack le tomó la barbilla con mano firme y la obligó a mirarlo; su voz se dulcificó al ver su expresión.

—¿Por eso se te enfriaron los pies de repente? ¿Porque te daba miedo la intensidad de tus sentimientos? Pero ahora ya sabes que conmigo no debes temer nada como amante. No habrá más barreras entre nosotros.

Elizabeth desvió la vista, sintiéndose culpable; se levantó y se vistió, deseando poder poner su alma en orden con la misma facilidad con que alisaba su ropa. No se arrepentía de lo sucedido, pero… ¿a dónde los conduciría?

No había camino para ellos. El no pedía su amor; por lo tanto, ella no se lo podía ofrecer. Elizabeth lo quería como no había querido a nada ni a nadie en el mundo. Pero muchos obstáculos se alzaban entre los dos; el más importante, acaso, que él la consideraba honorable. El cumplido la hizo sentirse mal, al recordar que estaba abusando de su confianza, de su honorabilidad. La iba a odiar cuando descubriera la verdad, y ella imaginaba que ese sentimiento ahogaría las semillas que aquel maravilloso acto de amor había sembrado en su corazón.

Perdida en su silenciosa agonía, no notó la curiosidad con que Jack la miró, y se dedicó a poner un poco de orden en la habitación. El la imitó, y cuando vio que se dirigía hacia la puerta, inquirió con brusquedad:

—¿Quieres que mañana pasemos el día juntos?

Elizabeth no esperaba aquella proposición.

—¿Mañana?

—Sí, el día que sigue a esta noche.

Sin poder creer lo que le estaba proponiendo, dijo:

—¿Pero… pero no vas mañana a almorzar con tu abuelo?

—Es cierto —respondió pensativo.

Elizabeth comprendió en ese momento cómo se sentían las prostitutas. Ella vendió el uso temporal de su cuerpo por llegar a ese momento; y ahora tenía que forzarse a aceptar el pago.

—Tal vez pueda ir contigo… —propuso con timidez—. Me

gustaría mucho ver la mansión…

—Sí —me lo dijiste el primer día —respondió Jack, pasándose la mano nerviosamente por el pelo; luego añadió—: Creo que te dije que mi abuelo ha estado enfermo, que no le gusta que vayan extraños…

"Di algo, Elizabeth", la urgió su voz interior. "Hazle ver que después de esto, ya no eres una extraña".

Movió con nerviosismo las manos, que tenía a la espalda, y se preguntó si sería buena señal que Jack no la interrogara con la mirada. Pero entonces se dio cuenta de que él miraba hacia un espejo, situado atrás de ella… e hizo lo único que podía hacer. El honor de la familia Lamb estaba por encima de todo. Podía haberse enamorado de Jack, pero sobre todas las cosas, amaba a su familia. Así que cruzó los dedos de su mano izquierda y sugirió:

—No molestaré a tu abuelo… Me basta con visitar la casa y los jardines.

—¿Lo dices en serio? —murmuró él.

Ella cruzó los dedos de su mano derecha y contestó:

—En serio. Así podremos pasar más tiempo juntos…

No pudo seguir, porque él la miraba con tal dureza que se le antojó siniestra. Al fin asintió lentamente, concediéndole la victoria.

Al llegar a su habitación, Elizabeth sintió una extraña excitación en el estómago. Le parecía que apenas empezaba a pagar el precio de su locura… pero lo peor era que ansiaba continuar el juego.

Capítulo 9

LA mansión Saint Clair era como Elizabeth esperaba. Pero lo que más atrajo su atención no fue la belleza de los jardines, ni la elegancia de la arquitectura francesa, sino la biblioteca.

Le tomó casi una hora dar con ella. Se trataba de dos habitaciones con libreros de pared a pared y del suelo al techo. Algunos libros tenían dispositivos para controlar la temperatura; otros estaban en repisas meticulosamente arreglados, y aproximadamente una tercera parte de la colección estaba amontonada en el suelo como si la persona que los estaba acomodando hubiera perdido de pronto el interés en su trabajo.

Le resultaría fácil sacar los libros que llevaba en el bolso y dejarlos en cualquier parte; si alguien había notado su ausencia, ahora pensaría que los había encontrado por suerte. Así, sólo le quedaría la preocupación del collar.

Miró a su alrededor al tiempo que se tocaba el collar bajo la blusa. Llevar el collar puesto se había convertido en una especie de penitencia. Cada vez que se lo quitaba, aunque fuera para guardarlo en la caja de seguridad del hotel, tenía la sensación de que lo iba a perder. Pensó que sería un inconveniente con Jack, quien seguramente querría abrazarla, pero para su disgusto, él se estaba mostrando muy circunspecto, como si fueran dos adolescentes que tienen una inocente cita; no un hombre y una mujer que horas antes habían hecho el amor apasionadamente. El trayecto a la mansión les tomó unos veinte minutos, Jack sólo habló de la historia de la isla y de sus más excéntricos parientes, entre los cuales incluyó a su abuelo; esa actitud ejerció su efecto, e hizo que ella olvidara un poco lo ocurrido la noche anterior y la indujera a disfrutar de su compañía,

Al ver las paredes de concreto que rodeaban la mansión, así como las puertas de acero y el sistema de alarma, Elizabeth llegó a la conclusión de que ella sola nunca habría podido entrar en la mansión.

La chica abrió la bolsa para sacar los libros cuando oyó a su espalda una voz:

—Pensé que te encontraría aquí.

—¡Jack! —exclamó. Cerró el bolso automáticamente y se llevó una mano al palpitante corazón—. ¿Po… por qué?

—Porque sé lo que te gustan los libros.

—Es maravillosa esta biblioteca —murmuró, controlando poco a poco su respiración—. ¿Cómo está tu abuelo?

—¿Verdad que sí? —reiteró, ignorando la pregunta—. Todos estos libros los compró recientemente. La colección original se perdió durante la guerra. Casi todos proviene de otros coleccionistas que quieren reponer así sus pérdidas por la guerra… o en la bolsa de valores. Grándpere sabe que mi hermano y yo no compartimos su pasión por los libros, así que ha decidido venderlos todos, excepto sus favoritos. Quiere venderlos personalmente, a compradores muy bien seleccionados.

Elizabeth sonrió.

—Igual que mis tíos —dijo, preguntándose qué tanto sabía Jack de ellos.

Con diferencia a las ideas de su abuelo sobre cómo vestirse la gente; Jack llevaba un traje gris de tela ligera y corbata, pero aún así conservaba un aire de frescura.

—Probablemente por eso se llevaron tan bien. En los últimos meses, mi abuelo ha invitado a gran número de compradores en potencia, pero yo no sabía que tus tíos hubieran estado aquí, hasta que él reconoció el apellido. ¿Por qué no me lo dijiste? Me habría parecido más natural tu interés en conocer la mansión.

—Yo… yo no sabía que eras pariente del señor Saint Clair, sino hasta ayer —contestó Elizabeth enrojeciendo ligeramente—. Y no quise… abusar de lo que era una relación… superficial entre nosotros.

El le tomó una mano y la llevó a sus labios, sin darse cuenta de lo agitado de su pulso.

—¿Te refieres a nosotros o a nuestros mayores? En el futuro,

puedes abusar cuanto quieras, ma chére. Mi abuelo recuerda muy bien a tus tíos.

—¿De veras? —el corazón le latió con violencia. ¿Por qué los recordaba tan bien? ¿Acaso sospechaba algo?

—Sí. Dice que hablaron de ti; que están muy orgullosos de ti, y tal vez un poco intimidados por tus dotes de comerciante.

Ella odiaba la palabra "intimidado".

—Alguien tiene que ser practica —declaró—. Ellos viven en un mundo propio, irreal.

—Creo que empleé la palabra incorrecta —repuso al notar la sombra de dolor que cruzó su rostro—. Debía decir que están asombrados por tus dotes de comerciante. Saben que de no ser por ti, se habrían arruinado tiempo atrás. También dijeron que están preocupados, que temen que tu devoción hacia ellos te impida casarte y tener una familia.

—Nunca me han dicho cosa semejante —dijo ella, a la defensiva.

—Creo que habían bebido unas copitas de brandy. Seguramente, Grandpére les contestó que yo no había cumplido mi deber casándome y trayendo herederos a la familia.

—¿Y los hijos de tu hermano? ¿No son ellos los herederos? —preguntó Elizabeth.

—En el sentido estricto, sí. Pero esta propiedad es otra cosa. Mi abuelo nos la quiere dejar a los dos, pero mi hermano y su esposa no quieren vivir "en una islita". Como comprenderás, la distancia que los separa no se mide sólo en kilómetros. No es que lo apruebe, pero lo comprendo. Siendo el más joven, no tuve que acceder a un matrimonio "dinástico". De haber sido yo el mayor… ¿quién sabe? Tal vez, yo también habría aceptado un "arreglo" civilizado.

—No te imagino aceptando "arreglos" —afirmó ella.

—Supongo que eso es un cumplido —respondió Jack inclinándose ceremoniosamente—. La consecuencia es que yo seré quien viva aquí.

—¿Solo?

No podía imaginarlo viviendo solo en aquel esplendor. Aunque Jack era un hombre con una gran vida interior, disfrutaba tanto su papel de gerente de hotel autócrata y gregario, que Elizabeth no podía pensar que sería feliz con esa vida aislada que tanto le

gustaba a su abuelo; tenía demasiada energía, amaba tanto la vida que no podría sustraerse jamás a su influjo.

—Espero no estar completamente solo, chérie. Mi abuelo tiene apenas setenta y cinco años. Con los cuidados adecuados, espero que viva todavía muchos años más. Es un luchador, y no se dejará vencer por la muerte con facilidad. Para entonces, tal vez ya esté yo inmerso en los encantos de la vida hogareña. ¿Quién puede saberlo? Tal vez para entonces tenga varios niños que llenen con sus risas estas paredes.

—¿Quieres tener hijos? —preguntó encantada por aquella alusión casi poética.

—Debí tener uno, hace tiempo —contestó mirando por la ventana—. Zenobia estaba embarazada cuando la mataron.

—Lo siento —declaró Elizabeth y le puso una mano en la espalda.

Sintió el impulso de abrazarlo y de echarse a llorar. Y las crisis que ella había vivido le parecieron insignificantes en comparación con los sufrimientos de Jack.

—Habría querido mucho a ese hijo —contestó él, sin percibir el contacto—. Fuera su madre lo que fuera. No creo en la teoría de que, los pecados de los padres recaen en los hijos.

¿Y los pecados de los tíos?, se preguntó la chica. Tuvo el deseo de confesar por qué estaba allí; pero temió que él pensara que estaba empleando su pena para un fin egoísta. Lo cual podría ser cierto.

El se volvió, y la sorprendió.

—No pongas esa cara de tragedia, Eliza… Beth. Ya lloré todo eso, tiempo atrás. Ahora prefiero mirar hacia el futuro. ¿Y tú? ¿Ansias tú ese marido amoroso y esos hijos que tus tíos temen que nunca tendrás?

La contestación le pareció demasiado tonta como para expresarla en voz alta. Y cerró los ojos, dolorida.

—Algún día…

—Es una respuesta muy vaga, de una mujer que se precia de ser independiente y decidida. ¿Debo suponer que tus experiencias amorosas han sido tan amargas como la mía, y que tienes miedo de ser herida otra vez?

—No fue amor —protestó, incapaz de ocultar sus sentimientos

—. Yo era muy joven. A los diecinueve años, creí estar enamorada, pero no fue sino una atracción… física.

—¿Quién era él? ¿Un estudiante apasionado?

—No. Un hombre de más de treinta años. Uno de mis maestros.

—Claro. La figura paternal —afirmó con gravedad.

—Tampoco. Era muy guapo, muy sexy.

—¿Un buen amante?

Ella se ruborizó y se molestó por su atrevimiento.

—Hace tanto tiempo…

—Entonces, no lo era —Sugirió Jack, sonriendo con malicia—. No debo temer a las comparaciones. ¿Qué era? ¿Un casanova que no quería comprometerse?

Extrañamente, ya no le dolía recordarlo.

—No; definitivamente no era un casanova. Quería comprometerse, sí, pero con alguien menos… exuberante físicamente.

Los ojos de Jack brillaron… pero no la condenaban.

—Ahora entiendo. El es el responsable de tu actitud hacia tu propio cuerpo. Eras demasiado mujer, aun a esa edad, para él. Y para curar su vanidad herida, te hizo sentir vergüenza de tu sexualidad, te hizo dudar de la honestidad de tus propias emociones. ¿Cómo fuiste capaz de creerle?

Elizabeth se sintió incómoda. Jack lo hacía todo muy fácil; pero en realidad, no era así.

—A esa edad, mis sentimientos eran muy… intensos.

—Pero tus otros amantes…

—¡No todo el mundo va de cama en cama, como tú! —exclamó furiosa.

Reinó un brevísimo silencio, que él empleó para digerir las implicaciones de su respuesta.

—"De cama en cama", no es el concepto adecuado. ¿No será que estás celosa, chérie?

—Sí —respondió lanzándole una mirada llena de rabia.

El quedó impresionado por la sinceridad con que lo dijo. Luego, su sorpresa dio paso a una dulce satisfacción.

—No tienes por qué estarlo. Yo no soy mi hermano. Disfrutó el sexo, pero no en forma indiscriminada. Además, el dolor y la traición ejercen un deprimente influjo sobre mi libido. Anoche fue

la primera vez que estuve con una mujer en mucho tiempo.

—No quiero hablar de anoche —respondió ella en voz baja.

—Me lo imaginaba —declaró Jack, haciendo referencia a la indiferencia con que lo recibió esa mañana—. Pero quiero que sepas una cosa: estoy orgulloso de ser tu amante. Nunca he disfrutado tanto haciendo el amor como anoche, contigo.

Era el piropo más bello y más erótico que le habían dicho, y le llegó al fondo del corazón. Tal vez no fuese cierto, pero lo parecía.

—¿Quieres ver las galerías superiores? —preguntó Jack de pronto—. Tenemos una buena colección de impresionistas franceses…

—No he tenido tiempo de admirar la biblioteca —contestó ella.

—¿Qué es lo que tiene de especial?

—Nada —contestó reuniéndose con él en la puerta—. ¿Puedo venir luego, mientras tú almuerzas con tu abuelo?

—Tú y yo vamos a almorzar juntos en la terraza norte, después de que te enseñe la parte superior. Y si me hiciste caso y trajiste tu traje de baño, podremos nadar un rato.

—¿Vamos… voy a almorzar con tu abuelo yo también?

—No. El no se siente bien.

—Espero que no sea nada grave —expresó más preocupada por el hombre que subía por las escaleras, a su lado, que por su propio problema.

Era curioso, pero cada que hablaban de su abuelo, Jack tomaba un tono respetuoso que contrastaba con su imagen de hombre duro y cínico. La razón se la explicó él mismo durante el almuerzo.

Alain Saint Clair había sido miembro activo de la Resistencia Francesa. La Gestapo lo capturó y lo torturó. No le quedaron señales externas de la tortura, pero su salud quedó resentida; eso, y la tenacidad con que reconstruyó su fortuna, le debilitaron el corazón. Su esposa y su hijo murieron en un campo de concentración; y Alain puso todas sus esperanzas en su único yerno, el padre de Jack, quien resultó un magnífico hombre de negocios. Jack admitía estar contento de ser el segundo hijo; en su juventud estuvo un poco celoso de las atenciones que le dedicaban al primogénito, pero como adulto apreciaba más la libertad que le proporcionaba ser el hijo menor.

Al saber que el anciano sufría del corazón, Elizabeth se sintió

peor que nunca, pensando en la misión que la había llevado a la mansión. Porque aun si lograba entrevistarse con él a solas, temía el efecto que la noticia pudiera ejercer sobre su salud.

¿Qué iba a hacer? Sabía muy bien lo que debía hacer: decírselo todo, confiar en Jack; correr el riesgo de que su sentido innato de justicia fuese mayor que su ira y su disgusto… y esperar que fuese verdad lo que dijo sobre lo ocurrido la noche anterior, y que su recuerdo mitigase todo sentimiento de venganza o de castigo. Seguramente, Jack ya sabía que ella era incapaz de albergar maldad en su corazón.

Pero ella le había mentido desde el momento en que la conoció, por acción y por omisión. Sólo le dijo la verdad cuando se le acabaron las mentiras, y fue para seducirlo. También se mintió a sí misma al decirse que obraba en cumplimiento de un deber. La verdad era que estaba enamorada de él. Pero eso, Jack no lo iba a creer. Sobre todo, porque una vez había sido traicionado por la mujer a la que amó.

Aunque tal vez se mostrase más benévolo con una mujer que sólo era una aventura…

Se llevó la mano al cuello como si el collar que llevaba fuera un talismán contra la ira de su legítimo dueño.

—Jack, yo…

—No estás tomando anticonceptivos, ¿verdad?

Ella se le quedó mirando, sorprendida y temblorosa.

—Te lo preguntó porque creo que los amantes deben ser sinceros en esos asuntos —señaló con tranquilidad al tiempo que mordisqueaba un trozo de pina—. No has tenido relaciones con nadie durante varios años, por lo que supongo que tampoco tomas precauciones para no quedar embarazada.

No había pensado en eso, y todo lo que la rodeaba se transformó en una imagen imprevista e irreconocible… todo, menos el rostro moreno y amable de Jack.

—Yo no… no lo… nunca pensé…

—Afortunadamente, yo sí —la interrumpió, seleccionando otro trozo de fruta.

—¿Cómo?

—¿No recuerdas?

—No.

La experiencia de la noche anterior se había fundido en sólo una sensación de placer. Sólo con pensar en ella, volvía a sentir las mismas reacciones en diferentes partes del cuerpo.

—Pues no te preocupes —dijo con voz acariciadora—. Me alegró de haberlo hecho sin interrumpirte. Pero anoche te protegí, lo volveré a hacer esta noche y todas las noches siguientes… si es que quieres.

¡Que si quería!

—¿Está noche? —preguntó con voz ronca.

—Creo que estarás más cómoda aquí, que en el hotel. Y tendremos mayor intimidad.

Tardó un momento en darse cuenta de lo que eso significaba.

—¿Me estás pidiendo que me quede aquí?

—No te lo estoy pidiendo, te lo estoy diciendo. Ya me puse de acuerdo con mi abuelo, y dejé a una persona al tanto de mis responsabilidades en el hotel.

—Es que… es que no tengo qué ponerme —fue lo más coherente y, al mismo tiempo la más prosaica de las objeciones que se le ocurrió.

—Una perspectiva deliciosa, chérie —comentó él sonriendo como un pirata y haciendo arder su sangre—. Sin embargo, ya ordené que trajeran todas tus cosas aquí.

—¿Todas mis cosas? ¿Pues cuánto tiempo estaremos aquí?

—El que sea necesario, Eliza… Beth —respondió, sin hacer referencia a su tácita capitulación.

—¿Necesario para qué?

—Para que te des cuenta de que puedes confiar en mí.

¿Confiar con qué? ¿Con el cuerpo? ¿O con el corazón?

—Tienes mi pasaporte. Por lo tanto, debo confiar en ti.

Con gesto de prestidigitador, Jack sacó de un bolsillo el librito azul, y lo dejó sobre la mesa. El efecto que tuvo fue el deseado, pues la chica se quedó mirando el pasaporte, y luego lo miró a él, pero no tocó el documento.

—¿Quieres irte, Beth?

—¿De aquí?

—De aquí, de la isla… ¿quieres dejarme? —preguntó, como si fuera lo único importante.

—No… no lo sé —respondió palideciendo.

—Eludes la respuesta, como siempre —dijo él, aprovechando su vacilación—. Por lo tanto, responderé yo por ti. Tú no quieres irte. No puedes irte, porque aún no tienes lo que deseas. Y no se trata de lo que dijiste anoche, cuando trataste torpemente de seducirme. Es algo que tiene que ver con esta casa, con mi abuelo y con tus tíos y su librería. Por un momento me despistaste con tu ridícula misión detectivesca; pero siempre sentí que había algo más, algo más serio. Era obvio que querías introducirte en esta casa, y por eso decidí traerte, y por eso nos quedaremos aquí.

—Si fui tan torpe como dices, no comprendo que hayas sucumbido a mis malas artes —expresó la chica, sorprendida por el brutal ataque, justo en el momento en que empezaba a ser sincera con él.

—No quieras cobrarme los pecados de otro hombre, chérie. "Sucumbir", significa caer ante una fuerza abrumadora; en cuyo caso, creo que ambos sucumbimos. Además, yo estaba tan ávido de hacerte mía, que fui muy torpe.

Si aquello era torpeza, Elizabeth no podía imaginar lo que sería Jack haciendo el amor con toda la habilidad de la que era capaz.

—La noche de ayer terminó precisamente como pensé. Ya estaba cansado de esperar a que vencieras tu timidez. Y me encantó comprobar que no eres tímida en la cama; por el contrario, eres primitiva y generosa. Me gustó que encontraras placer en nuestra unión, me gustaron los sonidos que emitiste al perder el control y al sentir que llegabas al clímax…

—¡Jack! —exclamó francamente escandalizada.

—¿Qué? ¿Te parezco poco sutil, ma chère? Me ocultas muchas cosas, pero eso, gracias a Dios, no lo puedes ocultar. Y déjame que te diga una cosa: la pasión no es exclusiva de la cama. Deja eso para los profesores anticuados. Quédate y te demostraré que la pasión es un grito de victoria, no un murmullo avergonzado. Pase lo que pase entre nosotros, siempre nos quedará eso.

Aquello le sonó maravilloso a Elizabeth.

Sin embargo, tomó su pasaporte. El se movió en su silla, inquieto, y ella comprendió que no estaba tan seguro como pregonaba.

—Me quedaré —dijo al fin, en tono desafiante, pero luego añadió—: Aunque no por mucho tiempo.

No podía fijar una fecha para dar por terminada una aventura, pero, al contrario de su primer amor, no se iba a arrojar a los brazos de Jack pensando que todo era de color de rosa.

El pareció satisfecho con su fría respuesta y la trató con la misma ternura como si hubiera puesto el corazón a sus pies.

"Tal vez sea eso lo que acabo de hacer", pensó Elizabeth con tristeza.

Pasaron la tarde nadando y descansando. Antes de cenar, la chica fue a cambiarse de ropa y descubrió que su habitación estaba lejos de la de Jack.

—Debemos conservar las distancias, ma chére —murmuró él, frotándole la mejilla con un dedo—. Grandpére es anticuado a ese respecto. Ya ves: tenemos que cambiarnos para la cena; y si no estamos casados, debemos ir subrepticiamente a la habitación del otro.

—¿Sabe tu abuelo…?

—¿Qué somos amantes? No se lo dije, pero es un hombre muy inteligente. Con seguridad la forma musical en que pronuncié tu nombre le dio una pista de mis sentimientos.

Elizabeth deseó que le diera a ella una pista semejante. Lo único que ella deducía de la forma en que la trataba era que la consideraba una importante pieza de caza, conseguida tras larga persecución.

Al fin, Jack llamó a su puerta para acompañarla al comedor. Llevaba traje oscuro, y ella se alegró de haberse puesto el vestido verde botella que le daba un aspecto muy formal. Se hizo un peinado alto, aunque sabía que a él le gustaba más su cabello suelto; pero esa noche no quería ser obviamente seductora, esa noche quería ser ella, sólo ella.

—Tienes mucha clase, chérie: sencilla y muy hermosa —expresó él.

La tomó del brazo y la hizo bajar por la gran escalinata.

—Me alegro de que hoy no hayas querido impresionar a nadie. Si te hubieras puesto tu vestido de Mata Hari, me habría costado trabajo tratarte como la joven de buena familia que eres.

—¿Y si no quisiera ser tratada como joven de buena familia? —coqueteó.

—En ese caso, deberás esperar a que termine la cena —contestó

él con maliciosa sonrisa.

Elizabeth descubrió la razón de su poco acostumbrado comportamiento cuando entró en el comedor. Allí, sentado a la cabecera de la larga y bien pulida mesa, se hallaba un hombre.

Con un ademán cortesano, Jack la presentó con Alain Saint Clair, quien tomó la mano de la chica y se la llevó a los labios con una galantería superior a la de su nieto.

Sus ojos eran muy parecidos a los de Jack, pero más oscuros y penetrantes, Y ella temió que fueran capaces de adivinar lo que llevaba bajo el vestido. El temor de que los sirvientes lo descubrieran en su habitación fue superior al ligero riesgo de que Jack intentara desvestirla sin darle tiempo a quitárselo.

Se ruborizó al pensar en eso. Alain Saint Clair sonrió con picardía y dijo algo en francés, que hizo sonreír a su nieto. Elizabeth olvidó que había fingido no hablar francés y se dejó llevar por su ira. Por lo que Jack le había contado, ella esperaba que el abuelo fuera un aristócrata recto, tieso y digno, no aquel anciano malicioso.

—El que yo sea una ingénue a mi edad, monsieur, no quiere decir que haya sido ingéniux, ingeniosa, pero porque estoy acostumbrada a tratar con caballeros —declaró Elizabeth. Se sentó a la derecha del viejo y envolvió a ambos con una mirada desdeñosa—. Es posible que sea madura, pero no para ser recogida, sino para darles una lección de buena educación.

Se arrepintió en cuanto lo dijo. Pero Alain Saint Clair se echó a reír de un modo violento, considerando su estado de salud.

Jack, por su parte, comentó:

—Grandpére, no te dije que Eliza… Beth habla francés a la perfección. Posiblemente se deba a que ella olvidó mencionarlo. Pero me alegra, chérie, que hayas entendido lo que te he dicho en los momentos… menos caballerosos que he tenido contigo.

Eso también divirtió al viejo. Sin embargo, durante la cena, Elizabeth advirtió un rescoldo de antagonismo ente Jack y él, aunque eso no disminuía el afecto entre ellos. Era como si hubiesen discutido antes de la cena; y la chica se preguntó si habría sido ella el motivo de la discusión. Sin embargo, su aprensión despareció pronto al darse cuenta de que Jack se mostraba muy solícito con su abuelo ofreciéndose para cortarle la carne y recomendándole no

mezclar el vino con las medicinas que estaba tomando; al grado de que el viejo se molestó y le dijo que no pensaba morirse antes, nada más porque él quería recibir su herencia antes de tiempo. Esa respuesta aflojó la tensión y Jack se dedicó a flirtear con Elizabeth por encima del ramo de rosas que adornaba la mesa.

Aunque Alain Saint Clair hablaba inglés tan bien como su nieto, en diferencia a su edad, la conversación fue en francés. Y una vez que Elizabeth hizo a un lado su ira, disfrutó la velada plenamente. El viejo conocía de libros raros más que nadie y era firme en sus convicciones, por lo que la arrastró a algunas discusiones que pusieron de relieve la profunda emotividad que siempre procuraba ocultar.

No le costó ningún trabajo imaginarlo con sus tíos bebiendo brandy, y hablando de libros y de la decadencia del mundo, para llegar a la conclusión de que las generaciones modernas lo estaban conduciendo a la ruina por ignorar las advertencias de sus mayores.

Eran poco más de las once cuando Alain Saint Clair se levantó de la mesa.

—Creo que volveré a verla, ahora que ya conoce el camino —se inclinó para besarle la mano; luego añadió, dirigiéndose a su nieto —: Acompáñame a mi habitación, mon petit fils. No quiero molestar a André a esta hora; además, quiero hablar contigo.

Con un gesto, Jack le indicó a Elizabeth que esperara y ayudó a su abuelo a salir del comedor. Elizabeth se quedó contemplando su taza de café y oyendo los discretos murmullos de la servidumbre que retiraba el servicio.

Durante el tiempo que pasó esperando, llegó a una decisión; había comprobado que Alain Saint Clair no era el ogro que creyó, y desapareció el miedo que tenía de que acusara a sus tíos o incluso de que él sufriera un ataque al corazón al saber la verdad. A juzgar por lo que charlaron durante la cena, el viejo no confiaba en las autoridades, y si pensara en castigos, era un gran entendedor del corazón humano y poseía un diabólico sentido del humor, por lo que seguramente consideraría todo como un suceso divertido, al comprobar que en realidad no había perdido nada.

En cuanto a Jack la chica se mostraba optimista… tal vez demasiado optimista. Se iba a sentir aliviado al descubrir, que lo que ella se proponía al entrar a la mansión, no era más que el deseo

de reparar el daño. Cuando mucho, ordenaría que se realizará un inventario completo de las pertenencias de su abuelo, para asegurarse de que no hubiera habido otro descuido… si es que se trataba de un descuido.

Claro que esa no sería su primera reacción. Ella ya había comprobado que bajo su aspecto serio y disciplinado se escondía un temperamento volátil. Creyó que lo mejor sería pedirle al abuelo que hablara con él, y esperar a que la aguas se calmaran antes de enfrentarlo.

De pronto, las puertas del comedor se abrieron y Jack entró furioso.

—¡Eres una ladrona! —exclamó—. ¡Una vulgar ladrona!

Le tomó los brazos y se inclinó sobre ella, obligándola a apoyarse en la mesa para no caer. Ella lo miró con horror. Entonces Jack le puso las manos en el cuello, y sus ojos se convirtieron en dagas de plata que la apuñalaron con su desprecio.

—¿Tienes miedo, chérie? Estoy a punto de ceder a mis instintos más primitivos. ¡Qué bien me engañaste! —añadió una obscenidad en francés que la hizo estremecerse—. Te hiciste la inocente y vulnerable, cuando en realidad eres astuta y dura como una prostituta. Porque eso eres para mí, una prostituta mentirosa y artera. Ya sospechaba algo, pero quería creer que eras una mujer íntegra. ¡Me usaste! Me usaste para llegar a donde te proponías. Te habrías acostado con mi abuelo también, ¿verdad? Sólo que él no es tan crédulo como yo. Pero no te saldrás con la tuya, zorra. ¡Dime dónde está! Dime qué hiciste con La fleche de Saint Clair.

Capítulo 10

LA Fleche de Saint Clair? ¿A qué te refieres? —inquirió en un susurro que no hizo más que avivar su cólera. Aplicando mayor presión a su cuello, Jack la empujó sobre la mesa.

—No te hagas la tonta. Me refiero al collar. No me mires con expresión asustada, porque nada te dará resultado. ¡Pero esto sí!

"Esto", fue un golpe que dio sobre la mesa. Un momento después, le mostró el libro falso que ella, tan bien conocía.

—¿En dónde está? —preguntó salvajemente.

—Te lo diré cuando me sueltes —contestó Elizabeth, tratando de reunir todo su valor—. Te lo explicaré todo.

—No lo dudo. Pero será mentira —repuso él, acercándosele cuanto pudo y habló con una suavidad letal—. Si sabes lo que es La Fleche, es porque la conoces. Y se trata de lo único que mi abuelo pudo salvar de los nazis que intentaron borrar a los Saint Clair de la faz de la tierra. Ese collar está en la familia desde el Siglo diecisiete; es nuestro único contacto con el pasado y nuestra esperanza para el futuro. La única forma de venderlo consiste en desengarzar las piedras y ofrecerlas por separado. ¿O qué pensabas? ¿Pedir rescate a la compañía de seguros?

—Por favor, Jack… Yo no robé nada…

La mano del hombre le impidió seguir hablando.

—¡Mentira! Esto lo encontré en tu habitación. Con razón te sobresaltaste cuando te encontré en la biblioteca esta mañana. Casi te sorprendí robando, ¿verdad? Yo sabía que me ocultabas algo, ¡lo sabía! Pero creí que se trataba de algo inocente, como pedir a Grandpére que te vendiera algunos libros, o interrogarlo sobre la procedencia de alguno de los que les vendió a tus tíos…

—No robé el collar, Jack —insistió ella, con un hilo de voz—.

¡Estoy tratando de devolverlo!

El rostro del hombre adquirió un tono oscuro y sus labios se distendieron en una burda imitación de sonrisa.

—¿Crees que soy tonto? —preguntó con fiereza, apoyándose sobre su cuerpo arqueado.

—No. Jack, te estoy diciendo la verdad.

—¡Ja!

El seguía aplicando presión. Elizabeth estaba a punto de estallar en sollozos, pero no quiso darle el gusto de verla llorar, además, pensaría que estaba tratando de ablandarlo.

—Te prometo que es verdad —murmuró con dificultad—. El collar y esos libros llegaron con los que compraron mis tíos. Debió empacarlos alguien que no sabía lo que hacía. Mis tíos pensaron que serían acusados de robo…

—¿Por qué, si eran inocentes? —preguntó él, implacable—. Si hubieran regresado todo, Grandpére se habría mostrado agradecido.

Elizabeth se dispuso a confesar toda la verdad.

—Mi tío Seymour es viejo y ama las cosas bellas; y como no se lo estaban reclamando, quiso disfrutarlo un poco… Nunca pensó en quedarse con el collar y los libros; trataron de comunicarse con tu abuelo por teléfono y por correo, pero nunca obtuvieron respuesta. Tampoco podían devolver el collar por correo, así que me ofrecí a venir y dar una disculpa.

—Quisiste aprovechar que venías a Ile de Faucons en una misión de espía —afirmó él con incredulidad.

La presión en su cuello disminuyó de modo apenas perceptible.

—Fue al revés —se apresuró a decir, esperando que lo peor ya hubiese pasado—. Anoche te expliqué eso. Mi tío me lo encomendó en el aeropuerto, en el último momento. Yo no sabía que los Hawkwood y los Saint Clair fueran la misma familia, ni sí habían descubierto la desaparición del collar. Tenía que saber cuál era la situación antes de decir algo. Por eso quise conocer a tu abuelo antes. Por favor, quítate. Me estás lastimando.

Se equivocó al pensar que Jack se suavizaba. Por el contrario, el cuerpo masculino se apoyó con más fuerza en el suyo, afirmando su dominio. Y sus ojos, fríos y grises como cenizas apagadas, contrastaron con la tensión ardiente que hinchaba sus músculos.

—¿Crees que no me has lastimado con tu sarta de mentiras?

¿Crees que estaba atrapado por tus encantos, y que iba a creer cuanto me dijeras?

Su descripción de lo ocurrido le parecía absurdo aun a ella; y como en parte se sentía culpable, perdió la confianza. Se dio cuenta de que estaba pagando el precio de dos crímenes, a pesar de que el segundo no lo había cometido ella. Para Jack, la traicionera Zenobia y ella eran una sola mujer; no le fue posible vengarse de aquella, pero Elizabeth estaba ahora en su poder.

—Llama a mi tío Miles y pregúntale —propuso la chica, tratando nuevamente de controlar las lágrimas.

—Tu tío mentirá para salvarte. ¿Fue él quien te habló del collar, y te dijo cómo apoderarte de él?

—¡No seas ridículo! Tiene setenta y dos años.

—Eso nada tiene que ver.

—Ya sé que mi tío Seymour obró mal, pero no tuvo la intención de robar. Es un hombre muy bueno… ¿Qué vas a hacer? No te dejes llevar por mis errores. Mis tíos se van a horrorizar por lo ocurrido.

—Por lo que hiciste.

—Pero ¿qué he hecho?

—Vender tu cuerpo para entrar en la mansión Saint Clair.

—¡No te atrevas a decir eso! —exclamó ella con fiereza, negándose a reducir la experiencia de la noche anterior a su nivel físico más bajo.

—Si hiciste todo esto para devolver el collar, ¿por qué no se lo diste a mi abuelo?

Porque esa noche era para ella algo mágico, algo semejante a un trozo de cielo. Fue aceptada en su casa… elogiada, admirada, deseada… Porque quiso compartir con él la mesa y la cama, porque tenía la agridulce sensación de amarlo… y porque esa noche podría ser lo único que pudiera quedarle de Jack. Porque quiso que esa noche fuera perfecta.

—No supe que lo iba a conocer —dijo a la defensiva—. No estaba preparada… Dijiste que estaba enfermo. No… pude decírselo durante la cena y preferí esperar hasta mañana.

—Claro. Esperar a que yo estuviera fuera de aquí, para poder endilgarle tu cuento.

—El collar es de tu abuelo, no tuyo. Es él quien debe decidir lo que hay que hacer —la desesperanza la hizo perder el control y

añadió—: Por favor, quítate. No puedo ni pensar cuando estás encima de mí.

—Conozco lo que es eso, chérie —por primera vez, en sus ojos apareció un rayo de luz; pero piedad, no. Jack se incorporó, mas con los muslos siguió aprisionando los de la chica y puso las manos sobre sus hombros doloridos.

—¿En dónde está el collar? —quiso saber—. Debe estar en algún lugar de la casa. En tu habitación no lo encontré.

Había buscado entre sus cosas. Ese pensamiento la hizo sentir que había invadido su intimidad, violentando sus derechos… aunque eso no debía ser más que un pálido reflejo de lo que él sentía.

—¿A qué fuiste a mi habitación? —preguntó temblorosa, desconfiando de la tranquilidad que mostraba Jack.

—Irónicamente, fui a dejar un regalo de mi abuelo para ti —contestó con sequedad—. Una edición poco común de poesía del Siglo diecisiete, que le pareció un regalo apropiado por tan "vehemente inteligencia" como la tuya.

—Y aprovechaste para examinar mis cosas —expresó ella con amargura—. ¿No dijiste que creías en mi integridad?

—Creía —enfatizó; y una nueva llama brilló en sus ojos plateados—. Pero entonces vi los libros que te trajiste para leer, allí, en la mesita de noche. ¿Qué pensaste, ma petite voleuse? ¿Quisiste probar la teoría de Edgar Allan Poe de que no hay mejor forma de ocultar algo que dejarlo a la vista?

—No estaban a la vista, sino en mi maleta —repuso Elizabeth.

Al abrir su maleta, ella había envuelto el precioso cargamento en su ropa íntima.

—Si quieres seguir con tu carrera de ladrona de alta escuela —dijo él con malicia—… lo primero que tienes que hacer es aprender las costumbres de los aristócratas. Y la primera es que las sirvientas son quienes abren las maletas.

Las manos de Jack se tensaron sobre sus hombros. El la sacudió con fuerza; la tranquilidad no era más que el ojo del huracán.

—No me hagas perder más tiempo. ¿En dónde está el collar?

Elizabeth creyó saber cuál sería su reacción, pero estaba equivocada. ¿Cómo imaginar un rechazo de tal magnitud? La chica nunca había sufrido un dolor semejante; era como si estuviera vacía

de todo sentimiento, y sólo le quedara la certeza de haberlo herido. Ahora, él no le permitiría acercársele de nuevo. Si le dijera que lo amaba, se reiría en su cara… y lo peor era que la chica no tenía a quien echarle la culpa, sólo a sí misma. El no quería otro amor fingido. Se sintió perdida al pensar que la trataba como a un criminal, y que no quedaba posibilidad de reconciliación entre ellos.

—Lo llevo puesto —murmuró al fin.

La reacción de Jack fue dramática: se puso rígido y se separó de ella, como si le hubiera dicho que tenía una enfermedad contagiosa. En su rostro apareció una expresión extraña, mezcla de asombro y de fascinación.

—¿Qué dices?

—Que lo llevo puesto —repitió desconcertada—. Era el lugar más seguro. En el hotel, lo dejaba en la caja de seguridad, pero al venir aquí, pensé que era mejor ponérmelo que llevarlo en una bolsa que me podían robar. Los libros, sí, porque casi nadie conoce su valor. Pero una joya…

—¿Te lo has puesto antes de hoy? —la interrumpió Jack.

—Un par de veces —repuso la chica. Se llevó la mano al pecho. Jack la siguió con los ojos y musitó algo que parecía una oración profana en francés.

—También lo llevaba puesto en el avión, cuando nos conocimos —declaró Elizabeth, desafiante. Era mejor confesarlo todo, aun los crímenes que desconocía.

—Mon Dieu, a ti te gusta vivir peligrosamente —sus ojos brillaban con extraña intensidad.

—Nadie lo ha visto —instintivamente se defendió de su sedoso murmullo—. Siempre que lo llevo, me pongo algo que me cubra el pecho.

—Pero lo llevas al cuello… Lo usas.

Jack levantó la cabeza de repente. La luz dio de lleno en sus ojos, y ella pudo advertir un rayo de satisfacción, como el de un halcón que se prepara a matar.

—Déjame verlo —exigió.

—Aquí no puedo dártelo —respondió ella, sin separar la mano del pecho—. Tendría que quitarme el vestido…

—No quiero que me lo des, quiero verte usando el collar —¡se echó a reír a carcajadas! Fue como si una bomba estallara en el

silencioso comedor, y antes de que Elizabeth pudiera reaccionar, él la tomó por un brazo y la arrastró al vestíbulo.

—¿Qué haces? ¡Ya te dije que te lo voy a dar!

Pero él la obligó a subir a toda prisa por la escalera. Cuando llegaron ante la puerta de su habitación, la chica respiraba con dificultad por el miedo y la excitación.

—No es necesario… —empezó a decir ella.

Jack, aún tirando de la chica, pasó de largo, llegó al final del pasillo y dio la media vuelta.

—Por supuesto que lo es, chérie. C' est le son.

¿El Destino? Elizabeth lo consideraba un luchador, no un fatalista.

Subieron por unos escalones, doblaron en una esquina, hasta que llegaron a una habitación oscura. Cuando se hizo la luz, vio a Jack apoyado contra la puerta que acababa de cerrar, mirándola, como poseído por una emoción feroz y triunfal.

—Enséñamelo —le ordenó y permaneció inmóvil, con las piernas ligeramente separadas y los brazos a los lados del cuerpo; el vivo retrato de un hombre presto a explotar en una acción violenta. Elizabeth apartó la vista de aquella imagen de arrogancia masculina y se dio cuenta de que se hallaba en el dormitorio de Jack; en su terreno, sujeta a sus reglas…

De pronto, sintió que Jack deslizaba la cremallera de su vestido y los hombros de la prenda cayeron sobre los brazos. Se volvió rápidamente, sujetándose el vestido sobre el pecho.

—¡Jack!

Los ojos de Jack estaban fijos en el collar que se alcanzaba a ver bajo la tela. Estaba tenso, pero era una tensión diferente. El deseo de posesión se mezclaba con una ternura salvaje que fue un bálsamo para las heridas que ella misma se había causado. Un momento después desapareció el temor de que Jack intentara violentarla físicamente como una forma de venganza, pues él sabía que ella estaba dispuesta a darle lo que le pidiera; que necesitaba pagar, aunque fuera parcialmente, su pecado de traición.

El tiró del vestido y lo hizo bajar más y más…

—Quiero verlo —dijo, en un susurro que afectó los sentidos de Elizabeth.

Jack se quedó mirando los reflejos de la luz en el oro, en los

rubíes y en los diamantes. Entrecerró los párpados y Elizabeth tuvo la impresión de que la estudiaba con los ojos de un conocedor, no con los de un amante apasionado.

La chica suspiró y sus senos temblaron, haciendo cambiar el brillo de las piedras.

—Te queda muy bien —alargó una mano y tocó la piedra central, un rubí oval que pendía de un abanico de eslabones de oro. Lo apretó suavemente hasta hundirlo en la blanca carne, y luego siguió con los dedos el contorno de la cadena alrededor del cuello.

—¿Sabes por qué se llama La Fléche? —preguntó, acercándose para contemplar la joya—. Porque estas flechitas que tiene aquí apuntan hacia abajo, hacia el corazón secreto de la mujer. Durante los últimos trescientos años, muchas mujeres han lucido esta joya ante sus esposos. Es como un ritual. Y los hombres de la familia Saint Clair también tienen su parte en este ritual secreto.

El dedo masculino bajó por la cadena, siguió el contorno del seno izquierdo rozando el encaje que lo cubría, se deslizó por un costado y llegó hasta la V entre sus piernas.

—La misión de los hombres Saint Clair es traspasar el cuerpo de su mujer con la fecha de la posesión. Y si ella lleva con orgullo este collar, no podrá escapar de su destino.

—No… no comprendo —murmuró Elizabeth.

El sonrió, y le hizo una leve caricia que la hizo estremecerse.

—Ya lo comprenderás —dijo.

—Todavía estás enfadado.

—Sí. Pero eso añadirá un elemento diferente, que lo hará más estimulante para ambos, ¿no te parece? —con un dedo la acarició por debajo del sostén y ella se sintió desfallecer. Cuando lo retiró, Elizabeth se sintió vacía; abandonada.

—No…

El no comprendió lo que quería decirle. La obligó a levantar la barbilla, y ella vio toda la fuerza de su masculinidad en un rostro tenso por el deseo apenas controlado.

—Sí, Elizabeth. Por más que lo niegues, posees los instintos del jugador. Hay en ti mucho de temerario; que tú confundes con obstinación. Lo sé, porque yo soy igual. Te arriesgaste al venir a mi isla, como un jugador; te arriesgaste al espiarme y al provocarme con tus inconsistencias; y te volviste a arriesgar cuando me dejaste

poseer tu cuerpo con tanto entusiasmo, y después actuaste como si nada hubiera pasado. Pero sobre todo, ma chére, te arriesgaste al venir aquí y creer que te dejaría ir como si nada —acarició el lacito de seda en el centro de su sostén y la miró a los ojos. Ambos contuvieron la respiración cuando el broche se abrió—. Ahora vas a correr un riesgo mayor que todos esos, chérie —sin apartar la vista, tomó los senos con las manos y los acarició suavemente—. El riesgo de que yo sea más honesto contigo de lo que tú has sido conmigo.

—Jack…

—No quiero hablar —bajó la vista para ver lo que sus manos habían hecho. Los senos estaban hinchados, y las venas destacaban azules contra la blancura de su piel, mientras que los pezones se habían convertido en dos puntas duras y oscuras.

—Mi abuelo tiene razón. Estás madura… ¿Verdad, chérie, que estás madura aunque no lo sepas?

Puso la boca donde sus manos estuvieron y ella gimió, tratando de liberar los brazos de su prisión de tela. Entonces, él se apartó.

—Esta vez lo haremos despacio, ma chére. Será la primera vez que lo hagas así, y tal vez te sientas atemorizada.

La fiereza había desaparecido. Sólo quedaba la ternura, y Elizabeth estaba más desconcertada que nunca.

—No te entiendo.

Jack respondió quitándose la chaqueta, la corbata, la camisa y las arrojó al suelo. Luego señaló:

—Es la primera vez en mi cama.

Pasó el brazo por la cintura de ella y bajó totalmente la cremallera. Su pecho velludo rozó los pezones, haciendo que los senos le dolieran. Luego la ayudó a quitarse el vestido, cuidando de no tocarla con las manos, y lo arrojó al suelo, junto a su ropa. El sostén estaba desabrochado, y se deslizó al suelo. El se desnudó antes que ella, y no le permitió quitarse la pantaleta ni el pesado collar.

Estaba excitado y con cada movimiento se excitaba más, hasta que todos los músculos de su cuerpo se tensaron con el esfuerzo que hacía para controlarse, pero ni aún así la apresuró.

Elizabeth se hallaba maravillada, casi febril, al comprobar que el hombre que minutos antes amenazó matarla, se había convertido en un dios tierno y dulce; pero decidió aceptar el inesperado regalo y

buscar los motivos al día siguiente.

El estaba fascinado por el collar que descansaba sobre el pecho de la chica. La hizo volverse y arquearse para admirar la forma en que el pendiente se deslizaba sobre su blanca piel. Luego la llevó a la cama, se inclinó sobre ella y empezó a besarla y acariciarla, murmurando algo acerca del contraste entre la carne cálida y suave y el duro y frío metal. Besó y acarició su pelo hasta soltarlo en oscuras cortinas que se extendieron sobre la blanca almohada. Deslizó las manos por sus costados, pronunciando palabras eróticas de deseo, jugó con el encaje de su ropa íntima hasta que, incapaz de contener el ansia de disfrutar su cuerpo plenamente, rasgó la prenda. Acarició los senos con boca y manos hasta dejarla dolorida; su lengua se posó tantas veces en los pezones que los dejó brillantes, como los rubíes del pendiente. También acarició su vientre ligeramente redondo; lo besó y murmuró palabras de pasión sobre la piel. Le separó las piernas y también ahí prodigó alabanzas, hasta hacer que ella se agitara voluptuosamente sobre las sábanas.

Elizabeth creyó conocerlo como amante, pero en esa ocasión Jack le demostró cuán equivocada estaba. El dominó y condujo su ansiedad con habilidad y determinación hasta el punto de que el simple roce de sus labios se convirtió en un deleite increíble. Y con los labios, Jack la recorrió lánguidamente, hasta probar su femineidad. Llegó el momento en que la chica no pudo contener sus sensaciones y explotó en una agonía de placer; agitándose febrilmente bajo el cuerpo masculino. Entonces, él la sujetó por la cadera y la hundió en el suave colchón con un espasmo que la hizo arquearse, obligándolo a emitir un grito de salvaje victoria.

Después, cuando la chica ya descansaba en sus brazos tratando de recuperar la respiración que él le arrebató, Jack se apoyó en un codo y tocó el collar que ella todavía llevaba puesto.

—Hay una leyenda relacionada con el uso de este collar… una leyenda que nosotros aceptamos como verdadera. Como esto —añadió, tocándose el pendiente que usaba en la oreja—… que proviene de la otra parte de mi familia y que consideramos el símbolo de la suerte que tienen los Hawkwood para lograr sus metas.

—¿Sí? —dijo Elizabeth y se tensó ante la satisfacción que había en la voz de Jack.

—¿Quieres saber de qué se trata? —sus ojos prometían revelar todos sus secretos—. Desde que el collar fue hecho; como regalo de compromiso, de un Saint Clair para su futura esposa, esta joya ha ejercido un peculiar poder sobre las mujeres que lo usan.

—Sobre mí no ejerce ningún poder. Es más, ni siquiera me gusta —declaró Elizabeth con sinceridad.

—Es que apenas le hemos dado oportunidad de que empiece a ejercer su poder sobre ti.

Ella se sentó, percibiendo una señal de peligro. Jack, por el contrario, se dejó caer sobre la almohada.

—El vuelo de la flecha termina en un recipiente. Y tú acabas de llenar el tuyo.

Elizabeth tardó un momento en darse cuenta del significado de sus palabras.

—Quieres decir que…

—Que el collar es un poderoso amuleto de fertilidad. La mujer que haga el amor con un Saint Clair mientras lleva puesto el collar; dará a luz un hijo varón.

Elizabeth se levantó cubriéndose con las sábanas.

—¡Eso es ridículo! —exclamó—. Una superstición absurda. ¿No me dirás que crees en eso?

—Esta noche todos tenemos historias absurdas que contar —replicó Jack con suavidad—. Podrás considerarlo una superstición, pero durante trescientos años el collar no ha fallado una sola vez, ni siquiera con mujeres consideradas estériles. Esta vez no empleé condón. No tenía objeto. Tu embarazo era inevitable desde el momento en que te hice mía.

Elizabeth trató desesperadamente de desabrochar el collar; al mismo tiempo, trataba de cubrirse los senos con la sábana. No pudo lograr ninguna de las dos cosas, y terminó arrodillada ante Jack en una pose que lo hizo sonreír con aprobación.

—¡Quítame esto, por favor! —gritó. Se volvió y él le acarició la espalda con una serie de besos. Luego se levantó y lentamente procedió a desprender el collar de los cabellos con los que estaba enredado.

—Ya es demasiado tarde, Eliza… Beth. Tu vientre no tardará en crecer por efecto de la semilla que deposité en él; y tendrás un bebé, que recibirá vida durante el proceso de su creación; del lugar

donde yo recibí placer —expresó Jack contemplando, por encima de un hombro de la chica; los senos, que mostraban las marcas rojas que dejó el juego amoroso.

—Lo dices para asustarme, para castigarme por herir tu estúpido orgullo masculino —lo acusó.

El collar se desprendió de su cuello y cayó sobre las sábanas. Elizabeth se levantó con rapidez, ansiosa por librarse de la cruel tortura.

—¿Sería un castigo para ti tener un hijo mío?

—¡Sí! ¡Sí! —gritó, sin poder controlarse. Mintió, porque odiaba la forma en que había tomado venganza. Estaba dispuesta a olvidar que no hubiese empleado ningún anticonceptivo, ya que ella tampoco lo hizo; pero no podía perdonarle que se ufanara de haberla hecho concebir un hijo ilegítimo y no planeado—. ¡Te odio! —lo increpó—. Y antes que tener un hijo tuyo preferiría… preferiría…

—¿Qué cosa? —preguntó con voz dura y cortante, al tiempo que abandonó la cama para enfrentarla con toda su masculinidad—. Beth…

Ella no quiso dejarse engañar por el tono que percibió en su voz.

—Eres un enfermo. No mereces tener un hijo. Y menos que nadie, de mí.

Fue el mayor insulto que le vino a la mente. Quería decirle que preferiría hacerse un legrado, pero no se atrevió. Nunca se atrevería a matar a un hijo de ambos. Sería ilegítimo, pero lo deseaba y lo iba a querer. Pero no iba a darle la satisfacción de decírselo.

—¡Es una superstición tonta! —exclamó, fuera de control—. Pero si en verdad quedara embarazada, tú no lo sabrías nunca, porque me iría al fin del mundo antes de permitir que te acercaras al niño. Y jamás le diré a él que su padre fue un demonio sin alma.

Capítulo 11

CONQUE este es el fin del mundo… Elizabeth estaba sentada en lo alto de una desvencijada escalera de la librería, cuando oyó aquellas palabras. Sobresaltada miró hacia abajo, y se topó con ese rostro, que no había visto en casi un mes, mejor dicho, veintiocho larguísimos días que parecían no tener fin.

—¿Q… qué haces aquí? —preguntó. Pensó que se trataba de otra alucinación; en todo ese tiempo, en cuanto veía una cabeza oscura, creía que se trataba de un atractivo francés con sonrisa de hielo y corazón de metal.

—¿A dónde más puede ir un demonio sin alma, si no a vagar por las profundidades del purgatorio?

Por lo visto, recordaba todo lo sucedido aquella noche. ¡Mejor! Ella tampoco lo había olvidado y por desgracia, también recordaba que no todo había sido horrible.

—En realidad, vengo con una misión de mi abuelo.

Las manos de la chica se crisparon sobre los catálogos que tenía en su regazo. No podía creer que el viejo fuera tan cruel. El conocía sus sentimientos por Jack; sabía que lo odiaba, y que él la despreciaba. Con esas mismas palabras ella se lo dijo a Alain Saint Clair, aquella madrugada que se introdujo en su habitación a la fuerza, desobedeciendo las órdenes del sirviente.

Después de escuchar su historia, Alain Saint Clair le dio las gracias por devolverle sus propiedades a costa de tantos problemas, y tranquilamente, le ordenó a André que llevara a la chica en helicóptero, al aeropuerto de Tontoua y que allí le consiguiera un vuelo hacia Auckland.

Después de separarse de Jack permaneció varias horas tendida en su cama, sin dormir, temiendo que la puerta saltara en pedazos,

pensando en los hijos que Jack le iba a robar. Por eso, la actitud del viejo la sorprendió y le agradó.

Una vez en el aeropuerto, temió ser detenida y custodiada hasta que llegara Jack y se la llevara de nuevo. Pero el nombre de Alain Saint Clair era mágico y bajo su conjuro pasó sin problemas por la Aduana y llegó al avión en un momento.

Se llevaba el consuelo de haber completado su misión, y la seguridad de que sus tíos no sufrirían ningún daño por lo ocurrido. En lo referente a ella, no estaba muy segura.

Ahora, Elizabeth hacía un esfuerzo para ser civilizada, cuando lo que quería era despedazar a Jack. Alguna vez creyó amarlo, ¿pero cómo se puede amar a semejante monstruo? ¿Cómo tomar decisiones correctas, si en cuanto la tocaba se veía poseída por sentimientos y deseos que era incapaz de controlar? La idea de ser dominada sexualmente por un hombre que la despreciaba le parecía más repulsiva que la de convertirse en ninfomaníaca.

—Le escribí a tu abuelo para decirle que no haríamos más negocios con él… —empezó a decir.

—Lo sé. Eso le causó una gran desilusión y espera que yo te haga cambiar de idea.

—Nunca cambio de idea —proclamó la chica, olvidando que desde que regresó de sus vacaciones se mostraba indecisa hasta en lo que iba a comer.

Elizabeth había perdido unos kilos desde su regreso; pero su malla de color oscuro y su grueso sweater la hacían parecer un poco más llena. El pelo lo llevaba recogido en un moño y eso la hacía sentirse terrible. En cambio, él parecía esbelto y guapo; aun con la gabardina que llevaba puesta.

—Hazme el favor de bajar y hablar conmigo, Eliza… Beth.

Hacía tanto tiempo que nadie la llamaba así… Las lágrimas le llenaron los ojos. Se emocionaba muy fácilmente en esos días, y sus tíos estaban preocupados por ello; caminaban alrededor de ella de puntillas, como si fuera una inválida o como si estuviese loca. Y tal vez lo estuviera, porque lo único que quería hacer en ese momento era bajar por la escalera y arrojarse a los brazos de Jack. Sin embargo, contestó:

—¡No!

—Lástima.

—¿Por qué?

—Porque yo quiero hablar contigo sobre algo, Eliza… Beth…

Su voz era cálida y suave, lo cual le pareció injusto, pues Jack no era ni lo uno ni lo otro.

—¿Qué? —repuso ella, mirándolo con ira.

El la miró y cruzó los brazos. Luego, al tiempo que un cliente entraba en la tienda, le preguntó:

—¿Ya menstruaste este mes?

Varias personas voltearon hacia ellos, y la escalera se balanceó peligrosamente. Ella gritó y trató de sujetarse; los catálogos cayeron al suelo y un momento después la chica se hallaba en donde quería estar; en los brazos de Jack…

—¿Por qué subes a escaleras altas, si sufres de vértigo, chérie?

Ella se estremeció al sentir su cuerpo, y una suave calidez le invadió el corazón.

—No fue el vértigo lo que me hizo caer —dijo ella, poniendo los pies en el suelo—. Fuiste tú. ¿Cómo te atreves a preguntarme una cosa así, aquí, en la tienda?

—No creí que aceptaras verme en otro lado —respondió él con una timidez que ella no pudo aceptar.

Al mismo tiempo, Jack le acomodó unos mechones, que escapaban del moño.

—No me…

—No puedo evitar tocarte. Llevo semanas añorándote.

—Pues de aflorarme, porque no estoy embarazada.

El miró su cintura, que estaba oculta por el voluminoso suéter.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que lo estoy —respondió ella y levantó la prenda para que Jack pudiera ver su esbeltez—. Convéncete.

—Es muy pronto todavía —afirmó él, bajándole el suéter.

—Pues te aseguro que no estoy embarazada —insistió la chica y se ruborizó al percibir la curiosidad con que un cliente la miraba. Jack se volvió y le lanzó al hombre una mirada tan dura que el hombre salió huyendo.

—¡Mira lo que has hecho!—lo recriminó Elizabeth—. Tal vez iba a comprar algo.

—No me cambies el tema.

—Ya te dije que no estoy embarazada. ¿Cuántas veces tendré

que repetirlo para que me creas?

—Nunca lo creeré —su mirada estaba tranquila, pero sus manos no. Y cuando se llevó una mano a la cabeza para alisarse el pelo, ella se dio cuenta de que era el primer gesto de nerviosismo que lo veía hacer—. Tendré que quedarme en Auckland hasta asegurarme.

—¿Cuánto tiempo necesitas para convencerte? —inquirió ella, tratando de ocultar el gusto que la noticia le producía—. ¿Hasta fin de mes, hasta fin de año? ¿Cuánto tiempo necesitas para darte cuenta de que eso es una superstición?

—¡No lo es! Te lo dije porque me molestó que no tuvieras fe…

—¿Yo? —lo interrumpió la chica.

—…y perdí el control. No quise lastimarte; únicamente darte una lección. Pero yo fui quien aprendió una dolorosa verdad. Grandpére me hizo ver que todo era cuestión de prioridades; y que las tuyas eran tan importantes para ti como las mías lo eran para mí. Me embriagaste al hacerme sentir poderoso, chérie. Cuando estoy cerca de ti, mis emociones se tornan incontrolables. Me haces vulnerable, y eso no me agrada. A tu lado, empiezo a hacer bromas, a ser cínico, a portarme como un macho.

Sus ojos brillaron con diversión al percibir la reacción de la chica.

—Cuando estamos frente a frente, tú y yo echamos chispas; y nos arañamos y nos mordemos, cuando lo que en realidad queremos es amarnos y besarnos. Si te provoqué, es porque estaba seguro de que la reconciliación sería dulcísima. Y para demostrarte mi buena voluntad, te he traído…

—¿Qué cosa?

Jack metió la mano en el bolsillo y sacó un objeto brillante.

—¿Has ido por la calle con eso en el bolsillo? —preguntó Elizabeth, incrédula, tratando de obligarlo a que guardara la joya—. ¡Pudieron asaltarte! Tú debes saber lo que es la falta de seguridad en…

—Sin ti, no me interesa la seguridad. Ten. Es para ti —lo puso en su mano, que luego cerró cariñosamente—. La próxima vez que te lo pongas, sabré que me has perdonado.

—¿La próxima vez…? —murmuró, sintiendo que se desmayaría en cuanto rozó su mano.

—Siempre habrá una próxima vez para nosotros, chérie. Si es

que tú quieres, claro. Tú estabas demasiado insegura; y yo, demasiado seguro. Te exigí confianza antes de que estuvieras preparada a otorgarla. Yo estaba seguro de que quería pasar mi vida a tu lado, tener hijos contigo; y como un niño, decidí tomar lo que deseaba. Fui demasiado ambicioso. Esta vez lo haremos todo despacio.

—¿Despacio?

Elizabeth se quedó mirando el objeto que tenía en la mano, y se dio cuenta de lo que le había costado a aquel hombre orgulloso reconocer sus faltas. Incluso admitió que ella también había dejado que el orgullo se interpusiera entre ellos; y su falta de confianza en sí misma la hizo creer que un hombre como ese nunca podría amarla. Miró la fina línea de su boca, los ojos grises y de pronto empezó a sonreír, porque supo que no tenía que esforzarse para saber lo que pensaba, porque adivinaba lo que sucedía dentro de aquella hermosa cabeza. Conocía a Jack mejor de lo que imaginaba.

También para Jack era un riesgo; pero si había llegado tan lejos, no era porque tuviera muchas probabilidades de perder; estaba disfrutando aquella batalla, estaba esperando la victoria. Jack Hawkwood no era un hombre que despreciara a un oponente; primero se había tranquilizado, luego, había examinado él problema y el comportamiento de la chica; y cuando entró en la tienda notó que los ojos de Elizabeth explotaban de alegría.

—¿Qué tan despacio?

—Como tú lo marques, chérie —prometió él en un tono que la dejó sin aliento.

Mentiroso, lo acusó en silencio.

—Te quiero, te acabo de dar un regalo de compromiso. Si tú me quieres, lo usarás, y…

—¿Y…?

—Y te casarás conmigo.

Los ojos de Elizabeth se ensombrecieron y él añadió:

—O harás el amor conmigo en mi hotel hasta que quedes embarazada. Y tus tíos vendrán a amenazarme con sus escopetas para que me case contigo, y el honor de mi familia no se verá afectado.

Jack miró con agrado la satisfacción que curvaba la pequeña boca femenina. Su Beth era, definitivamente, un desafío.

—Si no llego a casa esta noche, mis tíos se van a preocupar —señaló ella.

—Entonces, un rapidito.

—¡Jack!

El se echó a reír y la abrazó. Elizabeth le permitió que la besara y el collar que tenía en la mano se deslizó por entre sus dedos; pero él lo recogió y volvió a guardarlo.

—Te amo más que a todas las joyas del mundo —confesó la chica apartándose un poco—. Mis tíos…

—Ya hablé con ellos —le susurró al oído—. No les repugna la idea de vivir en un castillo; especialmente en un castillo lleno de libros. Tal vez te convenga manejar tu negocio desde allá. Grandpére tiene muchos contactos en todo el mundo, hay lugar para todos, y tampoco pienses que quiero llenar todas las habitaciones con niños.

—Pero mientras más rápido empecemos, más pronto terminaremos.

El se inclinó para besarla y un pensamiento nuevo se abrió paso entre muchos otros que ocupaban la mente de Elizabeth.

—Jack… ¿no te parece raro que mis tíos jamás mencionaran lo bien que se llevan con tu abuelo? Me hicieron creer que era un ogro.

—Mmm —fue todo lo que pudo decir él, pues sus labios saboreaban el contorno de su mandíbula.

—Tampoco sabemos por qué tu abuelo no contestó a sus cartas y llamadas, aunque debió darse cuenta de que era algo importante.

—¿Mmm?

—Ni siquiera se sorprendió cuando le dije lo del collar… Ni le preocupó averiguar cómo pudo suceder.

Jack la besó en el cuello y ella emitió un gemido de placer.

—¿Recuerdas que el abuelo mencionó algo de que al fin yo había llegado a la mansión? El no sabía que quería ir…

—Beth.

—¿Sí?

—Olvídate de las investigaciones. Tu último caso fue un desastre. Esa teoría de la conspiración podrá tener bases en que sustentarse; pero yo prefiero creer en los caprichos del destino y en las flechas del amor. Ningún pariente casamentero habría podido

convencerme de que me casara con la mujer equivocada.

—En cambio, yo estoy encantada de casarme con el hombre equivocado —declaró Elizabeth con convicción.

Y a partir de ese momento, se dedicó a demostrarlo.



SUSAN NAPIER (nacida un 14 de febrero en Auckland, Nueva Zelanda). es una popular escritora de más de 30 novelas románticas para Mills & Boon desde 1984.

Trabajó como reportera en el periódico «Auckland Star», donde conoció a su marido, Tony Potter, reportero jefe. Tuvieron dos hijos, Simon y Ben.

De sus novelas publicadas algunas se han traducido en más de 20 idiomas. *Romantic Times* ha descrito su trabajo como 'multi-capas' con 'bien definidos personajes y conflicto dominante'. Ha sido dos veces nominada para el premio *Romantic Times Reviwer's Choice Award*, en 1996 por *Una rubia muy especial*, y en 1997 por *La amante del novio*.